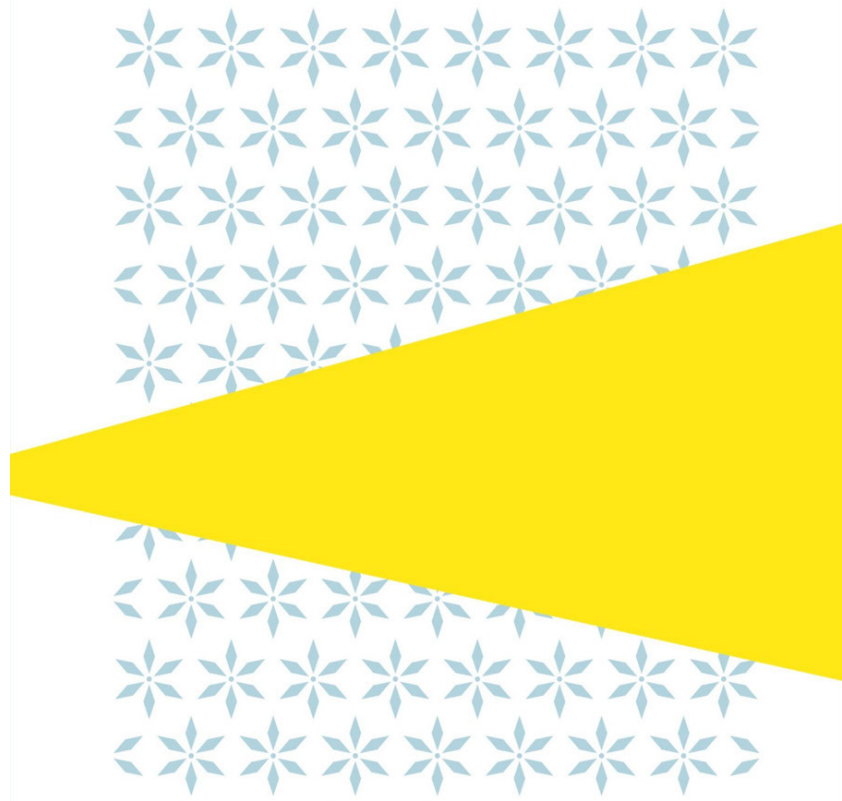
EL PALACIO DE HIELO

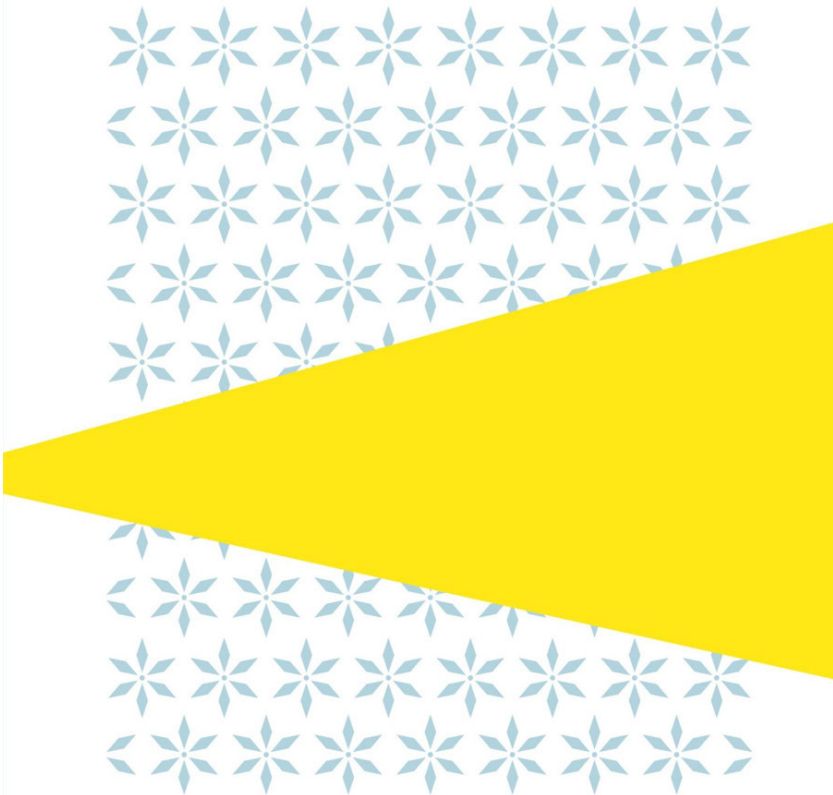
TARJEI VESAAS



TRADUCCIÓN DE KIRSTI BAGGETHUN Y ASUNCIÓN LORENZO

EL PALACIO DE HIELO

TARJEI VESAAS



TRADUCCIÓN DE KIRSTI BAGGETHUN Y ASUNCIÓN LORENZO

EL AUTOR

Tarjei Vesaas (1897 - 1970) nació y creció a la orilla del lago Vinjevatn, en Noruega, rodeado de una idílica y solitaria naturaleza que influyó en toda su obra literaria. De carácter muy sensible, quedó marcado para siempre por la destrucción de la que fue testigo durante la Primera Guerra Mundial y la culpabilidad que sentía por haber decidido en su momento no hacerse cargo de la granja familiar. Entre sus estudios y el servicio militar encontró el tiempo para seguir escribiendo novelas, poesía y teatro, y, finalmente, en 1923, consiguió publicar Hijos de humanos, que le abrió definitivamente las puertas de su carrera literaria. Fue tres veces candidato al Premio Nobel de Literatura y hoy es considerado uno de los mejores escritores noruegos del siglo xx. La literatura de Vesaas, con una aparente sencillez, rebosa simbolismo y poesía y conjuga a la perfección el paisaje noruego con la psicología de sus personajes. Es autor de novelas como El palacio de hielo (1963), Los pájaros (1957) y Los vientos (1953).

LAS TRADUCTORAS

Kirsti Baggethun, nacida en Tønsberg (Noruega) y licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Oslo, maître por la Universidad de la Sorbona. Fue profesora de Lengua y Literatura Noruegas de la Universidad Complutense, y Agregada Cultural de la Real Embajada de Noruega hasta su jubilación. En colaboración con Asunción Lorenzo ha traducido cerca de ochenta libros del noruego de autores como Knut Hamsun, Tarjei Vesaas, Jostein Gaarder, Maja Lund, Karl Ove Knausgaard o Kjell Askildsen. Ha colaborado en la redacción de una serie de libros sobre la literatura nórdica y en un diccionario noruego-español, español-noruego.

Mª Asunción Lorenzo, nacida en Zaragoza y licenciada en Filología Francesa por la Universidad Complutense de Madrid, ha colaborado con Kirsti Baggethun en numerosas traducciones del noruego de obras de Jostein Gaarder, Karl Ove Knausgaard o Kjartan Fløgstad.

EL PALACIO DE HIELO

Primera edición: enero de 2021

Título original: Is-slottet

© Gylendal Norsk Forlag AS 1963

Publicado de acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria

© de la traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© de la nota del editor: Jan Arimany

© de esta edición:

Trotalibros Editorial

C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.ª

AD500 Andorra la Vella, Andorra

hola@trotalibros.com

www.trotalibros.com

OBJ

Esta traducción ha sido publicada con el apoyo financiero de NORLA, Norwegian Literature Abroad.

ISBN: 978-99920-76-00-2

Depósito legal: AND.299-2020

Maquetación y diseño interior: Klapp

Corrección: Raúl Alonso Alemany

Diseño de la colección y cubierta: Klapp

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda

rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

TARJEI VESAAS

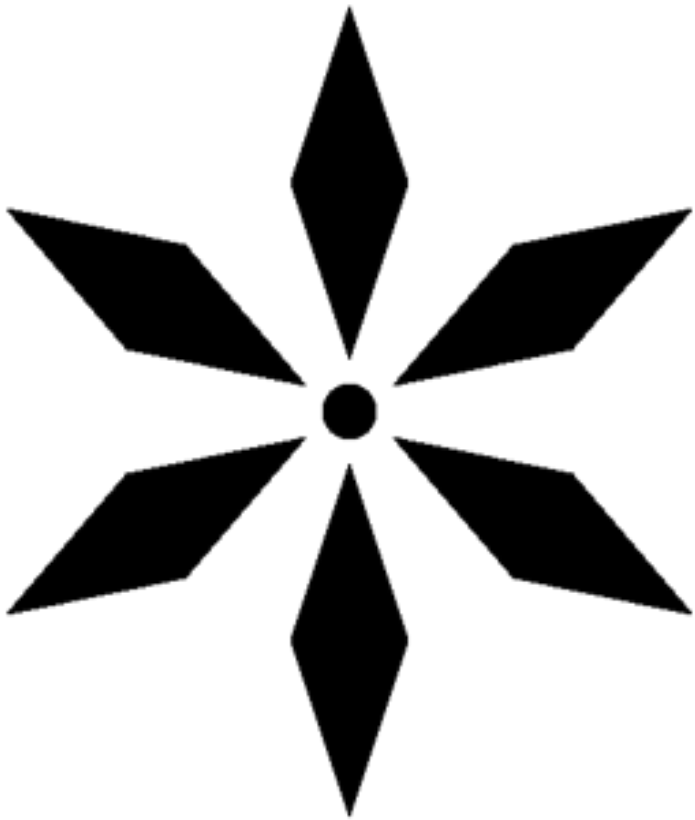
EL PALACIO DE HIELO

TRADUCCION DE

KIRSTI BAGGETHUN Y ASUNCIÓN LORENZO

PITEAS - 2

Trotalibros



SISS Y UNN

1. SISS

Una muchacha de once años, de frente tersa y blanca, avanzaba en la oscuridad. Siss.

En realidad aún era por la tarde, pero ya todo estaba oscuro. Otoño avanzado y helada. Estrellas, pero sin luna, y nada de nieve que aportase resplandor, por lo que la oscuridad era densa, aunque hubiese estrellas. A los lados se extendía el bosque, sumido en un silencio mortal, a pesar de todo lo que en ese momento estaría vivo y tiritando de frío en su interior.

Siss, abrigada para soportar el frío, iba absorta en un sinfín de pensamientos. Se dirigía por primera vez a casa de esa chica a la que apenas conocía y que se llamaba Unn, se encaminaba hacia algo nuevo y, por tanto, apasionante.

Se estremeció.

Un sonoro estallido irrumpió en sus pensamientos, en su espera, como si se estuviera formando una grieta profunda e infinita. Procedía del hielo del gran lago de abajo. No pasaba nada, al contrario, era una buena señal, porque el estallido indicaba que el hielo se había endurecido aún un poco más. Sonaba como disparos de rifle, y unas grietas estrechas y largas surgían en la superficie para luego penetrar en lo más profundo, y, sin embargo, de ese modo el hielo se hacía más fuerte y seguro cada día. El otoño había sido excepcionalmente largo, con intensas heladas sin nieve.

Frío penetrante... Pero Siss no temía al frío. No era eso. Se estremeció un instante a causa del estallido en la oscuridad, y luego volvió a apoyar el pie con firmeza en la carretera.

No había mucha distancia hasta casa de Unn. Siss conocía el camino, era más o menos el de la escuela, pero había que

desviarse un poco al final. Por eso la habían dejado ir sola, aunque ya no fuese de día. Sus padres no eran muy miedosos en ese sentido. Pero si es la carretera principal, le dijeron al salir. Que dijeran lo que quisieran: a ella le daba miedo la oscuridad.

La carretera principal. Y, sin embargo, le costaba andar sola por allí. Levantaba la cabeza con determinación. El corazón le latía contra el cálido forro del abrigo. Sus oídos estaban alerta ante ese silencio demasiado profundo que se extendía a los lados de la carretera, porque sabía que unos oídos aún más vigilantes la escuchaban desde el bosque.

Por lo tanto, había que pisar con firmeza el durísimo suelo, pues sus pasos debían oírse bien fuerte. Si caía en la tentación de andar intentando no hacer ruido, estaría perdida. Por no mencionar la estupidez que representaría echar a correr. En ese caso, emprendería una carrera sin sentido.

Esa tarde Siss iba a casa de Unn. Tenía tiempo, aún era temprano a pesar de la oscuridad. Podría quedarse un buen rato en casa de Unn y estar de regreso en la suya antes de la hora de acostarse.

Me pregunto de qué voy a enterarme en casa de Unn. Seguro que me entero de algo. Llevo todo el otoño esperándolo, desde el día en que la forastera Unn llegó a la escuela. No sé por qué.

La idea de esa visita era nueva y fresca. Tras un largo preparativo, había llegado de golpe.

Camino de casa de Unn. Con un ligero temblor de expectación que la conmovía. Su frente lisa hendió una corriente helada.

2. UNN

Camino de algo apasionante, Siss pensaba en lo que sabía de Unn, y andaba erguida y terca, procurando mantener a raya el miedo a la oscuridad.

Sabía muy poco. Y no serviría de mucho preguntar a la gente del pueblo, porque tampoco sabían gran cosa de Unn.

Unn era nueva en el pueblo, había llegado la primavera pasada desde un lugar lejano, con el que no había ninguna comunicación.

Se decía por ahí que Unn había llegado tras quedarse huérfana esa misma primavera. Su madre se puso enferma y murió. Era soltera y no tenía parientes cercanos donde vivía, pero allí, en el pueblo, tenía una hermana mayor, y con esa tía había ido a vivir Unn.

La mujer llevaba muchos años allí. Siss apenas la conocía, aunque su casa no estaba lejos. Vivía sola en una casa pequeña, apañándoselas como podía. Casi nunca se dejaba ver, excepto cuando iba a la tienda. Siss había oído decir que la tía había recibido a Unn con los brazos abiertos. En una ocasión, Siss había acompañado a su madre a casa de esa señora porque necesitaba que le echaran una mano con un bordado. Hacía varios años de aquello, antes de que se supiera de la existencia de Unn. Esa mujer solitaria había sido muy amable, y así la recordaba Siss. Nunca se oía a nadie hablar mal de ella.

Lo mismo ocurrió cuando llegó Unn: no se integró en la pandilla de las chicas, como estas habrían deseado. La veían de vez en cuando por la carretera y en lugares donde uno necesariamente se encontraba con la gente. Se miraban como extrañas. Ella no tenía padres, lo cual la colocaba bajo una luz muy especial, un resplandor que no podían explicar. Sabían

que esa sensación de lo desconocido desaparecería pronto: en el otoño irían juntas a la escuela, y eso lo cambiaría todo.

Ese verano Siss no había hecho nada por acercarse a Unn. La veía de vez en cuando, en compañía de su anciana y amable tía. Había observado que eran más o menos iguales de estatura. Se miraban extrañadas y se cruzaban sin dirigirse la palabra. Ignoraban por qué se sentían confusas, pero alguna razón habría…

Se decía que Unn era muy tímida, lo que sonaba interesante. Todas las chicas esperaban con ilusión el encuentro en la escuela con la tímida Unn.

Siss lo esperaba por una razón muy concreta: ella era, sin habérselo propuesto, la que dirigía las actividades del recreo. Estaba acostumbrada a ser la que hacía las propuestas, nunca había reparado en ello, sencillamente era así, y no le disgustaba. Esperaba con gran ilusión tomar el mando cuando Unn llegara para que la incluyesen en el grupo.

Cuando empezó la escuela, la clase entera se congregó en torno a Siss, tanto las chicas como los chicos. Ella notó que la situación le gustaba, y es posible que hiciera alguna que otra cosa para seguir ocupando esa posición.

La tímida Unn se mantenía a cierta distancia. La observaron detenidamente y la aceptaron en ese mismo instante. Al parecer, no le pasaba nada, era una chica que caía bien a todo el mundo.

Pero ella continuaba distante. Intentaron llamar su atención para que se uniera a ellos, pero fue en vano. Siss la esperaba rodeada de su grupo, y así transcurrió el primer día.

Así transcurrieron varios días. Unn no daba señales de querer acercarse más. Al final, Siss se acercó a ella y le preguntó:

—¿No quieres unirte a nosotros?

Unn negó con la cabeza.

Enseguida se dieron cuenta, sin embargo, de que se caían bien. Una extraña señal saltó de la una a la otra. ¡Tengo que conocerla!, pensó.

Siss repitió, extrañada:

—¿No te vienes con nosotros?

Unn sonrió, incómoda.

—Creo que no.

—¿Por qué?

Unn seguía sonriendo, incómoda.

—No puedo…

Por su parte, Siss tenía la sensación de que había entre ellas una especie de complicidad.

—¿Qué te pasa? —preguntó Siss sin rodeos, de un modo estúpido; después se arrepintió amargamente. A Unn no parecía pasarle nada. Al contrario.

Unn se sonrojó ligeramente.

—No, nada, pero…

—No, no quería decir eso; pero me gustaría que te vinieras con nosotros.

—No me lo pidas más —dijo Unn.

Esas palabras cayeron sobre Siss como un jarro de agua fría y la hicieron enmudecer. Ofendida, regresó con los suyos y lo contó todo.

No volvieron a preguntarle. Unn se quedó donde estaba y no se unió al juego de los demás. Alguien dijo que era una engreída, pero nadie lo secundó. Nadie se metía con ella. Había algo en esa chica que lo impedía.

Ya en clase, se descubrió enseguida que Unn era de los más listos, pero no hacía alarde de ello, y sus compañeros llegaron a venerarla, aunque con cierta renuencia.

A Siss nada de eso le pasaba inadvertido. Se daba cuenta de que Unn era fuerte en su solitario lugar del patio de recreo, y que estaba muy lejos de ser una pobrecilla digna de compasión. Siss se empleó a fondo para reunir en torno a ella al grupo, y lo logró, y sin embargo tenía la sensación de que Unn, desde su solitario lugar, era la más fuerte, aunque no hiciese nada por conseguirlo ni contase con la compañía de nadie. Estaba a punto de perder frente a Unn. Y tal vez su grupo también lo viera así y por eso no se atreviera a acercarse a ella. Unn y Siss eran como dos partidos, pero todo ocurría tranquilamente, era un asunto entre ellas dos. Y no mereció ni un solo comentario.

Al poco tiempo, Siss empezó a notar en clase que Unn, a quien por sentarse un par de pupitres más atrás le resultaba fácil mirarla, no apartaba la vista de ella.

Siss experimentaba un extraño cosquilleo por todo el cuerpo. Le gustaba tanto que le costaba ocultarlo. Hacía como si nada, pero se sentía involucrada en algo desconocido y hermoso. Los ojos de Unn no eran escudriñadores ni transmitían envidia, más bien había en esa mirada una especie de anhelo; Siss lo advertía si le daba tiempo a captarla. Había expectativa. Cuando salían de clase, Unn no se acercaba, hacía como si nada, pero a cada momento Siss notaba un dulce cosquilleo en el cuerpo: Unn estaba mirándola.

Casi siempre procuraba no encontrarse con su mirada, porque aún no se atrevía, solo le dirigía una rápida ojeada cuando se descuidaba.

Pero ¿qué es lo que quiere Unn?, se preguntaba.

Algún día lo dirá.

Estaba fuera, junto a la pared, sin participar en ningún juego. Se limitaba a mirarlos tranquilamente.

Esperar. Había que esperar, ese día llegaría. Hasta entonces, había que seguir igual, lo que en sí resultaba algo extraño.

Ante los demás era importante hacer como si nada. Y estaba convencida de que lo conseguía. Entonces una de sus amigas, algo envidiosa, le dijo:

—Hay que ver lo que te interesas por Unn.

—De eso nada.

—¿Que no? ¡Pero si no paras de mirarla! Todas nos hemos dado cuenta.

¿De verdad?, pensó Siss, aturdida.

La amiga rio, gruñona.

—Lo venimos observando desde hace mucho tiempo, Siss.

—¡Bueno, si tú lo dices, así será, y además puedo mirar cuanto me dé la gana!

—Bah.

Siss estaba pensando en todo eso. El día había llegado. Esa era la razón por la que iba andando por la carretera.

Por la mañana, al sentarse en el pupitre, se había encontrado con la primera nota.

Tengo que verte, Siss.

Firmado: Unn.

Un rayo llegó de alguna parte.

Se volvió y se encontró con los ojos de Unn. Se miraron fijamente. Era extraño. Era cuanto sabía, no podía pensar más en ello.

Después, en el transcurso de ese día feliz, se cruzaron más notas. Manos solícitas ayudaron a llevarlas de un pupitre a

otro.

A mí también me gustaría verte.

Firmado: Siss.

¿Cuándo puedo verte?

¡Cuando quieras, Unn! Hoy, si quieres.

¡Entonces, nos vemos hoy!

¿Quieres venirte a mi casa, Unn?

No, eres tú quien tiene que venir a la mía, si no, no quiero.

Siss se volvió al instante. ¿Qué era eso? Se encontró con la mirada de Unn y vio que ella confirmaba con un movimiento de la cabeza lo que ponía en la nota. Siss no lo dudó ni por un instante y envió la respuesta:

Iré a tu casa.

Eso puso fin a las notas. Y no se hablaron hasta que acabó la jornada. Siss preguntó una vez más a Unn si no quería ir a su casa.

—No, ¿por qué? —dijo Unn.

Siss se contuvo. Sabía que era porque Unn pensaría que ella tenía alguna cosa de la que su tía carecía, y también porque estaba acostumbrada a que las amigas fueran a su casa. Avergonzada, no pudo decírselo a Unn.

—Por nada —contestó.

—Ya has dicho que vendrías a la mía.

—Sí, pero no puedo ir ahora mismo, primero tengo que pasar por casa para decirles adónde voy.

—Sí, claro.

—Así que iré esta tarde —añadió Siss, fascinada. Le fascinaba lo que había de incomprensible en Unn, lo que le parecía que rodeaba a esa chica.

Eso era lo que Siss sabía de Unn, y ahora iba camino de su casa, después de pasar por la suya para avisar a sus padres.

El frío le pinchaba la cara, el suelo crujía bajo sus pies, y un poco más lejos se oían los estallidos del hielo.

Por fin divisó el contorno de la pequeña casa de la tía de Unn. De las ventanas salía luz, iluminando los abedules cubiertos de escarcha. El corazón le latía de alegría y expectación.

3. UNA SOLA TARDE

Unn debía de estar esperándola vigilando tras la ventana, pues salió antes de que Siss llegase a la puerta.

—Está muy oscuro, ¿verdad?

—¿Oscuro? Sí, pero no importa —contestó Siss, a pesar de haberse sentido más que tensa en la oscuridad del bosque.

—Y frío también hace, ¿no? Hace un frío horrible esta noche.

—Tampoco importa —contestó Siss.

—¡Qué bien que hayas venido a vernos! —exclamó Unn—. Mi tía dice que solo has estado aquí una vez, cuando eras pequeña.

—Sí, me acuerdo. Entonces yo no sabía nada de ti.

Mientras conversaban medían sus fuerzas. Salió la tía, con una sonrisa amable.

—Es mi tía —dijo Unn.

—Buenas tardes, Siss. Entra deprisa, hace mucho frío para quedarse en la puerta. Ven a calentarte y quítate el abrigo.

La tía de Unn hablaba con cordialidad y sosiego. Entraron en la pequeña y caldeada sala. Siss se quitó las botas cubiertas de escarcha.

—¿Te acuerdas de cómo era esto antes? —preguntó la tía.

—No.

—No ha habido ningún cambio, todo está como entonces. Viniste con tu madre, lo recuerdo bien.

La tía parecía tener muchas ganas de hablar, seguramente no era algo que hiciese a menudo. Unn se mostraba impaciente por tener a su invitada para ella sola. Pero su tía no estaba dispuesta a dejarla aún.

—Desde entonces, solo te he visto en otras partes, Siss. Claro que tampoco tenías ningún motivo para venir a verme, hasta ahora, que Unn está aquí. Eso lo cambia todo. Ha sido una suerte para mí que haya venido.

Unn seguía esperando, impaciente.

—Ya te veo, Unn —prosiguió su tía—. Pero tómatelo con calma. Ahora vamos a servirle algo a Siss para que entre en calor.

—No tengo frío.

—Se está calentando en la cocina —dijo la tía—. Me parece que hace demasiado frío y es demasiado tarde para estar fuera a estas horas. Deberías venir un domingo.

Siss miró a Unn y contestó:

—Tenía que ser hoy.

La tía se echó a reír. Estaba de buen humor.

—Bueno, si tú lo dices…

—Y me dará tiempo a volver a casa antes de que mis padres se acuesten —dijo Siss.

—Muy bien, bébete esto.

Se tomaron la sabrosa bebida de la tía. Entraron en calor. La expectación envolvía a Siss con un velo fino y tentador. Pronto se quedarían solas.

—Tengo mi propia habitación —dijo Unn—. Vamos.

Siss se estremeció. Todo estaba a punto de empezar.

—Tú también tienes una habitación para ti sola, ¿verdad, Siss?

Siss asintió con la cabeza.

—Ven.

La amable y locuaz tía de Unn parecía querer entrar con ellas en el pequeño cuarto. Era evidente que no la dejarían. Unn la atajó con tanta firmeza que la tía se quedó sentada en su silla.

La habitación de Unn era minúscula, y Siss tuvo de inmediato la sensación de que había algo raro en ella. Dos pequeñas lámparas la iluminaban. En las paredes había muchos recortes de revistas y la fotografía de una mujer tan parecida a Unn que no hacía falta preguntar quién era. Al poco rato, Siss advirtió que la habitación no era en absoluto rara, sino, por el contrario, más o menos como la suya.

Unn la miró, interrogante.

—¡Qué habitación tan acogedora! —dijo Siss.

—¿Cómo es la tuya? ¿Es más grande?

—No, más o menos como esta.

—Tampoco hace falta que sea más grande.

—Es verdad. No hace falta.

Hablaron un poco de todo y de nada mientras entraban en calor. Siss, que ocupaba la única silla que había, estiró las piernas. Unn estaba sentada en el borde de la cama, con las piernas colgando.

Se miraban de reojo, estudiándose la una a la otra. Por alguna extraña razón, todo aquello no resultaba nada fácil. Además, se sentían molestas por necesitar su mutua compañía. Se observaban con complicidad, como añorando algo, y al mismo tiempo se sentían profundamente cohibidas.

Unn se levantó y comprobó si la puerta estaba cerrada. A

continuación hizo girar la llave en la cerradura.

Siss se estremeció al oír el ruido y se apresuró a preguntar:

—¿Por qué haces eso?

—Mi tía podría entrar.

—¿Tienes miedo de que entre?

—¿Miedo? Claro que no. No es por eso. Pero había pensado que estaríamos mejor solas. ¡Ahora nadie va a entrar aquí!

—Es verdad. Ahora nadie va a entrar —convino Siss, y notó que por fin iba sintiéndose feliz, que los lazos entre Unn y ella empezaban a estrecharse. Guardaron silencio de nuevo, cada una en su sitio.

—¿Cuántos años tienes, Siss? —preguntó Unn al cabo.

—Un poco más de once.

—Yo también tengo once —dijo Unn.

—Somos más o menos igual de altas.

—Sí, casi iguales —señaló Unn.

Aunque se sentían atraídas la una por la otra, les costaba iniciar la conversación. Se pusieron a juguetear con lo que tenían a su alcance, mientras miraban a diestra y siniestra. El cuarto estaba agradablemente caldeado. Sería por la estufa encendida, pero no solo por eso. Una estufa de leña habría servido de poco si ellas no hubieran congeniado.

—¿Estás a gusto en nuestro pueblo? —quiso saber Siss.

—Sí, estoy muy bien aquí con mi tía.

—Ya, pero no me refería a eso; quiero decir en la escuela, y ¿por qué nunca...?

—Ya te dije que no me preguntaras por eso —la interrumpió

Unn con un hilo de voz, y Siss se arrepintió al instante de habérselo preguntado.

—Entonces, ¿te quedarás aquí para siempre? —se apresuró a añadir, convencida de que pretender saberlo no sería peligroso. Pero ¿había algo peligroso en todo aquello? No, seguramente no; y aun así no se sentía del todo segura, pues parecía muy fácil meter la pata.

—Sí, me quedaré —respondió Unn—; solo me queda mi tía.

Callaron de nuevo. Finalmente, dijo:

—¿Por qué no me preguntas por mi madre?

—¿Qué? —Siss apartó la mirada y la clavó en la pared, como si la hubieran pillado en falta—. No lo sé —añadió.

Volvió a mirar a Unn. Era inevitable, al igual que la pregunta. Habría que responderle, puesto que se trataba de cosas importantes.

—Porque ya me habían dicho que murió esta primavera —balbuceó.

—Mi madre no estaba casada —dijo Unn en voz alta y clara—. Por eso no tengo a nadie más. —Se calló.

Siss asintió con la cabeza.

—Esta primavera se puso enferma y murió —prosiguió Unn—. Solo estuvo enferma una semana y después murió.

—Ya.

Menos mal que al fin estaba dicho; se sintió una especie de alivio en el cuarto. El pueblo entero sabía lo que Unn acababa de contar, su tía había hablado de ello, y de otras cosas, cuando su sobrina llegó en primavera. ¿Unn no lo sabía? Y, sin embargo, era necesario que en ese momento se mencionara el tema, al comienzo de esa amistad que estaba a punto de entablarse. Aún quedaba algo.

—¿Sabes algo de mi padre? —preguntó Unn.

—¡No!

—Yo tampoco, excepto alguna cosa que me contaba mi madre. Nunca lo he visto. Tenía coche.

—Supongo que sí.

—¿Por qué lo supones?

—Bueno, mucha gente lo tiene.

—Sí, es verdad. Yo nunca lo he visto. Solo tengo a mi tía. Me quedaré con ella para siempre.

¡Sí!, pensó Siss. Unn se quedará aquí para siempre. Desde la primera vez que la vio, Siss se sentía hechizada por los ojos claros de Unn. Con eso, ya no se habló más de padres. Los de Siss ni se mencionaron. Siss estaba convencida de que Unn lo sabía todo acerca de ellos: que vivían en una bonita casa, que el padre tenía un buen puesto de trabajo, que no les faltaba de nada, y no había nada más que comentar. Unn tampoco preguntó. Fue como si Siss tuviera menos padres todavía que Unn.

Pero sí se acordó de preguntar por los hermanos.

—¿Tienes hermanos, Siss?

—No, soy hija única.

—Entonces encajamos bien —dijo Unn.

Siss se dio cuenta de lo que entrañaban las palabras de Unn: ella estaría siempre allí. Su amistad se desplegaba delante de ambas como un camino maravilloso. Algo grande acababa de suceder.

—Claro que sí. Así podremos seguir viéndonos.

—De todos modos, nos vemos en la escuela.

—Sí, es verdad.

Rieron. En adelante todo sería más fácil. Todo estaría bien. Unn descolgó de la pared un espejo que había junto a la cama, se sentó y se lo puso sobre las rodillas.

—Ven aquí.

Siss no sabía qué pretendía, pero se sentó a su lado en el borde de la cama. Cogieron el espejo cada una de un lado, lo levantaron hasta sus caras y se quedaron inmóviles, mejilla contra mejilla.

¿Qué vieron?

Antes de saberlo apartaron la mirada.

Cuatro ojos centelleantes bajo las pestañas. Sus rostros ocupan todo el espejo. Las preguntas asoman y vuelven a esconderse. No lo sé: centelleos y rayos, centelleos de ti a mí, de mí a ti, y de mí a ti solo hasta ocupar el espejo y de vuelta, y nunca una respuesta a lo que es esto. Jamás una solución. Tus labios, rojos protuberantes; no son los míos. ¡Cómo se parecen! Y lo mismo ocurre con el pelo, centelleante. ¡Somos nosotras! No podemos remediarlo, viene como de otro mundo. La imagen empieza a volar, los contornos, a desvanecerse, vuelven a juntarse, no, no se juntan. Es una boca que sonríe. Una boca de otro mundo. No, no es una boca, no es una sonrisa, es algo que nadie sabe…, no son más que unas pestañas abiertas sobre rayos y centelleos.

Aturdidas, bajaron el espejo y se miraron, sonrojadas y radiantes. Fue un momento increíble.

—Unn, ¿sabías esto? —preguntó Siss.

—¿Tú también lo has visto? —preguntó Unn.

De repente, ya no resultaba tan fácil. Unn dio un respingo. Tras ese extraño suceso necesitaban algo de tiempo para recuperarse.

Al cabo de un rato, una de ellas dijo:

—Supongo que no fue nada.

—No, no fue nada.

—Pero raro sí fue.

Claro que había habido algo y seguía allí, pero ellas intentaron olvidarlo. Unn volvió a colocar el espejo en su sitio y se sentó con gran sosiego. Las dos permanecían calladas, esperando. Nadie llamó a la puerta o intentó entrar. La tía las dejó tranquilas.

Mucho sosiego; pero no era sosiego. Siss vigilaba a Unn, la veía esforzarse. Siss se estremeció cuando Unn dijo, con voz tentadora:

—Venga, ¡ahora vamos a desnudarnos!

Siss la miró por un instante, boquiabierta.

—¿Que nos desnudemos?

Unn daba la sensación de estar centelleando.

—Sí, nos desnudamos, eso es todo. También resulta divertido, ¿no? —Se puso manos a la obra de inmediato.

—¡Claro!

A Siss también le pareció una idea divertida, y rápidamente se puso a quitarse la ropa, compitiendo con Unn para acabar antes que ella.

Unn, que llevaba ventaja, ganó. Permaneció de pie, radiante.

Al segundo, Siss se mostraba igual de radiante. Se miraron

durante un breve y extraño momento.

Siss estaba a punto de armar un gran escándalo, el adecuado, suponía, para la situación. Buscaba alrededor cualquier cosa con que empezar. No lograba ponerse en marcha. Advirtió unas rápidas miradas de Unn y notó cierta tensión en el rostro. Unn no se movía. Por un instante estaba todo, y al instante siguiente todo había desaparecido. El rostro de Unn se volvió más alegre; mirarlo resultaba mucho más fácil.

—Ay, no, Siss. Hace mucho frío —dijo Unn, contenta y un poco seria a la vez—. Creo que será mejor que volvamos a vestirnos, ahora mismo. —Cogió su ropa.

Siss permaneció inmóvil.

—¿No vamos a armar escándalo? —Estaba dispuesta a dar saltos en la cama y hacer esa clase de tonterías.

—No, hace demasiado frío —respondió Unn—. Las casas no acaban de caldearse cuando fuera hace tanto frío. Al menos esta.

—Pues a mí me parece que aquí hace calor.

—No, hay corriente. ¿No lo notas? Si lo intentas, lo notarás.

—Quizá.

Siss intentó notarlo. Quizá fuera verdad. Tiritaba levemente de frío. El cristal de la ventana estaba cubierto de escarcha. Helaba desde hacía mucho.

Siss también cogió su ropa.

—Se pueden hacer otras muchas cosas en lugar de ir por ahí desnudas —dijo Unn.

—Por supuesto —dijo Siss. Tenía ganas de preguntar a Unn por qué estaba haciendo eso, pero no sabía por dónde empezar. Lo dejó correr. Volvieron a vestirse, sin prisa. A decir verdad, Siss se sentía, de algún modo, un poco estafada: ¿eso era todo?

Volvieron a ocupar los únicos asientos que había en la habitación. Unn miraba a Siss, y Siss comprendió que a pesar de todo había algo que no había salido bien. Tal vez resultara emocionante de todos modos. De pronto, Unn no parecía tan contenta, lo de antes no había sido más que un instante pasajero.

—¿No vamos a inventarnos algo que hacer? —preguntó Siss, nerviosa, al ver que Unn no tomaba la iniciativa.

—¿Qué podría ser? —dijo Unn, como ausente.

—Si no, me iré a casa.

Sonó más bien como una amenaza. Unn se apresuró a exclamar:

—¡No tienes que irte a casa todavía!

No, Siss no quería irse. Al contrario, estaba deseando quedarse.

—¿No tienes un álbum con fotos de donde vivías antes?

Había dado en el clavo. Unn se acercó a toda prisa a la estantería y sacó dos álbumes.

—En uno de ellos solo estoy yo. Soy yo desde siempre. ¿Cuál quieres ver?

—Los dos.

Se pusieron a hojearlos. Las fotos eran de un lugar muy lejano y Siss no conocía a nadie, excepto cuando aparecía Unn, lo que ocurría en casi todas. Unn no daba muchas explicaciones. Era un álbum como los demás. En una hoja emergió una joven radiante.

—Es mi madre —anunció Unn con orgullo.

La miraron durante un buen rato.

—Y este es mi padre —dijo Unn poco después. Era un chico

normal, que se le parecía un poco, junto a un coche—. El coche es suyo —agregó.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé —contestó Unn en tono de rechazo—. Da igual.

—Sí.

—Nunca lo he visto, como ya te he dicho, ¿recuerdas? Solo lo conozco por foto.

Siss asintió.

—Si hubieran encontrado a mi padre —añadió Unn—, a lo mejor yo no estaría aquí con mi tía.

—Claro.

Miraron una vez más el álbum en el que solo aparecía Unn. Siss decidió que Unn siempre había sido una chica muy guapa. Por fin, también acabaron con lo de las fotos.

Y, a continuación, ¿qué?

Estaban expectantes ante algo que emanaba de Unn, de su forma de comportarse. Siss esperaba con tanta emoción que se sobresaltó cuando por fin llegó. Salió como de un saco. Tras un largo silencio, Unn dijo:

—Siss.

Siss se estremeció.

—¿Sí?

—Hay algo que quiero… —dijo Unn, sonrojándose. Siss estaba preparada.

—¿Sí?

—¿Me notaste algo… antes? —se apresuró a preguntar Unn, mirándola fijamente.

Siss se sintió aún más apurada.

—¡No!

—Hay algo que quiero contarte —dijo Unn con una voz irreconocible.

Siss contuvo el aliento.

Unn guardó silencio. Por fin, añadió:

—Nunca se lo he dicho a nadie.

—Se lo habrás dicho a tu madre, supongo —balbuceó Siss.

—¡No!

Silencio.

Siss vio el desasosiego en los ojos de Unn. ¿No iba a contárselo?

—¿Quieres contármelo? —susurró.

Unn se enderezó un poco.

—No.

—No.

De nuevo el silencio. Deseaban que la tía hubiera acudido a tirar la puerta abajo.

—Pero si… —dijo Siss.

—¡No puedo, y basta!

Siss se apartó. Un sinfín de pensamientos acudieron sin orden a su mente y todos fueron rechazados.

—¿Era esto lo que querías? —dijo, desamparada.

Unn asintió con la cabeza.

—Sí, sólo era esto.

Unn compuso una expresión de alivio, como si de alguna manera todo hubiera acabado ya. Para siempre. Siss también se sintió súbitamente aliviada.

Aliviada, pero, al mismo tiempo, en cierto modo defraudada por segunda vez esa tarde. Y, sin embargo, era mejor que tener que escuchar algo que quizá la hubiera asustado.

Permanecieron un rato sin hacer nada, como si estuvieran descansando.

Ahora preferiría marcharme, pensó Siss.

—No te vayas, Siss —dijo Unn.

De nuevo se hizo el silencio.

Pero ese silencio no era creíble, no lo había sido desde el principio. El viento allí dentro era una caprichosa ráfaga que cambiaba de dirección y que venía de otros lados. Se había apaciguado, pero ahora entraba con fuerzas renovadas, inesperado e inquietante.

—Siss.

—¿Sí?

—No sé si voy a ir al cielo.

Unn lo dijo mirando a la pared; mirar hacia otro lado habría sido imposible.

Siss se estremeció.

—¿Cómo?

No podía seguir allí; ¿y si Unn decía más cosas?

—Has oído, ¿no? —preguntó Unn.

—¡Sí! —respondió Siss, y se apresuró a añadir—: Ahora tengo

que irme a casa.

—¿A casa?

—Sí, porque si no llegaré tarde. Tengo que estar en casa antes de que ellos se acuesten.

—Todavía es temprano.

—Tengo que irme a casa ahora mismo. —Hizo un esfuerzo y agregó—: Pronto hará tanto frío que la nariz se me helará por el camino.

En los momentos de desconcierto había que decir tonterías como esa. De un modo u otro tenía que salir de ahí. Para hablar claramente: tendría que escapar.

Unn rio, como correspondía, ante lo que Siss acababa de decir, mostrando su acuerdo.

—Pues tendrás que evitarlo. Me refiero a que se te hiele la nariz —dijo, contenta del cambio introducido por Siss.

De nuevo tuvieron la sensación de haber escapado de cosas que eran demasiado difíciles.

Unn hizo girar la llave en la cerradura.

—Quédate sentada —dijo en tono autoritario—. Iré a buscar tu abrigo.

Siss permaneció sentada, impaciente. Todo era inseguro. Unn podría decir lo que quisiera. ¡Ya estaba bien de Unn! Se lo soltaría antes de marcharse: Podrías seguir otro día. Cuando tú quieras, otro día. Por esa noche ya era suficiente, y ya era mucho. Parecía imposible continuar. A casa cuanto antes.

Si no, quizá se viese metida en algo que podía estropearlo todo. Hacía un rato se habían mirado la una a la otra con ojos centelleantes.

Unn entró con el abrigo y las botas, lo dejó todo junto a la

estufa, que seguía emitiendo su sonido a madera quemándose.

—Conviene calentarlo un poco.

—No, he de irme —dijo Siss, poniéndose las botas.

Unn permaneció callada mientras Siss se abrigaba. Ya no servía de nada decir tonterías como que se le iba a helar la nariz, estaban demasiado nerviosas para eso. No se dijeron lo que suele decirse en las despedidas, como ¿volverás pronto? ¿Querrás venir a mi casa la próxima vez? No se les ocurrió. Todo era demasiado frágil y difícil. De ningún modo estaba destrozado, pero en ese momento, cara a cara, resultaba demasiado difícil.

Siss ya estaba preparada para salir.

—¿Por qué te vas?

—Tengo que irme a casa, ya te lo he dicho.

—Sí, pero…

—Lo he dicho, dicho está.

—Siss…

—Déjame salir.

La puerta ya no estaba cerrada con llave, pero Unn le impedía el paso. Las dos fueron a ver a la tía.

La mujer estaba sentada con la labor entre las manos. Se levantó, tan amable como antes.

—Bueno, Siss. ¿Ya te marchas?

—Sí, creo que es hora de que me vaya.

—Entonces, ¿ya no tenéis más secretos que tratar? —bromeó la tía.

—Por hoy no.

—No creas que no te oí cerrar la puerta, Unn.

—Claro que lo hice.

—Pues sí, nunca se tiene suficiente cuidado —dijo la tía—. ¿Pasa algo? —preguntó en un tono diferente.

—¿Qué iba a pasar?

—Parecéis un poco mustias.

—¡No estamos mustias!

—Bueno, bueno. Seré yo, que me estoy haciendo vieja y oigo mal.

—Gracias por todo —dijo Siss, deseando alejarse de la tía, que no hacía más que bromear sin entender absolutamente nada.

—Un momento —dijo la tía—. ¿No quieres tomar algo caliente antes de salir al frío?

—No, gracias, ahora no.

—¡Qué prisa tienes!

—Debe irse a casa —dijo Unn.

—Entiendo.

Siss se enderezó.

—Que les vaya bien y muchas gracias por todo.

—Lo mismo te digo, Siss. Gracias por visitarnos. Y ahora, echa a correr para no tener frío. La temperatura no para de bajar, y está muy oscuro.

»¿Qué estás haciendo, Unn? —prosiguió la tía—. Mañana por la mañana os veréis de nuevo.

—¡Es verdad! —exclamó Siss—. ¡Buenas noches!

Unn se quedó en la puerta después de que su tía hubiera vuelto a entrar en la casa. Permanecía quieta, sin pronunciar palabra. ¿Qué les había pasado? Le parecía prácticamente imposible que se separasen. Algo extraño había sucedido.

—Unn…

—Sí.

Siss se lanzó al frío. Por lo que a la hora se refería podría haberse quedado más tiempo, pero era peligroso. No debía volver a suceder.

Unn estaba en el hueco de la puerta, donde chocaban el calor y el frío. El frío pasó por delante de Unn y se metió en la casa. Unn no pareció darse cuenta.

Siss miró hacia atrás antes de echar a correr. Unn seguía en el hueco iluminado de la puerta, hermosa y tímida.

4. LOS LADOS DEL CAMINO

Siss corría camino de su casa. De repente, se encontró envuelta en una lucha ciega con su temor a la oscuridad.

Dijo la voz: Soy el que está a los lados del camino…

¡No, no!, pensó Siss al azar.

Ahora salgo, dijo la voz a los lados del camino.

Siss corría y notaba que le pisaban los talones.

¿Quién es?, pensó.

Salir de casa de Unn y meterse en eso. ¿No sabía que el camino de regreso sería así?

Lo sabía, pero…

Tenía que ir a casa de Unn.

Sonó un estallido en algún lugar. Un estallido que recorrió los campos de hielo y que luego desapareció como en un agujero. El hielo se espesaba y jugaba a romperse a lo largo de grandes distancias. Siss dio un respiro al oír el estallido.

Era como si perdiese el equilibrio. No se había sentido nada segura al emprender el regreso en medio de la oscuridad. No pisaba el camino con pie firme, como había hecho al ir a casa de Unn. Sin pensárselo, había echado a correr y ya no tenía remedio. En ese momento se había entregado a lo desconocido, a aquello que en noches como esa está a tus espaldas.

Lo desconocido lo llenaba todo.

La compañía de Unn la había alterado, y todavía más tras

despedirse y salir.

Ya al dar los primeros pasos —grandes como saltos— tuvo miedo, y ese miedo fue creciendo como un alud. Estaba en manos de aquello que la acechaba a los lados del camino.

La oscuridad a los lados del camino. No tiene forma ni nombre, pero el que anda por aquí nota que aparece, que le persigue y le hace sentir arroyos corriéndole por la espalda.

Siss se encontraba en medio de eso. No entendía nada. Tenía miedo a la oscuridad.

¡Pronto estaré en casa!

No, no es verdad. Ni siquiera notaba el frío que le mordía el rostro.

Intentó aferrarse a la imagen del cuarto de estar de su hogar, iluminado por la lámpara.

Cálido e iluminado. Sus padres sentados en sus respectivos sillones. Y llega la única hija. Esa hija única a la que no hay que mimar, según se dicen el uno al otro, a la que se jactan de no mimar…, no, no sirve de nada, ella no estaba allí, estaba entre los que acechan a los lados del camino.

Pero ¿y Unn?

Se puso a pensar en Unn.

En la maravillosa, hermosa y solitaria Unn.

¿Qué tiene Unn?

Se quedó rígida en mitad del salto.

¿Qué tiene Unn?

Volvió a estremecerse. Una advertencia sonó a sus espaldas.

Estamos a los lados del camino.

¡Corre!

Siss corría. Un golpe seco y profundo sonó en algún lugar de la superficie helada del lago, y las botas de Siss crujieron en el camino escarchado. Encontró en ello algo de consuelo, pues si no hubiera escuchado sus propios pasos, se habría vuelto loca. Ya no le quedaban fuerzas para correr muy deprisa, pero corría.

Por fin vio las luces de su casa.

Por fin.

Entrar en el círculo de la luz de la lámpara de fuera.

Los que acechaban a los lados del camino se apartaron, se quedaron fuera del círculo de luz, como un murmullo.

Siss entró donde estaban sus padres. Él, que dirigía una oficina en el pueblo, se encontraba en ese momento en casa, cómodamente sentado en su sillón. Ella sostenía un libro en las manos, como siempre que tenía ocasión. Aún no era hora de acostarse.

No se levantaron sobresaltados de preocupación ante la presencia de Siss, al ver su aspecto, al verla extenuada y cubierta de escarcha. Cada uno siguió en su sillón y dijeron tranquilamente:

—¿Qué demonios te pasa, Siss?

Los observó. ¿Estaban preocupados? No, ni pizca. De acuerdo, la única que tenía miedo era ella, que venía de fuera. ¿Qué pasa, Siss?, preguntaron con calma, confiados. Sabían que no podía pasarle nada. Pero tampoco podían exclamar sencillamente «qué demonios» al verla llegar tan alterada y agotada, con el aliento helado formando carámbanos sobre el cuello abierto del abrigo.

—¿Pasa algo, Siss?

Ella negó con la cabeza.

—He venido corriendo todo el camino, eso es todo.

—¿Tenías miedo a la oscuridad? —preguntaron, riéndose un poco, como se debe hacer ante quienes temen la oscuridad.

—Bah, miedo a la oscuridad… —dijo Siss.

—Bueno, yo no estoy tan seguro —dijo el padre—. Pero de todos modos ya eres mayor para tener tanto miedo.

—Pues sí, parece que has estado corriendo como si temieses por tu vida —señaló la madre.

—Tenía que llegar a casa antes de que os acostarais. Siempre decís…

—Sabías que aún falta para la hora de acostarse, así que si era por eso…

Siss se estaba quitando las botas heladas, dando golpes con ellas en el suelo.

—¡Cuántas cosas decís esta noche!

—¿Cómo? —La miraron asombrados—. ¿Hemos dicho algo nosotros?

Siss no contestó. Estaba ocupada con sus botas y sus calcetines.

La madre se levantó del sillón.

—No parece que hayas… —Algo en Siss le hizo dejar la frase por la mitad—. Ve a lavarte primero, Siss. Te sentirás mejor.

—Sí, mamá.

Le sentó bien. Se tomó mucho tiempo para lavarse. Sabía que no evitaría las preguntas. Volvió a entrar en el cuarto de estar y cogió una silla. No se atrevía a irse directamente a su habitación. Si lo hiciera, ellos hurgarían aún más. Sería mejor enfrentarse a las cosas.

—Ahora tienes mucho mejor aspecto —dijo la madre.

Siss permaneció en silencio, esperando.

—¿Qué tal lo has pasado en casa de Unn? —añadió su madre—. ¿Te has divertido?

—¡Ha estado muy bien! —exclamó Siss.

—Pues no es la impresión que das —intervino el padre con una sonrisa.

La madre levantó la vista.

—¿Qué pasa esta noche?

Siss los miró. Eran muy buenos, no lo dudaba, sin embargo…

—No pasa nada —contestó—; pero sois muy pesados hurgando en todo.

—No es verdad, Siss.

—Ve a cenar a la cocina. Tienes la mesa preparada.

—Ya he cenado.

No era verdad, peor para ellos.

—Bueno, entonces lo mejor sería que te acostaras. Pareces agotada. Así mañana por la mañana estarás repuesta. Buenas noches, Siss.

—Buenas noches.

Se fue de inmediato a su cuarto. Ellos no entendían nada. Ya en la cama, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Tenía cosas extrañas y desgarradoras en las que pensar, pero el calor tras el frío se le iba metiendo a escondidas en el cuerpo, y no se quedó mucho tiempo pensando.

5. EL PALACIO DE HIELO

—¡Unn, levántate!

El habitual grito de su tía por las mañanas. Ese día como cualquier otro en que había escuela.

Para Unn, sin embargo, no era un día cualquiera, sino la mañana siguiente a su encuentro con Siss.

—¡Unn, levántate!

No hacía falta darse tanta prisa, pero la tía nunca la dejaba remolonear.

Se oyó el acostumbrado estallido procedente del hielo de acero en la oscuridad. Lo percibió al asomar la cabeza por la puerta. Era la señal de un nuevo día. Pero esa noche, justo antes de dormirse, también había oído un estallido sordo dentro de su cuarto: la señal de que era una noche oscura. Tardó mucho en conciliar el sueño tras su encuentro con Siss, pensando en todo lo que podrían llegar a vivir juntas.

Fuera hacía más frío que nunca, dijo la tía mientras preparaba el desayuno. Unn vio las estrellas, duras y brillantes, sobre la casa. Por el este eran tan pálidas que apenas se divisaban en el amanecer invernal anterior a la Navidad.

Conforme la oscuridad iba disolviéndose, emergían los árboles, blancos de escarcha. Unn los miraba mientras se preparaba para ir a la escuela.

A la escuela y al encuentro de Siss.

¡Pero por el momento no pensaría en eso!

Entonces se dio cuenta de lo imposible que sería encontrarse con Siss después de la penosa manera en que se habían despedido. Siss se había llevado tal susto que prácticamente

había huido. ¿Cómo iba a encontrarse de nuevo con ella al cabo de tan poco tiempo? Ese día no podía ir a la escuela.

Miró el bosque, los árboles blancos de escarcha en el creciente amanecer. Tendría que esconderse en algún sitio. Escapar. Para no ver a Siss.

Al día siguiente sería distinto, pero por el momento se sentía incapaz de mirarla a los ojos.

Esa idea la abrumaba, y le resultaba imposible pensar en otra cosa.

Ardía en deseos de encontrarse con Siss, pero…

En todo caso, tendría que irse de casa como cualquier día. De nada serviría sentarse y decir que no quería ir a la escuela. Su tía no lo aceptaría. Ya era demasiado tarde para fingir que estaba enferma, y además no solía recurrir a esa clase de pretextos. Se miró un instante en el espejo: no tenía aspecto de estar enferma, así que esa clase de mentira no serviría.

Saldría de casa como de costumbre y antes de que los demás llegaran a la escuela, se largaría… Estaría escondida hasta que acabara la jornada.

Aunque la tía le había dado la lata para que se levantara, al verla preparada con la mochila, dijo:

—¿Tan temprano te vas…?

—¿Es más temprano que de costumbre?

—Me parece que sí.

—Quiero ver a Siss. —Notó un pinchazo por dentro al decirlo.

—Ah, sí. ¿Tanto os gustasteis?

—Mmm.

—Bueno, entonces no te diré nada más. Vete ya. Menos mal

que te has puesto un buen abrigo, hace muchísimo frío. Llévate también un par de manoplas.

Palabras como esas hacían de vallas a los lados del camino, eran difíciles de atravesar, conducían directamente a la escuela. ¡Pero en ese momento no! No después de que Siss huyese de ella la noche anterior.

—¿Qué te pasa, Unn?

Unn se sobresaltó.

—¡No encuentro las manoplas!

—Ahí. Las tienes justo delante.

Salió de la casa en medio de la agonizante oscuridad. Tendría que buscarse un escondite, y en cuanto desapareciera de la vista de su tía.

Solo tenía un pensamiento: Siss..

Este es el camino que conduce a ella.

Este es el camino que conduce a Siss.

No puedo verla, sólo pensar en ella.

Ahora no debo pensar en aquello.

Solo en Siss.

En nosotras dos en el espejo.

Centelleos y rayos.

Solo pensar en Siss.

A cada paso.

Había llegado ya a los primeros árboles cubiertos de escarcha, capaces de esconderla. Allí se salió del camino. Tendría que permanecer oculta hasta que pudiera volver a casa a la hora normal sin que se le hicieran preguntas.

Pero ¿dónde? Una jornada escolar entera… ¿Con ese frío? Era como si el aire que inhalaba fuera a detener su aliento, a espesarse. El frío le mordía las mejillas. Pero su buen abrigo y el haberse acostumbrado a esa temperatura a lo largo del otoño la ayudaban a soportarlo.

Un estallido sonó en el hielo negro de acero del lago.

¡Bien! Tenía la solución. Enseguida supo lo que haría.

Se daría una vuelta por el hielo.

Completamente sola.

Así tendría algo que hacer y, además, no pasaría frío.

La excursión al hielo había sido tema de conversación en la escuela los últimos días. Unn no había participado, pero había escuchado lo suficiente para saber de qué se trataba y que había que hacer la excursión lo antes posible, porque en cualquier momento podía llegar la nieve.

Había por allí una cascada alrededor de la cual se había formado una extraña montaña de hielo durante el largo periodo de heladas. Se decía que parecía un palacio, y nadie recordaba haber visto nada semejante. Ese palacio sería el destino de la excursión. Primero a lo largo del lago, hasta la desembocadura del río, y luego andando por la orilla hasta la cascada. Todo ello llevaba el equivalente a un corto día invernal.

Muy bien, así tendría en qué ocupar el tiempo.

Pero iba a verlo con Siss…

Ahuyentó ese pensamiento para sustituirlo por otro, cálido y feliz: lo veré por segunda vez con Siss...; será aún mejor.

El hielo del lago era tan reluciente que no parecía hielo. Hielo de acero. No nevaba desde que el lago estaba helado, ni un copo de nieve había caído sobre él.

El hielo ya era grueso y seguro. Estallaba, crujía y se endurecía. Unn se acercó corriendo. Debido al intenso frío, era natural que corriese. Además, corría para salir rápidamente de donde existía el riesgo de encontrarse con gente, pues ese día lo pasaría escondida.

Lo había logrado. Ese grito obligatorio: ¡Unn, ven aquí! La amable voz de su tía. No llegó. Su tía la creía en clase.

Pero ¿qué pensarían en la escuela?

No había reparado en eso. ¿Que por una vez estaría enferma? Claro que sí. ¿Siss también lo creería? Siss tal vez comprendiera.

Unn corría por el campo. El suelo estaba tan helado que retumbaba bajo sus pies. A intervalos veía los árboles cubiertos de escarcha. Corría en zigzag para mantenerse oculta de miradas escrutadoras. Primero alcanzaría el hielo y después seguiría por la orilla.

Pensaba en Siss. En que al día siguiente, cuando todo se hubiese calmado un poco y no fuera tan difícil, volverían a encontrarse. De repente ya no estaba sola. Había encontrado a alguien a quien pronto podría contarle todo.

Corría feliz hacia el hielo por la tierra cubierta de escarcha entre blancas ramas de abedul que brillaban como la plata. Ya casi era de día. Unos hierbajos pardos emergían con las hojas medio rotas; Unn los aplastaba con tanta fuerza que la escarcha de plata sonaba como arena al caer sobre sus botas.

Pensaba, feliz, en el hielo.

Cada vez más grueso.

Así debía ser.

Por las noches se oían los estallidos procedentes del hielo. Cuando estaba despierta pensaba: Cada vez más grueso…

El frío también hacía crujir las paredes de su vieja casa de troncos. Los troncos se encogen, explicaba la tía. Cuando se oía por las noches de nada servía decir «cada vez más gruesas», sino que pensabas: Hace tanto frío que las paredes provocan estallidos.

Ya estaba en la orilla y nadie la había visto. Así no podrían hablar.

Como había imaginado, a aquella hora tan temprana no había un alma en el hielo. Conforme avanzara la mañana irían llegando los chiquillos, que tenían permiso para jugar allí cuanto quisieran; el hielo era tan duro como la montaña y no presentaba una sola grieta peligrosa y oculta. El lago era grande, por lo que se trataba de una superficie helada muy extensa.

Resultaba divertido detenerse en la orilla y observar a través del hilo brillante y negruzco. Unn todavía no era tan mayor como para que no le divirtiera tumbarse con las manos alrededor de los ojos a fin de concentrar la vista. Era como mirar a través del cristal limpio de una ventana.

En ese momento salió el sol, frío y oblicuo; brillando a través del hielo, llegaba hasta el fondo marrón de lodo, piedras y plantas acuáticas.

Algo más lejos de la orilla, el lago estaba helado hasta lo más profundo, blanco de escarcha hasta el fondo y con una gruesa tapa de hielo duro como el acero. En ese enorme bloque había incrustadas hojas anchas, con forma de sable, hierbajos estrechos, semillas procedentes del bosque y motas de polvo, una hormiga marrón con las patas abiertas, todo ello mezclado con las perlas que se habían formado en el hielo y que se

hacían visibles cuando las alcanzaban los rayos del sol. También había piedras negras y redondeadas de playas de agua dulce, y ramas pequeñas y desnudas. Plantados en el hielo estaban los helechos doblados, semejantes a magníficas obras de arte.

Algunas plantas emergían de sus raíces hundidas en el hielo, otras habían sido atrapadas por el agua mientras esta se congelaba y flotaban en la superficie. Luego esta se había endurecido, y la construcción seguía su curso.

Unn estaba tumbada mirando, fascinada por lo que veía, que resultaba más extraño que cualquier cuento de hadas.

Ver más...

Mientras permanecía tumbada sobre el hielo. Aún no notaba el frío. Su cuerpo se reflejaba en el fondo convertido en una sombra humana distorsionada.

Se movió en el resplandeciente espejo. Los finos helechos se quedaron en el bloque de hielo, en su mar de luz.

Allí estaba, el precipicio del miedo.

Donde el lago era más profundo, el fondo y todo lo demás se veía de color marrón. Abajo, entre las escasas plantas, había un pequeño molusco pardo que se agitaba en vano, pues el lodo ni se movía ni el animal conseguía desplazarse.

Pero un poco más allá, la pared de lodo se precipitaba hacia el negro abismo.

El precipicio del miedo.

Unn se movió y su sombra se desplazó con ella, posándose encima de las profundidades para luego desaparecer por completo, tan deprisa que la muchacha se sobresaltó; pero al

instante entendió qué pasaba.

Temblaba ligeramente por llevar tanto tiempo tumbada en el hielo; era como estar metida en el agua. Notó un leve mareo, pero de nuevo comprendió que sobre el grueso hielo de acero se encontraba segura.

Sin embargo, no le gustó contemplar la cuesta empinada, por no decir vertical. Representaba una muerte segura para todo el que no supiera nadar. Ahora Unn sabía, pero hubo un tiempo en que no y se encontró con una cuesta como esa. Estaba chapoteando en el agua y de repente no había nada bajo sus pies. Se quedó rígida y notó que se alejaba lentamente, cuando de repente una mano firme la agarró y tiró de ella hasta dejarla a salvo en tierra, de nuevo en compañía de sus escandalosos compañeros de escuela.

Unn no llegó a concluir sus pensamientos sobre la terrible sima porque desde la oscuridad del fondo vio subir hacia ella una delgada línea de luz. Era un pez que se movía a la velocidad del rayo, como si quisiera lanzarse derecho a su cara. Asustada, Unn se apartó, olvidando que estaban separados por el hielo. Apareció un lomo verdoso y, después de un brusco movimiento hacia un lado, la sombra de un ojo inmóvil que parecía estudiarla.

Eso fue todo, enseguida volvió a desaparecer en las profundidades.

Ella sabía muy bien qué iba a hacer el pequeño pez a continuación. Se lo imaginaba abajo, contando lo que había visto. En cierto modo, aquella breve visita le había agradado.

Sin embargo, el curioso pez había cortado el lazo que la unía a ese lugar. Unn tenía frío. Se levantó y se puso a corretear, a deslizarse y a andar por el hielo resbaladizo. A veces se encontraba pisando tierra firme, y entonces se ponía a saltar sobre los cabos salientes, para a continuación regresar al hielo. Mientras se divertía, entró de nuevo en calor.

Así permaneció durante mucho tiempo, pues la desembocadura

del río estaba lejos. Pero finalmente llegó.

No veía ni oía la cascada, estaba más abajo. Solo se oía el chapoteo del agua, mientras que arriba, en la desembocadura, todo estaba silencioso.

Justo allí, el agua del gran lago se deslizaba suavemente, desembocando en un río que fluía evitando el borde helado con tanta delicadeza que ni se percibía, aunque un velo de vapor se elevaba de él en medio del frío. Ella no era consciente de que lo estaba viendo, como si se encontrara sumida en un sueño hermoso. De algo tan sencillo se podía crear un hermoso sueño.

No le preocupaba el que estuviera haciendo una excursión prohibida ni el que tal vez resultara complicado concluirla. La risueña agua que había debajo del hielo la llenaba de una serena felicidad.

Cierto que en un momento perdió el equilibrio y cayó en un hoyo lleno de sombras; pero, por lo demás, fue un rato agradable, y el pequeño disgusto se desvaneció de inmediato ante lo que vería a continuación: el gran río que emergía silencioso y transparente del hielo a través de ella, limpiándola, elevándola, diciéndole algo, precisamente lo que necesitaba.

Tan silenciosas eran, el agua y ella, que Unn creyó oír la cascada, su lejano murmullo, el agua que se deslizaba para lanzarse al abismo. Desde allí no se oía la cascada, le habían dicho en la escuela. Y, sin embargo, ella la oía claramente.

A ese lugar se dirigía. Y no pensaría en lo otro. Ese día estaría libre.

A ese lugar irían todos de excursión con la escuela. El murmullo le llegaba por el aire helado como un sonido oculto, cuando en realidad no debería oírse.

El gran lago surgía suave, negro y silencioso de debajo del afilado borde del hielo. Siempre nuevo y limpio, tan dulcemente como si se deslizara por un sueño.

El lejano temblor de la cascada le recordó a Unn que era allí adonde se dirigía. Se despertó. Debería contarle a alguien lo que sentía en ese momento, pero sabía que jamás lograría hacerlo.

Cada vez que se detenía se daba cuenta de lo helada que estaba. El frío le penetraba la ropa. Echó a correr para entrar en calor.

Justo debajo de la desembocadura, el terreno empezaba a inclinarse suavemente. El agua empezaba a emitir unos ligeros murmullos. Río abajo, las orillas eran una continua labor de encaje de extrañas criaturas de hielo, formadas por el frío y el vapor de las corrientes más templadas. El agua lamía los carámbanos.

El terreno, formado por brezo y pequeños montículos, estaba como todo lo demás plateado de escarcha bajo el oblicuo brillo del sol. En ese país de cuentos, Unn saltaba de montículo en montículo, y otro tanto hacían en la cartera los libros y la fiambrera.

El suelo se inclinaba por momentos. Enseguida el río empezó a sonar más fuerte, entre negras piedras que emergían del agua con una brillante corona de hielo en la punta.

Unn corría por terreno prohibido. Pensó que en realidad no quería hacerlo, pero la verdad era que lo deseaba cada vez más.

Ya oía claramente el tentador murmullo que procedía de abajo. Siempre de abajo, y cuanto más tentador sonaba, más justificado le parecía el que estuviese allí.

De tanto correr, volvió a entrar en calor. Cuando se detenía, pequeñas nubes de aliento salían de su boca. El abrigo, grueso y rígido, le impedía moverse libremente. Unn recuperó el

calor, le brillaban los ojos. De vez en cuando se detenía en los montículos para ver salir nubes de aliento de su boca.

El terreno era cada vez más empinado, el río sonaba más fuerte, y al fondo el bramido de la cascada, bajo, tentador y amenazador a la vez.

¡No quiero hacer esto!, pensó con terquedad.

Pero sí que quería. Guardaba relación con Siss.

Era lo único que debía y podía hacer, aunque estuviera mal y prohibido. Por nada del mundo podía retroceder. Guardaba relación con Siss y con todo lo bueno que sucedería en adelante. Si diera la espalda a eso, si se alejara de lo que sonaba abajo regresaría a casa con las manos vacías, sentiría como un abismo de añoranza de algo que nunca volvería a encontrar.

El bramido era cada vez más intenso. El agua del río empezó a tomar velocidad y a llenarse de rayas amarillas. Unn bajó corriendo hasta él en un torbellino plateado de brezo, matojos y algún que otro árbol. El sonido iba en aumento, y de pronto emergió delante de ella una nube sonora de vapor de agua. Unn había llegado al salto de la cascada.

Se detuvo en seco y a punto estuvo de caer en la corriente.

Dos sacudidas recorrieron su cuerpo: primero una paralizadora y helada, luego otra que le infundió nuevo calor, como suele ocurrir en las grandes ocasiones.

Era la primera vez que Unn iba a ese lugar. En todo el verano, nadie la había invitado a ir allí. Su tía había mencionado que existía una cascada, nada más. Ahora, ya muy entrado el otoño, por fin se había hablado de ella en la escuela, después del descubrimiento de ese palacio de hielo, que constituía toda una sensación.

¿Qué era aquello?

Era el palacio de hielo, pero…

El sol desapareció al instante en ese abismo de bordes verticales. Unn se dijo que tal vez bajara hasta allí más tarde, por el momento no había más que una sombra helada.

Unn estaba contemplando un reino mágico de pequeñas cumbres, bóvedas, cúpulas cubiertas de escarcha, arcos suaves y confusas labores de encaje. Todo era hielo y agua que fluía, creando nuevas construcciones. Algunos chorros de la cascada habían sido desviados por el hielo y corrían por nuevos cauces, dando lugar a nuevas formas. Todo brillaba. El sol no había llegado, pero todo emitía un brillo azul y verde. Hacía un frío mortal.

En medio de todo aquello, la cascada se precipitaba hacia una especie de sótano abismal. El agua formaba hilos sobre la montaña, cambiando de color, del negro al verde, del verde al amarillo y el blanco, conforme la cascada se volvía más salvaje. En ese sótano abismal bramaba el agua, que se convertía en espuma blanca contra las piedras del fondo. Grandes suspiros de niebla se elevaban en el aire.

Unn soltó un grito de alegría que el ruido ahogó por completo, de la misma manera que sus cálidas nubes de aliento desaparecían en el frío humo del agua.

El humo y las salpicaduras no se detenían ni por un instante, sino que continuaban con su obra de construcción, poco a poco, sin pausa y salvajemente. El agua se había salido de su cauce. Ayudada por la helada, construía, sin parar, más alto cada vez, pequeños cuartos, pasillos y callejuelas coronados por cúpulas de hielo. Estructuras mucho más complejas y majestuosas de lo que Unn había visto jamás.

En ese momento lo estaba contemplando desde arriba. También quería verlo desde abajo, así que empezó a bajar la empinada cuesta cubierta de escarcha de la cascada. Estaba como hechizada por ese palacio, tan imponente le parecía.

Ya abajo, lo contempló con sus ojos de niña, y la mala

conciencia que pudiera tener por haberse embarcado en esa excursión se esfumó por completo. Pensó que no podía haber hecho nada mejor que ir allí. El grandioso palacio de hielo resultaba siete veces más grande y salvaje visto desde abajo.

Desde donde se encontraba, las altísimas paredes de hielo parecían crecer mientras las contemplaba. Se sentía embriagada. Había un sinfín de edificios transversales, bóvedas y elementos desconocidos. El agua había provocado que todo se hinchara y la propia cascada se precipitaba por el centro en caída libre.

Había bordes secos y resplandecientes, en los que el agua ya había terminado su obra. En otras partes, el humo frío y las gotas seguían actuando, y el agua se convertía de inmediato en hielo de un verde azulado.

Era un palacio mágico. ¡Tenía que intentar entrar en él, en el caso de que hubiese una entrada! Debía de estar lleno de extraños pasillos y puertas. Tenía que entrar. Tan inconcebible era aquel palacio que, delante de él, Unn se olvidó de todo. Solo pensaba en el modo de entrar.

No era fácil moverse en aquel lugar. Muchas aberturas resultaron falsas, pero ella no se dio por vencida y encontró una grieta, por la que corría el agua, lo suficientemente ancha como para meterse por ella.

A Unn le latía con fuerza el corazón cuando entró en la primera habitación.

Era verde, con vigas de luz empotradas. Vacía de todo, excepto de un frío cortante. Había algo siniestro en esa habitación.

—¡Hola! —gritó Unn.

Una llamada dirigida a alguien. Esa era la sensación que daba la estancia vacía. Había que gritar en ella. Unn ignoraba por qué, pues sabía que no había nadie.

Enseguida obtuvo respuesta. ¡Hola!, contestó la habitación en

voz baja.

Vaya sobresalto.

A primera vista podía creerse que la habitación estaba tan en silencio como una tumba, pero no, estaba llena del constante rumor de la cascada. Era un ruido que penetraba las masas de hielo. El juego salvaje que se desarrollaba en el exterior, donde el agua se convertía en espuma contra las piedras del fondo, se oía allí dentro como un ronroneo bajo y peligroso.

Tras los sustos, Unn permaneció un rato quieta, recobrando la calma. No sabía a qué había llamado ni qué le había contestado. No podía tratarse de una voz humana normal.

Tal vez, después de todo, esa habitación no fuera tan grande como la sentía. No intentó conseguir más respuestas, sino que empezó a buscar un camino para adentrarse en el palacio. Ni siquiera se le ocurrió pensar en intentar salir, volver al día.

Apenas si tardó en encontrar un camino: una grieta enorme entre pulidas columnas de hielo.

Entró en una habitación que más bien parecía un pasillo, pero que, sin embargo, resultó ser una habitación, a pesar de todo. Intentó emitir un «hola» medio asustado y recibió como respuesta otro «hola» que reflejaba cierta alarma. Sabía que los palacios solían tener habitaciones como esa —hechizada y embrujada—, y dejó todo lo pasado atrás. En ese momento solo pensaba en palacios.

No gritó «¡Siss!» en el oscuro pasillo. Gritó «hola». No, en ese momento tan inesperado como mágico no pensó en Siss, sino en las muchas habitaciones del palacio verde de hielo, y en que tenía que entrar en cada una de ellas.

Hacía un frío penetrante, e intentó hacer grandes nubes de aliento, pero la luz era demasiado tenue. Oía la cascada por debajo de los pies, aunque eso no podía ser verdad. No todo era verdad en un palacio como ése, pero ella lo aceptaba.

En realidad, hacía demasiado frío allí.

En realidad, a pesar del grueso abrigo que su tía le había regalado antes de que llegase el invierno, estaba temblando de frío. Pero el frío fue sustituido por la emoción que le producía buscar la siguiente habitación, que sin duda encontraría, estaba segura de ello, como que se llamaba Unn.

Por supuesto, tratándose de una habitación estrecha tenía una salida en el extremo opuesto. Un hielo verde y convexo, una grieta abandonada por el agua.

La siguiente habitación le hizo quedarse sin aliento.

Se encontraba en medio de un bosque encantado. Un bosque de hielo.

El agua que había salpicado ese espacio a lo largo del tiempo había formado troncos y ramas de hielo, y pequeños árboles emergían del fondo entre otros más grandes. También había cosas a las que no se podía llamar ni lo uno ni lo otro y que sin embargo pertenecían a un lugar como ése, y había que aceptarlas. Unn contemplaba con los ojos muy abiertos aquel insólito cuento de hadas.

A lo lejos sonaba el agua.

La habitación era luminosa. En ella no entraba el sol, que seguramente seguiría detrás de la colina, pero la luz diurna penetraba de muchas maneras en forma de extraños resplandores a través de las paredes de hielo. Hacía mucho frío.

Sin embargo, el frío no tenía importancia estando allí, era como debía ser, ese era el hogar del frío. Unn miró asombrada el bosque y también allí lanzó un balbuceante y cauto grito:

—¡Hola!

Esta vez no recibió respuesta alguna.

Se sobresaltó: ¡nadie respondía!

Todo era hielo duro como la piedra. Todo era desconocido. Pero no hubo respuesta, y eso no estaba bien. Daba miedo y la hacía sentirse en peligro.

El bosque se volvió inhóspito. La habitación era infinitamente grande, pero hostil, y eso la asustaba. Por si acaso, Unn se apresuró a buscar una salida antes de que ocurriera algo allí dentro. Hacia delante o hacia atrás, no pensó en ello, ese sentido ya lo había perdido.

También en esta ocasión dio con una grieta, por la que logró salir encogiéndose. Era como si se abriesen para ella allí donde entrara. Al otro lado se encontró con una nueva clase de luz que ya conocía de su vida anterior: la luz diurna normal y corriente.

Miró alrededor, algo decepcionada. ¡Allí se veía el cielo de todos los días! No un techo de hielo, sino un cielo frío y azul de invierno, muy en lo alto. Unn se encontraba en una habitación circular con lisas paredes de hielo. El agua había estado allí, pero había sido desviada hacia otros lugares.

En esa habitación no se atrevió a gritar «hola»; el bosque de hielo había puesto fin a eso, pero comenzó a experimentar con sus nubes de aliento en esa luz normal y corriente. Al recordarlo, sentía cada vez más frío. El calor de la marcha se había agotado hacía tiempo, y el que conservaba en su interior se encontraba en esas nubecillas de aliento. Las dejó subir en densas columnas interrumpidas.

Se disponía a seguir andando, pero se detuvo en seco.

¡Se oyó un «hola»!

Del otro lado.

Se volvió. No había nadie.

Sin embargo, no eran imaginaciones suyas.

Lo que ocurría era que, cuando el visitante no gritaba, lo hacía la habitación. Una no estaba segura de que eso le gustara, pero

contestó con un «hola» en voz baja. En realidad, no fue más que un susurro.

Le hizo bien, no obstante, había actuado de la manera correcta, se armó de valor y comenzó a buscar una grieta para seguir adelante.

El ruido que producía el agua al precipitarse en ese lugar era fuerte y profundo. Estaba cerca de ella sin verla. ¡Tenía que seguir su camino!

Unn temblaba de frío, pero no lo sabía, se sentía demasiado alterada. ¡Allí estaba la grieta! En cuanto las buscaba, le salían al paso.

Se apresuró a atravesarla.

Pero tampoco se había imaginado eso: al parecer se encontraba en una habitación de lágrimas.

Nada más entrar, notó una gota en el cuello. La grieta por la que había entrado era tan baja que había tenido que agacharse.

Era una habitación de lágrimas. Una luz tenue se filtraba por las paredes de cristal, y el lugar lloraba gotas en la penumbra. Todo estaba aún sin construir, las gotas caían desde el techo con un suave chapoteo, cada una dentro de su charco de lágrimas. Todo era muy triste.

Se filtraban dentro del abrigo y el gorro de lana. No pasaba nada, pero allí dentro su corazón se volvió pesado como una piedra y se echó a llorar. ¿Por qué lloraba?

¡Tenía que dejar de llorar!

No podía.

Al contrario, parecía llorar aún más. El agua entraba en grandes cantidades, el goteo se hizo más frecuente; el llanto, más intenso.

Las paredes empezaron a desprender agua. Era como si fuese a reventarle el corazón.

Unn advirtió enseguida que se trataba de agua, y no obstante el lugar seguía siendo una habitación de lágrimas. Allí dentro te volvías cada vez más pesada, ni llamabas ni te llamaban. Hasta te olvidabas del murmullo del agua.

Las gotas se convertían en hielo sobre su abrigo. Se sentía profundamente desgraciada y quería marcharse. Vagaba a lo largo de las paredes y, de repente, sin saber cómo, se encontró junto a la salida, o la entrada…, ¿cómo saberlo?

Era un hueco más estrecho que todos los demás por los que había entrado o salido, y parecía conducir a una sala reluciente. Unn la vislumbró y la asaltaron unas ganas locas de entrar, como si la vida le fuese en ello.

Demasiado estrecha, no lograba pasar. Pero tenía que hacerlo. Es por el abrigo tan grueso, pensó, y se libró a toda prisa de la cartera y el abrigo, dejándolos allí para cuando volviese. Pero no reflexionó mucho en eso, ¡lo único que importaba era entrar!

Lo consiguió al fin, menuda y flexible como era, esforzándose mucho y encogiéndose.

La nueva habitación le pareció un milagro. La luz entraba, intensa y verde, por las paredes y el techo, y tras haber estado sumergida en el llanto, Unn se sintió exultante.

¡Sí! De repente lo entendió: era ella quien tanto había llorado allí dentro. No sabía por qué, pero era ella misma la que había estado ahogada en llanto.

No merecía la pena seguir pensando en ello. Entró en esa habitación llena de luz y se detuvo un instante junto a la puerta. No había ni una gota en el techo y el ruido de la cascada apenas se oía. Era un lugar ideal para gritar, si podías,

para soltar un grito salvaje en busca de compañía y consuelo.

—¡Siss! —gritó, y fue como si brotase una cascada.

Unn se sobresaltó, porque la respuesta le llegó de tres lugares: ¡Siss!

Permaneció inmóvil hasta que el grito se hubo confundido con el murmullo. Después cruzó la estancia mientras pensaba en su madre, en Siss y en lo otro. Un breve instante fue suficiente. El grito había provocado una grieta, que volvió a cerrarse casi de inmediato.

¿Por qué estoy aquí?, se preguntó de repente, dando vueltas por la habitación. No avanzó muchos pasos, pues al cabo de un rato andaba de forma diferente, como tiesa.

Ya se encontraba muy cerca del límite.

La mano de hielo se posó sobre ella.

Unn se dio cuenta entonces del frío paralizador que hacía allí dentro. Había dejado atrás el abrigo. Ahora el frío podía penetrar su cuerpo exactamente como quisiera.

Le entró miedo, se apresuró hasta la pared con el fin de volver en busca de su cálido abrigo.

¿Por dónde había entrado?

La pared no era sino una montaña de hielo, compacta y resbaladiza. Corrió hacia otra. ¿Cuántas paredes había allí? Todo era compacto y liso.

—¡Tengo que salir! —gritó.

Al instante, encontró la grieta.

Pero ese palacio era muy extraño, pues Unn no había vuelto al lugar donde estaba el abrigo, sino entrado en algo que no le gustó mucho.

Una nueva habitación. Era muy pequeña y estaba llena de carámbanos que colgaban del techo bajo y de otros que parecían surgir del suelo, paredes destrozadas con muchos ángulos, tan gruesas que ahogaban la luz verde. Lo que sí se oía era el ruido de la cascada, tan cercano que a Unn le parecía estar dentro de ella.

El agua corría por las paredes de ese lugar, recordándole a aquel en que había llorado.

Ahora no lloraba. El frío lo detenía todo y hacía que las cosas resultaran confusas. Por su cabeza pasaban muchos pensamientos; intentaba atraparlos al vuelo, pero otro tema emergía sustituyendo al anterior. Se le ocurrió que todo eso quizá fuera peligroso, quería lanzar con mucha fuerza y claridad el grito adecuado en el palacio de hielo:

—¡Hola! ¡Hola!

Sin embargo, no había ningún grito que lanzar. Se le cruzó otro pensamiento, y apenas si se oyó gritar. No llegó muy lejos: allí el único que contestaba era el bramido salvaje, que sofocaba los demás sonidos. Tampoco importaba tanto. Otro pensamiento, otro rayo de frío cortaba de inmediato el anterior.

A Unn se le ocurrió que ese bramido era como para acostarse en él, tumbarse a su lado y dejar que la llevase lejos. Hasta donde quieras... No, también ese pensamiento se interrumpió.

El suelo estaba empapado. En algunas partes, el agua no tardaría nada en helarse. Ese no era lugar para quedarse. Unn buscó una vez más la grieta en las paredes desdibujadas.

Era la última habitación, ya no se podía seguir avanzando.

Se sentía aturdida. No había ninguna salida. Esta vez no serviría de nada, hiciera lo que hiciese. Había grietas de sobra, pero no conducían a ninguna parte, solo más adentro del hielo, a desconocidos centelleos de luz.

Pero había entrado, ¿no?

De nada servía pensar así.

Ahora no se trataba de entrar, sino de salir, y eso era algo muy distinto, pensó. La grieta por la que había entrado ya no estaba allí.

De nada servía gritar. El bramido de la cascada ahogaba los gritos. Un hoyo de lágrimas estaba preparado delante de ella, listo para que se metiera dentro, pero no lo hizo. Ya había acabado el llanto en otro lugar.

¿Sonaban golpes en la pared?

¡No! Allí no había nadie que diese golpes en la pared. No se dan golpes en esa clase de paredes. Lo que ella buscaba era un sitio seco donde colocarse.

Por fin encontró un rincón sin humedad, seco y helado. Allí se sentó, con los pies bajo el cuerpo, pues ya no los sentía.

El frío empezó a entumecerla, las sensaciones eran cada vez más débiles. Estaba cansada, tendría que permanecer un rato sentada antes de ponerse en serio a buscar la salida para coger el abrigo y volver con su tía y con Siss.

Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza, sentía una confusión creciente. Su madre apareció con mayor claridad, para desaparecer al instante. Y todo lo demás se convirtió en una niebla entretejida por centelleos, en nada que pudiera conservarse. Ya habría tiempo luego para pensar en lo que fuera.

Todo parecía muy lejano y se le escapaba. Una se agotaba de tanto correr por ese palacio, por ese lugar tan extraño, era más agradable quedarse un rato sentada, ahora que el frío no molestaba tanto.

Estaba apretándose las manos con fuerza. Se había olvidado del motivo. Todavía llevaba puestos los dos pares de manoplas.

Las gotas empezaron a tocar para ella. Al principio solo se oía el fragor de la cascada, pero luego comenzó a distinguirse el sonido de las gotas que caían. Se estiraban desde el techo bajo e iban a dar sobre los carámbanos y los pequeños charcos; había en ello una especie de canción, un monótono y constante toc, toc, toc, toc.

Y… ¿qué era eso?

Se enderezó, se le vino encima algo que no había sentido antes, gritó, pues disponía de una fuente negra y profunda llena de gritos para cuando le hicieran falta, pero solo dejó escapar uno.

¡Había algo en el hielo! Al principio era algo informe, pero en el momento en el que gritó tomó forma, emergió, luminoso como un ojo de hielo, se elevó por encima de ella e interrumpió sus pensamientos.

Porque se trataba, clarísimamente, de un ojo.

Inmenso.

Mientras la miraba se iba expandiendo. Inmóvil en el hielo y resplandeciente.

Por eso no gritó más que una vez. Pensándolo bien, no la asustaba.

Los pensamientos ya eran muy simples. El frío los había paralizado poco a poco. El gran ojo de hielo la miraba fijamente, pero no daba miedo. Ella se limitó a pensar: ¿Qué estás buscando? Estoy aquí. Luego la asaltó otro pensamiento más normal en casos semejantes: No he hecho nada malo…

No había nada que temer.

Recogió los pies como antes y miró alrededor, el ojo atraía más luz, la habitación estaba cada vez más iluminada.

Sólo hay un gran ojo.

Aquí hay ojos grandes.

Notaba que la miraba desde su ángulo de luz, y tuvo que levantar la cara y mirarlo de lleno.

Aquí estoy. Aquí he estado todo el tiempo. No he hecho nada malo.

El toc toc de las gotas fue llenando lentamente la estancia. Cada gota se convertía en un trozo de canción. De fondo se oía un murmullo constante y luego el agudo toc toc como una música más alegre dentro de la otra. Le recordaba a algo que había olvidado tiempo atrás pero que le resultaba conocido y tranquilizador.

La luz se hacía más intensa por momentos.

El ojo estaba ante ella, cada vez más luminoso. Pero Unn lo miraba sin miedo, dejando que creciera y la escrutara cuando quisiese, pues no le tenía miedo.

Tampoco tenía frío. No se encontraba a gusto, estaba como paralizada, pero no tenía frío. Recordó vagamente que antes hacía mucho frío en el palacio, pero ahora no. Se sentía pesada y floja, en realidad debería echarse un sueñecito, pero el ojo la mantenía despierta.

Unn ya no se movía, estaba sentada junto a la pared con la cabeza levantada para ver la luz en el hielo. Era una luz cada vez más clara, y empezó a llenarse de fuego. Entre ella y el ojo, las gotas bajaban en rápidos centelleos, tocando su monótona música.

El ojo de fuego no era más que un aviso, porque de repente la habitación se iluminó hasta ahogarse en llamas.

El sol invernal por fin había subido tan alto en el firmamento que logró entrar en el palacio de hielo.

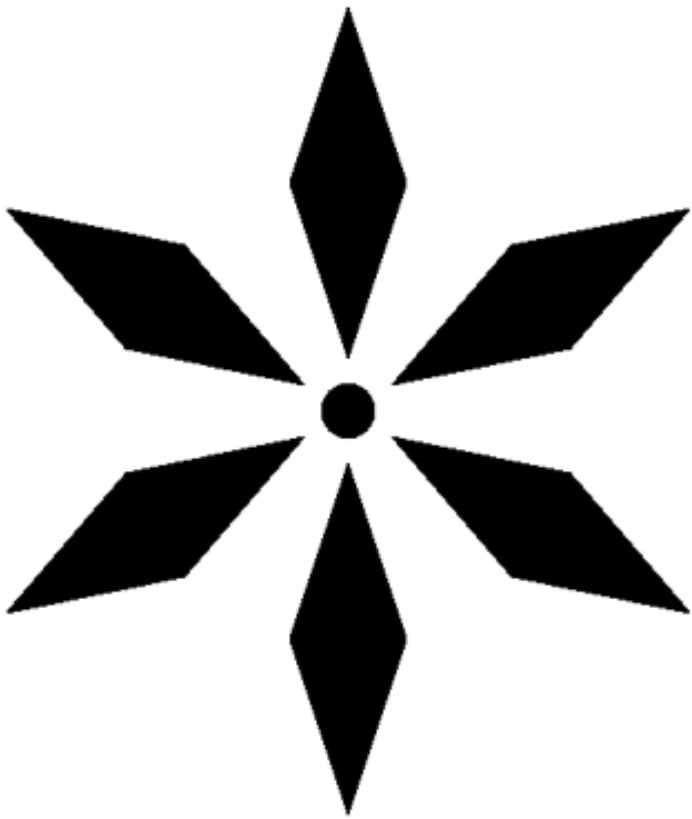
Pero ese sol tardío y frío tenía poca fuerza. Sus rayos atravesaban las gruesas paredes heladas, ángulos y grietas, descomponiendo la luz en maravillosos dibujos y colores, de modo que la desoladora estancia se puso a bailar. Los carámbanos que colgaban del techo, los que brotaban del suelo y las propias gotas, todo bailaba en ese mar de luz que entraba. Mientras las gotas brillaban y se helaban, se helaban y brillaban, la habitación tenía una gota menos cada vez. Habría que llenarla.

Un cegador mar de luz. Unn ya había perdido todo contacto con lo que no fuese la luz. El ojo que miraba se había quemado, todo era luz. Pensó vagamente en toda aquella claridad.

Estaba lista para dormirse, y ¿no había entrado ya en calor? Al menos allí no hacía frío.

El dibujo de la pared de hielo bailaba en la habitación, la intensidad de la luz aumentaba por momentos. Lo que debería estar abajo se puso arriba, todo era luz. Ni una sola vez pensó que eso quizá fuese algo extraño; era como debía ser. Unn quería dormir, se sentía lánguida, débil, dispuesta.

OBJ



II. PUENTES NEVADOS

1. UNN HA DESAPARECIDO

¿Fue solo un sueño extraño?

¿Estuvimos juntas Unn y yo anoche?

¡Sí!

Cuando despertó por completo, la verdad apareció ante ella con toda su nitidez: había sucedido. Qué susto y qué alegría.

Esa mañana sentía una renovada añoranza de Unn. Quería salir cuanto antes hacia la escuela y encontrarse con ella, y podría hacerlo, las cosas habían cambiado.

Siss tuvo que quedarse un rato más en la cama pensando en las novedades, en cómo serían las cosas en adelante. Soy amiga de Unn para siempre, pensó con solemnidad, y puso todo su corazón en la frase.

Sus padres no le hicieron ninguna pregunta ni pronunciaron una palabra sobre su inusual vuelta a casa el día anterior. Habrían optado por esperar un poco. Un día o dos. Luego preguntarían, como por casualidad. Así solían enterarse de casi todo.

¡Pero esta vez no! Era el límite. No le sacarían ni una palabra sobre Unn. Lo que fuera que iluminara sus ojos era demasiado frágil como para hablar de ello con otros.

La mañana transcurría como cualquier otra. Siss se abrigó bien para soportar el frío, cogió la cartera y salió camino de la escuela.

¿Cuál de las dos llegaría la primera? El camino de Unn no coincidía con el de Siss hasta que estaban muy cerca de la escuela. Nunca habían coincidido, ni a la ida ni a la vuelta.

Se preguntó si Unn se sentiría avergonzada.

El frío mordía más que nunca. Arriba, en el sedoso amanecer, el cielo resplandecería, trémulo y azul como el acero. Ese día no había nada que diera miedo a los lados del camino; por el contrario, la oscuridad matutina que iba cediendo lentamente le resultaba agradable. Qué curioso, en cambio, que la oscuridad de la noche le hiciera perder la cabeza.

¿Qué le ocurre a Unn?

Vuelve a decirlo, una vez más. No quiero pensar en ella, solo quiero estar con ella. No hace falta que me lo cuente. Es algo que duele, no quiero saber qué es.

Unn no había llegado todavía cuando Siss se apresuró a entrar en el aula caldeada. Otros sí habían llegado. Alguien saludó como de costumbre:

—Hola, Siss.

No les contó nada del encuentro de la tarde anterior. Como habían visto el intercambio de notas, seguramente desearían conocer los detalles, pero se contuvieron. También ellos estarían esperando a ver qué ocurría cuando Unn llegase. Siss lo tenía muy claro: en cuanto Unn apareciera por la puerta, se acercaría a ella de un modo que dejaría a todos muy clara la situación. Esperaba el momento tan ilusionada que sentía por dentro una especie de cosquilleo.

¿Era posible que ella ya fuese diferente? Una chica de la antigua pandilla dijo sin más:

—¿Qué pasa, Siss?

—Nada.

¿Advertían ya que ella las abandonaría a todas para irse exultante con Unn?

¿Tan penetrantes eran sus miradas? Bueno, le daba igual. Pronto no sería ningún secreto. Aunque resultara un poco

triste tendría que hacerlo: acercarse a Unn e irradiar amistad.

¿No aparecería muy pronto en medio de esa oscuridad como algo nuevo?

Pero no apareció. Ya estaban todos, excepto Unn. Llegó el maestro. El tiempo se había agotado.

El maestro les dio los buenos días.

¿No viene Unn?

Enseguida se constató desde el estrado:

—Hoy Unn ha faltado.

Empezaron la clase.

Hoy Unn ha faltado. Una tranquila constatación. Quizá Siss, que permanecía alerta, notara cierto tono de extrañeza en la voz del maestro. Los demás no se dieron cuenta de nada. Un día faltaba uno, otro día otro. No hubo ningún comentario. En un grueso cuaderno se anotó que Unn no había asistido a clase ese día. Eso fue todo.

Siss estaba nerviosa en su pupitre.

Había reparado en que Unn jamás faltaba al colegio. Por eso ese día tenía que haber una razón especial, y Siss lo asoció de inmediato con el encuentro en el cuarto de Unn la noche anterior. ¿Sería que no quería verla? ¿Tan molesta estaba?

En el recreo, Siss intentó ser la misma de siempre. Nadie dijo que no lo fuera, así que parecía haberlo logrado. Tampoco se mencionó a la ausente, aunque de todos modos solía permanecer al margen.

La jornada transcurrió como de costumbre. Por fin salió el tardío sol de invierno y brilló en las ventanas cuanto le fue posible. Siss esperaba con impaciencia que se pusiera y el día llegase a su fin, para poder ir a enterarse de lo que le ocurría a Unn. El día se le hizo eterno.

Después de mediodía, el sol perdió intensidad, y antes de ponerse en su breve recorrido lo ocultó un velo de nubes grises y algodonosas.

—Para esta tarde han pronosticado un cambio de tiempo —anunció el maestro—. Incluso han dicho que va a nevar.

Nieve.

La primera del año.

Algo breve y grande. Nieve.

La palabra sonó de un modo especial. Todos los que estaban en el aula sabían muy bien lo que representaba, una gran parte de sus vidas, por así decirlo. Nieve.

—Lo que significa que cederá el frío —continuó el maestro. Y añadió—: Y el hielo se cubrirá de nieve.

Por un instante pensaron en algo triste, en un entierro o algo parecido. Así sonaba. Verían por última vez el lago como si fuese de acero negro y brillante. Llevaban mucho tiempo patinando y divirtiéndose en el hielo. Esa misma tarde se acabaría, esa misma tarde llegaría la nieve.

Para cuando salieron en el siguiente recreo, el hielo ya se estaba poniendo blanco.

El suelo del patio seguía limpio, pero el aire era gris y los chicos notaban que algo invisible les pellizcaba la cara. La gran superficie de hielo se había puesto blanca. El espejo raso no parecía tan raso, y acogía los copos de nieve mucho antes de que lo hiciese lo demás.

Resultaba curioso lo poco que se tardaba en destrozar algo. El hielo estaba liso, blanco y muerto.

Por fin salió el tema de Unn, cuando los llamaron para la siguiente clase.

—¿Alguien sabe por qué Unn no ha venido hoy?

Seguramente nadie vio estremecerse a Siss. Ocurrió deprisa. Se miraron unos a otros, nadie daba señal de saber nada.

—No —contestaron por fin, y era la verdad.

—Llevo todo el día esperando que venga —dijo el maestro—. Esto no es nada normal en ella. Se habrá puesto enferma.

Los demás se dieron cuenta de que Unn era más importante en el colegio de lo que pensaban hasta entonces. O tal vez lo sabían a pesar de todo. Se habían dado cuenta de lo inteligente que era. Pero ella siempre se mantenía al margen, y si alguna vez participaba en algún juego lo hacía por muy poco tiempo, tras el cual volvía a apartarse, engreída o lo que fuera.

Miraron ingenuos al maestro.

Estaba elogiando a Unn.

El maestro miró a la clase y preguntó:

—¿Hay aquí alguna amiga de Unn que sepa si está enferma? Desde que empezó el curso en otoño no ha faltado un solo día.

Nadie contestó. Siss tenía el alma en vilo.

—¿Tan sola está? —preguntó el maestro.

—¡No, no lo está!

Todo el mundo se volvió hacia Siss. Era ella quien lo había dicho, o casi gritado. Estaba sentada en su pupitre, con el rostro color púrpura.

—¿Has sido tú, Siss?

—Sí, he sido yo.

—¿Conoces a Unn?

Los demás se mostraron escépticos.

—Bien, entonces ¿sabes lo que le ha pasado hoy?

—¡Hoy no la he visto!

Siss presentaba un aspecto tan poco usual que el maestro tuvo que indagar en el asunto más de lo que había pretendido. Se acercó a ella.

—Has dicho que…

—He dicho que soy amiga de Unn —lo interrumpió Siss. Ya lo saben, pensó.

Una chica que se sentaba cerca de ella pareció a punto de preguntar: ¿Y cuándo te has hecho amiga suya? Por eso Siss añadió, obstinada:

—Ayer por la tarde. ¡Para que lo sepáis!

—Pero Siss, por favor, no te hemos dicho nada.

—Ya, pero…

—¿Y anoche no le pasaba nada a Unn?

—Nada.

—Bueno. Entonces tal vez podrías pasarte luego por su casa y preguntar qué le ocurre. Sé que no te pilla del todo de camino, pero no te importa dar un pequeño rodeo, ¿no?

—No, no me importa —contestó Siss.

—Gracias.

Todos miraron asombrados a Siss, y en el último recreo le preguntaron:

—¿Qué sabes de Unn?

—No sé nada.

—No nos lo creemos. Se te nota que sabes algo. También el maestro se ha dado cuenta.

Estaban algo alterados. Aún no habían asimilado que Siss se hubiese pasado al bando de Unn así sin más. Estaban seguros de que sabía algo que no quería contar.

—Sabemos que lo sabes, Siss.

Los miró indecisa. De repente, había algún raro secreto sobre Unn que sólo Siss conocía.

Estaban volviendo a sus casas. El cielo se alisaba sobre ellos. Aún no desprendía más que un leve rocío. Al principio, Siss iba acompañada por algunos compañeros. Veía en sus caras lo que estaban pensando: ¿Qué sabe ella de Unn?

Llegaron al punto donde Siss tenía que desviarse. Todos se detuvieron ese día de un modo singular. Estaban ofendidos. Siss era la culpable.

—¿Qué pasa? —preguntó con brusquedad.

Dejaron que se fuera.

Se dio toda la prisa que pudo hasta la pequeña casa.

Entonces llegó la nieve.

Los copos se desprendieron. El aire era mucho más templado al atardecer, la nieve podía llegar tal como debía. Caía a montones sobre el suelo endurecido. Campos y laderas helados. Siss se encontraba muy cerca de la casa de la tía de Unn. Todo ya estaba blanco a su alrededor.

No se veía a nadie.

¿Qué es lo que sé de Unn?

Ellos creen que hay algo.

Sí que lo hay. Es para Unn y para mí. Bueno, y tal vez para Dios, añadió, con el fin de estar segura, mientras contemplaba

la nieve que caía.

Un pequeño pero importante alto en el camino.

A través de la nevada vio a la tía, que salió en cuanto divisó a Siss. ¿Qué significaba eso? De inmediato se dio cuenta de que abrigaba un mal presentimiento. La tía había salido como si hubiera permanecido al acecho. ¿Qué significaba eso?

Siss avanzó a grandes zancadas a través de la nevada, era la primera en pisar la nueva alfombra. La tía aguardaba, menuda y solitaria, la pobre, en medio de los copos de nieve.

—¿Le pasa algo a Unn? —medio gritó antes de que Siss hubiera llegado a la puerta.

—¿Cómo? —dijo Siss, boquiabierta.

Ese breve e inconcebible pinchazo…

Tendría que poner las cosas en su sitio. Todo estaba patas arriba.

—Te pregunto que por qué vienes tú en lugar de Unn.

A Siss no le quedó más remedio que dar rienda suelta a su temor.

—Pero… Unn está en casa, ¿no?

Las oscuras ventanas se abrieron de par en par de repente. Preguntas cargadas de desconcierto por ambas partes.

Una rápida búsqueda por la casa y el cobertizo, en vano.

Aturdidas carreras de un lado para otro. No había teléfono en la casa, pero sí no muy lejos. La tía se fue corriendo a llamar a diversos sitios.

—Se hará de noche antes de que nos dé tiempo a hacer nada —dijo, y marchó a toda prisa.

Siss corrió a casa de sus padres. Ahora sí los necesitaba, necesitaba alguna palabra suya. La nieve caía copiosamente y empezaron a percibirse las primeras sombras.

Siss hizo el mismo recorrido de nuevo. Esta vez el suelo estaba inmaculado debido a la nieve recién caída. No se encontró con ningún coche, con ninguna pisada. No pensaba en los lados del camino, solo en llegar a casa, en avisar.

2. NOCHE DE VIGILIA

Unn ha desaparecido.

Se está haciendo de noche.

¡Que no se haga de noche!

El temprano anochecer, sin embargo, no se dejó detener por deseos desesperados; al contrario: llegó denso y a toda prisa.

Se había alertado a la gente en un área muy amplia, y muchos habían acudido para tomar parte en la batida. Faltaban linternas, y la oscuridad y la nieve dificultaban la busca. La nieve y la creciente oscuridad ahogaban las luces de las linternas y los insistentes gritos de Unn. La gente caminaba en filas contra un muro de noche cerrada, dispuesta a enfrentarse a él, a romperlo. No se dieron por vencidos, lo rompieron como pudieron.

A Unn se la había tragado la tierra.

Si esta nieve hubiera caído ayer, decían los buscadores, al menos dispondríamos de huellas. Pero ha caído demasiado tarde, lo que empeora aún más la situación.

Siss estaba en medio de toda esa confusión. Al principio, nadie se dio cuenta. Corría con un nudo en la garganta. Había librado una dura batalla en su casa antes de conseguir el permiso.

—¡Quiero ir con ellos, papá!

—Los niños no pueden estar corriendo por ahí de noche y con esta nevada —declaró su padre, mientras se preparaba a toda prisa para salir.

Ella siguió dando la lata.

Luego llegó la pregunta obvia:

—¿Pasó algo anoche cuando estuviste con Unn?

—No —se limitó a contestar Siss.

—¿Te dijo algo? —intervino la madre—. Estabas un poco rara cuando llegaste a casa. ¿Qué te dijo?

—¡No voy a contároslo! —exclamó Siss, y con esas palabras revelaba algo de lo que más tarde se arrepentiría amargamente. Se dio cuenta de que había dicho demasiado. Lo captaron antes de que ella hubiese acabado la frase.

—Dios mío, ¿te dijo algo que pueda explicar su desaparición?

—No, yo no sé nada de nada. ¡Nada!

Menos mal que preguntaron de esa manera enrevesada, porque de ese modo Siss pudo contestar que no sin mentir. Cuando Unn quiso contármelo, salí corriendo, pensó.

—Creo que debemos dejar que te acompañe —dijo la madre dirigiéndose a su marido—. No sabemos qué ha podido pasar. Ya ves cómo se lo está tomando.

Siss fue con los demás. Al principio había varios compañeros de escuela entre ellos, pero los mandaron a casa. Siss se mantenía algo apartada para que solo la vieran a ratos.

Pronto llegaría la noche, pero seguirían buscando hasta el amanecer, de ser necesario. No se podía dejar a Unn fuera, bajo la nieve que caía.

¿Por dónde deberían buscarla? Por todas partes. Otra pista no tenían. La casa de la tía constituía el centro. La mujer estaba deshecha. Algunos hombres entraban a pedirle consejo acerca de dónde buscar. Sugerencias y propuestas.

—En el agua —dijo alguien.

—¿En el agua? Agua sin helar solo hay en el río grande. No creo que haya ido hasta allí.

—¿Qué iba a hacer en ese lugar?

—¿Qué iba a hacer en cualquier lugar?

—Yo estoy pensando en la carretera. En los coches que pasan.

Silencios cargados de dolor en ese murmullo entre los hombres, entre esa gente tan dispuesta a ayudar, que andaba a ciegas en la oscuridad. La carretera. Esa carretera eternamente despejada y peligrosa. Habrían preferido no pensar en ella.

—Están avisados en todas partes —dijo alguien, refiriéndose a la carretera.

—Pero hay otra cosa: la cascada, esa gran masa de hielo que se ha formado en ella. Por lo visto, en la escuela han hablado de una posible excursión para verla. ¿Y si Unn fue hasta allí sola y luego se perdió?

—¿Y faltar a la escuela? —intervino la tía—. No sería muy propio de ella.

—¿Y qué sería propio de ella?

—¿Tiene amigas?

—Ninguna, pero ayer vino una por primera vez desde que la niña vive conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Justo ayer? ¿Quién era?

—Esa niña, Siss; pero no sabe nada, ya se lo he preguntado. Aunque hay algo que no quiere decir. Un secreto de niñas, creo. Lo noté en las dos cuando Siss se marchaba. Pero eso no significa nada.

La pobre tía estaba bajo la nieve delante de su casa, completamente inútil para dirigir la búsqueda. Y, sin embargo, era el centro de atención.

—¿Por qué ha llegado la nieve después? —preguntó—. Justo después…

—Siempre es así —dijo alguien, desanimado.

—No —replicó la tía.

Esa noche estaban encendidas las luces de todas las casas. En todos los caminos, y también entre ellos, había huellas en la nieve. Las linternas brillaban, medio ciegas, en medio del bosque y en los campos. Se lanzaban gritos, pero no llegaban muy lejos. La noche cerrada impedía que se oyeran.

Al día siguiente, ya con luz, habría más esperanza de encontrar a alguien, decían; pero no podían esperar hasta entonces.

Siss había caído en un hoyo. Nunca se alejaba tanto como para no ver las linternas ni escuchar el vocerío. Su padre mantenía una especie de contacto con ella, que no obstante seguía en la periferia. De repente, mientras iba pensando en Unn, Siss cayó en un hoyo.

¿Dónde está Unn?

—¡Hola! —gritó alguien, cerca, pero ella no hizo mucho caso, se oían tantos gritos…

No se había desplomado por cansancio, sino por otra desgracia.

Que no le haya pasado nada a Unn…

En ese instante sonaron pasos justo detrás de ella. Volvió la cabeza y vio a un hombre a la luz de la linterna que llevaba. Vio su rostro, vio la felicidad dibujarse en él, cálida y reluciente.

—¡Hola!

Ella se encogió aún más ante aquel grito, y de pronto el

hombre se convirtió en un extraño.

—¡Nada de eso! —exclamó—. ¡No creas que conseguirás escapar!

Siss sintió que dos fuertes brazos la estrechaban con un júbilo desmesurado.

—Ya sabía yo que te encontraría. ¡Lo sabía!

Entonces Siss comprendió.

—¡Que no soy yo!

El hombre se echó a reír.

—¡Ya lo creo que eres tú! Y me parece que estás llevando esto demasiado lejos…

—¡Te digo que no soy yo! Yo también estoy buscando a Unn.

—¿No eres Unn? —dijo el desconocido, decepcionado.

Habría sido maravilloso, pero tuvo que contestar:

—No, soy Siss.

Los fuertes brazos la soltaron tan bruscamente que Siss cayó contra un palo y se hizo daño. El joven masculló, indignado:

—¡Entonces deja de hacer tonterías! Todo el mundo pensará que eres ella.

—Yo también tengo que buscarla. La conozco. Conozco a Unn.

—Bueno… —dijo él, más indulgente.

Siss tampoco estaba enfadada con aquel hombre.

—¿Te has hecho daño?

—No, nada.

—No era mi intención, pero vi que te lastimabas.

Una pequeña alegría en medio de la desgracia.

—No debes ir por ahí engañando de esa manera a la gente, pues eres igual que la chica a la que andamos buscando. No estamos aquí por gusto. Tienes que irte a casa de inmediato —dijo el hombre, a punto de enfadarse de nuevo.

Siss se puso tozuda. ¡Que nadie le hablara como a una niña a la que solo querían apartar de allí!

—Soy la única que conoce a Unn —dijo sin pensárselo—. Anoche estuve con ella.

¿Se mostró desconcertado el hombre ante aquellas palabras? No. Se limitó a preguntar con desgana:

—¿Sabes algo, entonces?

Siss lo miró. La luz de la linterna les permitía mirarse perfectamente a los ojos. Él bajó los suyos y se marchó.

Más tarde, Siss se arrepentiría de pronunciar esas palabras irreflexivas. El ambiente estaba alterado. En un instante la habían capturado en una red tejida por ella misma. La noticia de que la pequeña Siss sabía algo se propagó como el fuego.

Cada minuto contaba. Al cabo de unos momentos notó una mano fuerte que la cogía del brazo. Pero esta vez no se trataba de un joven con ojos de expresión bondadosa, sino del rostro duro como la piedra de un hombre al que conocía. Parecía aterrado, lo que no era habitual en él.

—Siss, tendrás que acompañarme.

Siss palideció.

—¿Adónde? —preguntó.

—Deberías irte a casa. No puedes estar corriendo por aquí. Y hay algo más —dijo, haciéndola temblar.

Su mano era férrea; Siss no pudo evitar seguirlo.

—Mi padre me deja..., tú no sabes nada de esto —dijo Siss con obstinación—. Y no estoy cansada.

—Claro que sí, ven conmigo. Algunos de nosotros queremos hablar un poco contigo.

¡No!, pensó ella.

El hombre la soltó cuando se encontraron con otros dos que formaban parte de la partida. También los conocía. Eran vecinos. Siss entendió de inmediato lo que significaba aquello.

—¿Sabéis dónde está mi padre? —preguntó, como para hacerse la dura frente a ellos.

—No andará muy lejos. Pero escucha, Siss: has dicho que sabes algo de Unn, y también que estuviste con ella ayer por la tarde.

—Sí, es verdad. Estuve un rato en su casa.

—¿De qué habló Unn?

—Eh...

—¿Qué sabes de ella?

Tres pares de ojos la vigilaban severos a la luz de las linternas. Eran unos buenos vecinos. Estaban asustados y tensos.

Ella no contestó.

—Tendrás que contestarnos. Puede tratarse de la vida de Unn.

Siss se estremeció.

—¡No!

—Has dicho que sabes algo de ella, ¿no es así?

—¡Ella no lo dijo! No dijo nada sobre eso.

—¿Qué es «eso»?

—Que quisiera irse a alguna parte.

—Quizá dijo algo que pueda ayudarnos en la búsqueda.

—No, no.

—¿Qué te contó?

—Nada.

—¿No te das cuenta de que esto es muy serio? No te preguntamos para molestarte, sino para encontrar a Unn. Has dicho que…

—¡Solo fue algo que dije!

—No me lo creo. Veo que sabes algo. ¿Qué dijo Unn?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

—¡Porque no fue así! ¡Ella no lo dijo! Y no dijo ni una palabra de que fuera a esconderse.

—Bueno, bueno, pero de todos modos…

—¡Dejadme ya! —gritó ella.

Se detuvieron sobresaltados. El grito de Siss sonó demasiado peligroso.

—Vete a casa con tu madre, Siss. Estás completamente agotada.

—No estoy cansada. Me han dejado venir. Tengo que estar aquí.

—¿Tienes que estar?

—Sí, a mí me lo parece.

—No podemos perder el tiempo en esto. Es una pena que no hayas querido decirnos nada. Habría sido de gran ayuda.

No, pensó ella.

Los tres hombres se marcharon.

Siss se sentía rara y como con la cabeza vacía. Su casa no estaba lejos, pero tenía que seguir buscando toda la noche.

Permaneció cerca de las linternas, pero protegida por la oscuridad, que la ocultó de nuevo. Una vez más le ordenaron detenerse. Otro hombre. No se extrañó de verla allí, estaba demasiado concentrado en sus pensamientos.

—¿Eres tú, Siss? Tengo que preguntarte algo: ¿crees que Unn podría haber ido a ver el hielo de la cascada?

—No lo sé.

—¿Había planes de que toda la escuela fuera a verlo?

—Pues sí.

—¿Ella no mencionó que le apetecía ir allí por su cuenta? Suele andar sola, ¿verdad?

—¡No dijo nada de eso!

El hombre no la presionó, puso cuidado en no hacerlo, pero Siss ya había llegado al límite. No podía más, y su llanto emergió, amargo e intenso bajo la nieve.

—Perdona —se disculpó el hombre—. No era mi intención.

—¿Queréis ir allí? —consiguió preguntar Siss.

—Sí, iremos ahora mismo, ya que se ha hablado de eso en la escuela. Es posible —añadió el hombre— que a Unn se le haya ocurrido ir allí y que luego se haya perdido. Seguiremos el río

desde la desembocadura.

—Sí, pero entonces…

—Gracias por tu ayuda, Siss. ¿No deberías irte a casa ya?

—¡No, quiero ir con vosotros al río!

—Ah, no. Tendrás que hablarlo con tu padre. Creo que lo estoy viendo allí delante.

Sí, era su padre. Enérgico y severo como los demás.

—Quiero ir con ellos. Me dijiste que podía.

—Ya no.

—¡Soy tan fuerte como vosotros! —dijo en voz alta a esa gente tan apresurada y nerviosa, mientras notaba que también ella se ponía tensa.

—No dudo que lo sea —dijo alguien a quien gustó su terquedad.

Su padre la miró y no se atrevió a seguir oponiéndose.

—Bueno, tal vez sea cierto que eres capaz de aguantarlo. Me meteré en algún sitio a llamar a tu madre, que está esperándote.

Un nutrido grupo se disponía a dirigirse al río en la oscuridad de la noche. Avanzaron por la orilla hacia la desembocadura.

Se dispersaron mientras andaban, pero sin perder el contacto entre ellos. Ya no nevaba con la misma intensidad, pero la nieve continuaba chorreándoles por la cara, y había ya tanta en el suelo que cada vez les costaba más andar. Pero Siss no reparaba en ello, estaba llena de renovadas esperanzas.

Casi todos llevaban linterna. Una gran mancha de luz vibraba y vacilaba sobre montículos y salientes de tierra, camino de la desembocadura. Resultaba curioso verlo, curioso andar en

medio de esa gente. Siss albergaba nuevas esperanzas.

El lago serpenteaba en la noche como una blanca planicie de nieve. El hielo estaba duro y resistente como la misma montaña, de modo que allí nada podía haber ocurrido. Y no era probable que Unn se hubiese aventurado hielo adentro.

Caminaban con dificultad. Siss se mantenía cerca de su padre, ya que tenía su permiso.

Llegaron a la desembocadura. Iluminaron con las linternas el agua negra que asomaba por el borde del hielo y continuaba en silencio, y la examinaron. Daba miedo. Eran incapaces de apreciar la belleza del lugar. Mucho más abajo estaba la cascada, fuera del alcance del oído debido a tanto vocerío.

El río corría profundo y silencioso. El grupo se repartía entre las orillas.

De nuevo volvió a nevar, y con mayor intensidad. La nieve chorreaba del cristal de la linterna, derritiéndose contra él y haciendo que la luz fuera poco fiable. La nieve era molesta. Había entre los hombres un chico joven, nervioso y alterado, que enseñó unos dientes blancos a la inoportuna nevada.

—¡Deja ya de caer!

Al instante dejó de nevar. Ocurrió de repente, como si el saco se hubiera vaciado. El chico se sobresaltó, se sintió incómodo de pronto, y echó un rápido vistazo alrededor para comprobar si alguien lo había oído. No.

Como la nieve no lo cubría todo, el paisaje adquirió profundidad y los hombres comprobaron por fin lo vasta y silenciosa que era la noche.

Siss se había detenido junto a la corriente silenciosa que discurría bajo el hielo. Allí dentro se podía ocultar y desaparecer lo que fuera. No debía pensar en ello.

Empezaron a descender por las orillas y los montículos que había a los lados del río. El terreno se inclinaba, el río adquirió voz. Deprisa. Debían examinar todo a fondo mientras corrían por encima de piedras y tierra.

El séquito de linternas nerviosas y saltarinas se mantuvo unido al cruzar el río. Los duros cantos de hielo, hechos encaje, emanaban destellos. El agua estaba negra. La tenue luz de las linternas no llegaba muy lejos. Allí dentro no había más que profundidades desconocidas. La cascada podía oírse desde muy abajo.

No se veía nada en las orillas.

Ya lo sabemos, pero las búsquedas son así…

El primero en llegar abajo gritó:

—¡Venid!

Todos lo vieron al instante. Siss lo vio al instante. Ninguno de aquellos hombres había tenido tiempo de hacer una excursión hasta esa cascada de la que tanto se había hablado durante el otoño. Además, ese aumento tan enorme del palacio de hielo era muy reciente. Gracias al frío, el agua había adquirido una mayor capacidad de construcción. Los hombres dirigieron sus linternas hacia el nacimiento de la cascada, sobrecogidos por lo que veían.

Siss miró a los hombres, el palacio, la noche y las linternas…, jamás olvidaría aquello.

El grupo descendió flanqueando la cascada. Gatearon sobre los montones de hielo, iluminando todos los rincones que veían.

Bajo aquella luz vacilante, el palacio parecía el doble de grande. La cascada era alta y el agua había formado su construcción de abajo arriba. Los hombres iluminaron los lados lisos y brillantes. Estaban duros y cerrados. Al pie de la cascada, la nieve no había conseguido cuajar más. Arriba, en cambio, en las grietas entre las puntas y las cúpulas, lo cubría

todo. Las linternas solo conseguían arrojar una luz tenue sobre las partes que había más abajo; arriba, las paredes de hielo se perdían, grises, en la oscuridad. Muy adentro, en las profundidades, el río, encerrado en sí mismo, rugía como un animal amenazador.

Sin embargo, el palacio se veía oscuro y apagado: ningún ruido surgía de él. Los hombres no consiguieron ver cómo eran las salas, ya que sus linternas no alcanzaban a iluminarlas. Y aun así los buscadores quedaron hechizados.

Dentro del palacio bramaba el agua, golpeando contra las piedras y emergiendo en forma de espuma y chorros por debajo de torres y paredes, juntándose de nuevo para volver a ser la misma poderosa corriente de antes, apresurándose hacia delante. En esa noche cerrada no había modo de saber hasta dónde.

No se veía más que palacio, río y grandeza.

El palacio estaba cerrado.

Siss miró a los hombres para comprobar si se sentían decepcionados. No. No se apreciaba nada por el estilo. Todo dependía de lo que esperaras encontrar.

Pero los hombres estaban allí.

¿Cómo es todo esto?

Nadie se fijaba en Siss, dejaron que fuese tras su padre. No le hicieron ninguna pregunta. Se concentraron en la búsqueda. Nadie podría haber llegado tan adentro de las masas de hielo, solo ellos. Se reunieron en la nieve que coronaba las cúpulas para examinar la situación, llegaron cada uno por su lado, gritaban para hacerse oír por encima del ruido de la cascada y se consultaban unos a otros.

—¡Pues aquí hay una grieta! —gritó alguien.

Se apresuraron. Encontraron una entrada casi escondida entre paredes verdes. Algunos hombres menudos entraron con la

linterna enfocando hacia arriba.

Allí tampoco había nada, a excepción de un aliento de hielo que les llegaba hasta la médula. Hacía mucho más frío que fuera, donde ya no hacía frío. Era una estancia helada, sin ninguna otra grieta. Y detrás ronroneaba el mismo, eterno, ruido.

Se gritaban unos a otros. ¡Se gritaban que dentro de esa estancia helada no había nada! Iluminaron una vez más lo que los rodeaba, encontraron una grieta más estrecha que una mano, por cuyos bordes el agua salía formando hilillos.

Nada.

Volvieron a encogerse para regresar junto a los demás.

—Nada —dijeron.

—Pues no…

Los hombres miraron descorazonados la salvaje construcción de hielo que se elevaba en el aire. Esa noche estaban serios. El hombre que de alguna manera había tomado las riendas dijo:

—No vamos a acabar pronto con esto.

Los demás no sabían ni hasta dónde ni hasta cuándo quería decir el hombre. Cada uno se daría cuenta por sí solo de lo inconcebible de la situación. Siss miró a su padre, que no había tomado rienda alguna, sino que se limitaba a participar.

De repente, un miembro del grupo se acercó a la cansada Siss. Pues sí, algo cansada debía de estar, por no decir mucho, conforme la noche iba avanzando, pero los nervios le impedían reparar en ello. Miró asustada al hombre, sabía que llegarían nuevas preguntas.

—¿Unn mencionó que quería venir aquí?

—No.

Su padre se acercó y dijo con determinación:

—¡Ya está bien! ¡No presionemos más a Siss!

El que dirigía el grupo también acudió y declaró, tajante:

—Siss ha explicado cuanto sabe.

—Eso creo yo también —dijo el padre.

—Lo siento —se disculpó el que había preguntado, y se alejó—. No era mi intención molestarla.

Siss miró agradecida a los dos hombres de expresión severa. El que estaba al mando dijo:

—Repasemos todo una vez más. Hay aquí tantas grietas por las que la chica podría haberse caído..., es decir, en caso de que haya estado aquí.

Nadie se opuso. Reemprendieron la tarea. El palacio de hielo ejercía una atracción indecible sobre ellos, en ese momento eran tan vulnerables que estaban dispuestos a dejarse llevar en el estado en que se encontraban.

Repasarlo todo una vez más...

Siss se quedó abajo, al pie de la cascada, viendo cómo el palacio de hielo cobraba vida. Los hombres se acercaron desde todas direcciones. Las linternas penetraban las grietas, arriba entre las cumbres, y a través del encaje. No solo era un palacio, sino que, además, parecía un palacio iluminado y de fiesta, aunque la luz viniese de fuera.

Siss se embebió de esa imagen nocturna, exultante por poder participar, emocionada porque se trataba de Unn. Derramó unas lágrimas sin que nadie la viera, no pudo remediarlo.

Aguantaría, se dijo a sí misma. De allí no se irían a casa. Después del palacio continuarían por las orillas del río, hasta donde este fuese absorbido por un nuevo lago helado. No estaban tan lejos, pues la cascada se encontraba,

aproximadamente, a medio camino entre dos grandes lagos.

Los hombres seguían buscando. Llevaban consigo la vida y la luz. Habían acudido a un palacio desconocido que semejaba el palacio de la muerte. Si golpeaban las paredes con un palo, se revelaban duras como la piedra. El golpe reverberaba y hacía temblar el brazo. Nada se abría. Y, sin embargo, ellos golpeaban.

3. ANTES DE QUE LOS HOMBRES SE MARCHEN DE ALLÍ

No se marchan, esperan.

Son incapaces de moverse de allí.

El edificio de hielo se yergue como un misterio sobre ellos, tiene poder, ondea con sus cumbres en la oscuridad invernal. Como si estuviera dispuesto a quedarse allí para siempre, pero ocurre todo lo contrario, el tiempo es desesperadamente corto, y el palacio se desplomará en cuanto lleguen las inundaciones.

Esa noche mantiene capturados a los hombres. Permanecen allí más tiempo del que deben, considerando el motivo que los ha llevado a ese lugar.

Tal vez no sepan nada de eso. Están agotados, pero no pueden dejarlo. No logran decidir si han terminado o no. El palacio de hielo cerrado ha cobrado vida.

Ellos mismos le han prestado la vida; luz y vida a ese bloque muerto y a ese tiempo enmudecido después de medianoche. Antes de que ellos llegaran, la cascada rugía desconsoladamente, a ciegas, y el coloso de hielo no era más que la muerte acabada, la muerte sorda. Ellos no supieron lo que llevaban consigo hasta que los capturó el juego entre aquello que era y aquello que vendría.

Pero tampoco se trata de eso.

Hay algo secreto en todo esto. Sacan las penas y las plantan dentro de ese juego nocturno de luz y presentimientos de muerte. La situación mejora y se dejan seducir por ello. Se dispersan por los ángulos de hielo, las linternas lanzan tiros cruzados, entran en el círculo de luz de otras grietas y prismas, que a su vez iluminan nuevas partes enteras, que igual de veloces vuelven a cerrarse para siempre. Reconocen todo

aquello, de tal modo que se echan a temblar. Es peligroso, pero lo desean así, tienen que estar allí. Si hay una abertura, es solo porque así lo parece.

Los hombres tienen que marcharse de allí, pero lo hacen de mala gana.

Los hombres se echan a perder junto al palacio de hielo, como si algo se hubiera apoderado de ellos, buscan febrilmente en torno a él, buscan un tesoro que ha caído en desgracia, pero ellos mismos están involucrados. Son hombres serios, agotados, se dan por vencidos como víctimas de un hechizo y dicen: está aquí. Se encuentran al pie de los muros de hielo con el rostro tenso, y todo está a punto para que se oiga un canto fúnebre ante ese palacio cerrado y seductor. Si a uno de ellos se le hubiera ocurrido la locura de ponerse a cantar, los demás se habrían unido a su canto.

Siss los mira boquiabierta, nota que algo está pasando. Los ve dispuestos a cantar, y a su padre como a punto de unirse a ellos. Siss se habría quedado escuchándolos, tiritando de frío, esperando a que los muros reventaran. Ahí está, asustada por esos hombres.

Sin embargo, falta uno lo bastante impetuoso, de modo que permanecen callados. Son buscadores fieles, capaces, al fin y al cabo, de cerrar y administrar sus habitáculos secretos.

—Repasémoslo una vez más —dice el que los dirige. Él mismo se encuentra en medio de todo eso, él mismo podría llegar a hacer cosas inesperadas.

Todos saben que el tiempo es oro. Fatigosamente trepan por el resbaladizo hielo y el tejado cubierto de nieve, donde no se ve nada. El agua, con sus profundidades ocultas, sale deslizándose por debajo del palacio para seguir su rumbo.

—Vámonos —dice el que los dirige. Él mismo podría haber entonado aquel canto desgarrador.

4. FIEBRE

Unn estaba en la puerta mirando hacia dentro.

Pero ¿no había desaparecido Unn?

No. Estaba en la puerta mirando hacia dentro.

—¿Siss?

—Sí, ven…

Ella asintió con la cabeza y entró del todo.

—¿Qué pasa, Siss? —preguntó, pero con una voz diferente. Se transformó, no era para nada Unn, era mamá.

Siss estaba acostada en su pequeña habitación, pero todo lo demás era confuso. Estaba viendo a Unn, pero al mismo tiempo a su madre. Daba tumbos dentro de una neblina.

—No estás bien, Siss. Tienes mucha fiebre. —Su madre hablaba en su tono más sereno—. Fue demasiado duro para ti pasar la noche en el bosque —le explicó—. Volviste enferma, ¿sabes?

—Pero ¿y Unn?

—No la han encontrado, que yo sepa. Siguen buscándola. Y tú volviste enferma a casa temprano esta mañana.

—¡Pasé toda la noche con ellos!

—Sí, pero no lo soportaste.

—Estuvimos junto al gran hielo de la cascada, y también en el río…, pero después de eso no recuerdo nada más.

—Cuando papá te trajo a casa estabas completamente aturdida,

pero viniste andando por tu propio pie. Luego vino el médico y…

—¿Y qué es ahora? —la interrumpió Siss—. ¿Por la noche?

—Sí, ya es de noche otra vez.

—¿Y papá? ¿Dónde está?

—Buscando con los demás.

Entonces él es un poco más fuerte que yo, pensó Siss, como si le gustara descubrirlo.

—Hoy también han participado en la búsqueda tus compañeros —continuó su madre—. La escuela ha estado cerrada.

Sonaba extraño. Cerrada. Ha estado cerrada. Siss siguió jugando con el pensamiento.

—La de la puerta se parecía mucho a Unn. No creo que esté muy lejos.

—Eso nadie lo sabe; pero me temo que ella nunca ha estado en la puerta. Hoy has visto muchas cosas raras. Has estado delirando…

¿Qué era eso? Siss se sintió desnuda de repente, y se tapó con el edredón.

—¿Qué he hecho?

Tendría que ocultarlo con algo, empezar a decir alguna cosa.

—¡Unn no está muerta!

—Seguro que no, pronto la encontrarán —repuso su madre, paciente—. A lo mejor, hasta la han encontrado ya.

—Y si tú supieras algo… —dijo su madre con enorme delicadeza.

Siss se apresuró a dormirse.

Al poco rato se durmió de verdad.

Cuando despertó, debía de tener menos fiebre que antes, pues en el cuarto no veía más de lo que esperaba ver. Se movió, y al primer ruido volvió a entrar su madre.

—Has dormido mucho. Ya es tarde. Has descansado tranquila y bien.

—¿Es muy tarde? ¿Dónde está papá?

—Buscando.

—¿No hay ninguna novedad?

—No. No hay ninguna novedad, y nadie puede dar una sola pista. Su tía no sabe nada. No tienen ni idea de qué hacer, Siss.

Ya estaba otra vez aquello que pretendía destrozarla. Siss se hallaba en sus garras, indefensa. ¡No sabía de nada que pudiera servir!

—Papá se pasó por aquí mientras dormías. Quería preguntarte algo, pero no nos atrevimos a despertarte. Dijo que era muy importante.

Su madre no tenía ni idea de lo cerca que estaba Siss de derrumbarse.

—¿Me escuchas, pequeña?

Ahora no podría volver a hacerse la dormida. ¿Qué habré dicho mientras estaba inconsciente? ¿Habré dicho algo?

—Siss, intenta recordar de qué hablasteis Unn y tú, qué te dijo ella.

Siss agarraba el edredón con fuerza, y notó que algo desconocido se acercaba. La madre prosiguió:

—Eso era lo que tu padre quería saber. Y no solo él; todos los que están buscando deben saber si puedes proporcionarles

algún indicio.

—¡No hay nada, ya lo he dicho!

—¿Estás segura, Siss? Has dicho muchas cosas contradictorias bajo los efectos de la fiebre. Has mencionado cosas extrañas.

Siss la miró asustada.

—Más vale que lo digas cuanto antes —insistió su madre—. Me da miedo presionarte, pero esto es muy importante. Todo lo que están haciendo es por Unn.

Siss notó que lo desconocido estaba justo encima de ella, que la agarraba.

—¡Cuando digo que no puedo decir nada, es que no puedo decir nada!

—Siss…

En ese instante, todo empezó a oscurecerse, sonaba desconocido y horrible a la vez.

La madre se acercó a Siss, que gritó:

—¡Ella no lo dijo!

Y con eso, todo se volvió oscuro.

La madre, asustada, intentó sacudirla. Siss se retorcía en la cama, gimiendo.

—¡Siss, no queremos hacerte ningún daño!… ¿Me oyes?… Siss, yo no sabía…

5. EN LA NOCHE MÁS PROFUNDA

Entonces, ¿dónde estaba Unn?

Fue como si algo contestara: Nieve. Ciegamente y sin sentido.

Ciegamente durante todo ese corto día. Ya no hacía frío, solo nevaba, nevaba. Se hizo de noche, y la pregunta se presentó, impávida:

—¿Dónde está Unn?

Nieve, la respuesta sonaba desde todas partes. El invierno había llegado de verdad. Y Unn había desaparecido. A pesar de todo, la búsqueda había resultado infructuosa. Había tanta ceguera en torno a Unn como en las cegadoras tormentas de nieve.

La gente no se había dado por vencida, continuaba con una especie de búsqueda; pero no servía de nada vagar por los bosques con una nieve tan profunda. Había otras maneras de vigilar e investigar.

De repente, todo el mundo conocía a la desconocida Unn. Los periódicos habían publicado su retrato y la gente vio el rostro interrogador de Unn en una foto tomada el verano anterior.

El gran lago se había convertido en una silenciosa planicie nevada, no se oía ruido alguno, el lago había dejado de existir. La bonita desembocadura abierta, donde el agua fluía entre las orillas suavemente redondeadas, sí existía, pero ya nadie se acercaba a ese sitio. En algún lugar, allí dentro, el oculto palacio de hielo seguía perdiendo sus formas bajo el peso creciente de la nieve. No había modo de acercarse, porque los esquís se hundían.

Sin embargo, aquella noche delante de los muros de nieve había quedado grabada en la mente de los hombres, y se había

creado un mito sobre Unn: seguro que era allí por donde había trepado; después había caído al río y este la había arrastrado.

Seguían rastreando el río por debajo de la cascada allí donde todavía había hoyas. Los helados palos empleados para rastrear sobresalían de la nieve por las noches. Los caminos conducían a la casa de la tía. Todo se centraba allí, todas las líneas se encontraban en la vivienda de esa mujer solitaria, el único apoyo de Unn. Las líneas ciegas se cruzaban allí en un punto de intersección claro y carente de lágrimas.

—De acuerdo —decía la tía—. Gracias a todos. No se puede hacer más.

El apoyo de Unn en la vida.

Una foto del rostro interrogador de Unn tomada el último verano. Unn, once años. La foto estaba en casa de la tía. Sobre la mesa.

Recibía los informes de los que acababan de hacer el rastreo del día. Sus palos sobresalían de la nieve mientras los hombres, cansados, relataban su tarea a la amable tía. Otros proseguían al amanecer del día siguiente. Nevaba durante toda la noche.

La tía también recibía los informes del otro gran grupo, el de quienes trabajaban en la búsqueda de Unn viva. No había ninguna novedad.

—Bueno. Entiendo. Gracias a todos.

También se veía obligada a recibir a gente que entraba sin más a preguntarle por cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz sobre el asunto. No disponía de ninguna pista. Se encontraban con una mujer mayor y amable. Tendría que haber habido una gran diferencia de edad entre ella y la madre de Unn. Veían las fotos que todo el mundo había visto ya.

—Son del último verano, ¿verdad?

La tía asentía con la cabeza, cansada ya de todo aquello.

Desde el primer momento, la expresión «del último verano» había conferido algo de misterio a la foto. No tenía ningún sentido, pero así era. Imposible adivinar la clase de brillo de ese rostro, pero había algo en él. Del último verano. Miraban la foto y no se olvidarían de ella.

También escrutaban el rostro de la mujer que tendría que aguantar todo aquello. No parecía muy fuerte. Pero la gente se daba cuenta de que, en su calma, poseía una fortaleza inmensa.

Había una pregunta a la que siempre tenía que responder:

—¿Cómo era Unn?

—A mí me gustaba mucho.

Eso era todo.

Quien escuchaba este testimonio en boca de la tía comprendía que era el más bonito que cabía imaginar, que las numerosas veces que había sido pronunciado no habían dejado marca en él. No podían evitar mirar la foto una vez más.

—Tiene expresión como interrogadora, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué?

Era verdad, ¿y qué?

—Perdió a su madre en la primavera. Era lo único que tenía. No es de extrañar que pusiese esa cara.

Fuera seguía nevando, para borrar a Unn y todo lo demás.

6. LA PROMESA

Promesa hecha por Siss a Unn en la nieve más profunda:

Te prometo que solo pensaré en ti.

Pensaré en todo lo que sé sobre ti. Pensaré en ti en casa, en la escuela y camino de la escuela. Pensaré en ti todo el día y también si despierto por la noche.

Promesa nocturna:

Me parece que estás tan cerca que podría tocarte, pero no me atrevo.

Me parece que me miras cuando estoy acostada en la oscuridad. Lo recuerdo todo, y te prometo que mañana en la escuela solo pensaré en eso.

No hay nadie más.

Mientras estés fuera, será así todos los días.

Solemne promesa una mañana de invierno:

Me parece verte esperándome en la entrada cuando estoy a punto de salir. ¿En qué piensas?

Te prometo que lo que pasó ayer no volverá a pasar. ¡No significó nada! No hay nadie más que tú.

Nadie, nadie más.

Tienes que creer lo que te estoy diciendo, Unn.

Renovación de la promesa de Siss a Unn:

No hay nadie más. Mientras estés fuera, nunca olvidaré lo que he prometido.

7. UNN NO PUEDE SER BORRADA

Por todo esto, Unn no podría ser borrada. Fue algo que se fraguó en la habitación de Siss. Allí tomó forma la gran promesa.

Al cabo de una semana se sintió lo bastante repuesta para levantarse. Una semana de nieve contra las ventanas y muchas horas de insomnio por las noches, con la sensación de que caía más nieve que nunca, para tapar todo lo relativo a Unn. Para borrarlo. Se constataría que había desaparecido para siempre, que sería inútil buscarla.

Fue entonces cuando su resistencia se volvió férrea y rotunda. Fue entonces cuando se hicieron las promesas. También se hacen cuando los informes sobre la búsqueda son cada vez más escasos.

Cuando todo es inútil.

Unn no ha desaparecido. No desaparecerá. Así lo decidió Siss en su habitación.

Ya nadie la molestaba con preguntas. Alguien había puesto fin a eso. Siss temía el día que tuviese que ir a ver a la tía de Unn, era lo primero que debía hacer cuando se levantara de la cama, lo primero.

Si alguien esperaba que la tía acudiera a interrogar a Siss, esperaba en vano. La mujer no se presentó. Pero en cuanto le permitieran levantarse, Siss tendría que ir, le dijeron.

La resplandeciente imagen de las noches febriles: Unn no había desaparecido, no estaba muerta, sino allí de pie, en su habitación, como aquella vez.

Hola, Siss.

Siss ya se había levantado. Al día siguiente volvería a la escuela, se temía. Más tarde iría a ver a esa mujer solitaria, la tía de Unn. Era inevitable que se formulasen preguntas. Y allí fue.

Un luminoso día de invierno. La madre había preguntado con prudencia a Siss si quería que la acompañase. El encuentro podía ser delicado. Parecía preocupada por la visita que su hija tenía que hacer.

—No, no me acompañes —se apresuró a responder Siss.

—¿Por qué?

—Nadie irá conmigo.

—Creo que lo mejor será que mamá te acompañe hoy, Siss —intervino el padre—. ¿No te acuerdas de cómo te ponías cuando te hacían todas aquellas preguntas…?

—Ella querrá interrogarte sobre Unn —dijo la madre.

—No.

—Sí, lo hará. Te preguntará por todo lo que pudo haberte contado Unn. Si te acompañase alguien, se contendría

—Nadie irá conmigo —dijo Siss, asustada.

—Ya te hemos oído —dijeron los padres, dándose por vencidos —. Como quieras.

Siss sintió que debería haber dejado que su madre fuese con ella; estaba lastimando a sus padres, pero ellos no sabían que tenía que estar a solas con la tía de Unn.

Siss se acercó deprisa a la casa solitaria. Los árboles estaban abrumados por el peso de la nieve. La casa parecía vacía, pero habían limpiado el camino de entrada. Debía de ser obra de un hombre, pues la tía de Unn no habría sido capaz de hacerlo de

ese modo. Alguien debía de estar ocupándose de ella, quitándole la nieve de delante de la casa. ¿Era posible que no estuviese sola? Siss entró, temiéndose lo peor.

La tía estaba sola.

—Ah, eres tú —dijo cuando Siss abrió la puerta—. Qué bien que hayas venido. ¿Cómo te encuentras? Me dijeron que después de aquella noche en el río te pusiste enferma.

—Ya estoy bien. Mañana iré a la escuela.

De repente, Siss supo que no tenía nada que temer. Al contrario, se sentía bien y segura allí.

—Sí, sabía que esa era la razón por la que no venías —dijo la tía—. Era porque no podías, no porque no te atrevieses o te resultara incómodo. Pero estaba esperándote.

Siss no contestó.

La tía la dejó un rato en paz. Luego se sentó junto a ella.

—Tal vez quieras preguntarme alguna cosa sobre Unn —dijo por fin—. Puedes hacerlo.

—¿Cómo? —dijo Siss, que había estado preparándose para el interrogatorio.

—¿Qué quieres preguntar?

—Nada —contestó Siss.

—¿Tan secreto es? —preguntó la tía.

Siss, que no la entendió, exclamó:

—¿Ya no van a encontrarla?

—Todos los días espero que lo hagan, pero…

¿La tía ya no creía en ello? Su tono era un poco extraño.

—¿Quieres entrar ahí?

—Sí.

La tía abrió la puerta de la habitación. Siss la examinó rápidamente para comprobar si todo estaba como la última vez. El espejo, la silla, la cama, el álbum en la estantería. Todo seguía allí. Claro, no habían pasado tantos días desde…

No hay que tocar nada, pensó. Todo tiene que permanecer así hasta que ella vuelva.

—Siéntate en la silla —dijo la tía.

Siss se sentó en la silla, como la última vez. La tía se sentó en el borde de la cama, lo que resultaba un poco raro. A Siss se le escapó:

—¿Por qué Unn es así?

—¿Acaso no es como debe ser? —preguntó la tía con cautela.

Las dos procuraban hablar como si Unn todavía viviese.

—Unn es buena —respondió Siss, obstinada.

—Sí, lo es, y ¿no estaba contenta la otra noche?

—No del todo —contestó Siss, olvidando ser prudente.

—Yo no conocía a Unn hasta que la primavera pasada murió su madre —contó la tía—. La había visto, claro, pero no la conocía. Y tú, Siss, la conocías todavía menos. No sería lógico que estuviera siempre contenta después de que su madre muriese tan joven

—Había algo más. —Siss se sobresaltó al pronunciar esa frase. Demasiado tarde. Resultó peligroso entrar en la habitación.

—¿Ah, sí? —dijo la tía como si nada.

Siss dio marcha atrás rápidamente.

—No tengo ni idea, ella no me dijo nada.

Ya estaba allí de nuevo, en ese círculo penoso del que no lograba salir. La tía se acercó un poco más a ella:

—Me han agotado a preguntas, Siss —dijo—. Querían saberlo todo acerca de Unn. Sé que a ti también te han agobiado. Era su obligación, no queda más remedio.

Se calló. Siss estaba nerviosa: sabía que acabarían hablando de eso, pero… Había que hacer de tripas corazón.

—Tendrás que perdonarme por preguntártelo —continuó la tía —, pero al fin y al cabo soy la tía de Unn, y me parece que hay cierta diferencia. Aun así, no sé de Unn más de lo que sabe todo el mundo y de lo que he visto. No me contó nada, así fue siempre. ¿Aquella noche Unn te dijo algo en especial?

—¡No!

La tía la miró, pero apartó los ojos ante la expresión obstinada de Siss.

—No, claro, tú tampoco sabrás nada más. No creo que Unn te contara muchas cosas la primera vez que estabais juntas.

—No, no lo hizo —contestó Siss, que a partir de ese momento se mostraría impertérrita—. ¿Y si Unn no vuelve? —se apresuró a preguntar, arrepintiéndose en ese mismo instante.

—No debes preguntar eso, Siss.

—No.

Y, sin embargo, obtuvo una respuesta a su pregunta.

—No me importa decirte que yo también he pensado en ello. Si Unn no vuelve, venderé la casa y me iré de aquí. No creo que pueda permanecer en este lugar…, aunque Unn solo estuvo conmigo medio año. —Hizo una pausa y añadió—: Bueno, bueno. No hablemos de eso. Unn puede aparecer aunque todavía no lo haya hecho. Aquí no se tocará nada, no temas

por ello.

¿Cómo podía saberlo?, se preguntó Siss.

—Tengo que irme a casa —dijo, intranquila.

—Claro que sí. Gracias por haber venido.

Ella cree que yo sé algo. No quiero volver a este lugar.

La tía se mostraba tan serena y amable como al principio.

Siss se dio mucha prisa en llegar a su casa. Menos mal que ya estaba hecho.

8. LA ESCUELA

A la mañana siguiente, Siss se presentó en el patio de la escuela. Como de costumbre, aún no había amanecido del todo.

Enseguida la rodearon. Tres o cuatro compañeras que habían llegado antes formaron un círculo en torno a ella. Siss era muy querida.

—¡Ah, aquí estás!

—¿Te encuentras bien?

—¿Fue muy horrible aquella noche?

—Y lo de Unn..., qué raro, ¿no? ¡Ni rastro de ella!

Siss contestaba al tuntún. La miraban, pero no le molestaba.

Acudieron más curiosos. Siss se encontró muy pronto en medio de un círculo no solo de chicas, sino también de chicos. Todos eran más o menos de la misma edad. En los juegos, siempre habían obedecido a Siss, que vio que los ojos de sus compañeros reflejaban alegría por poder retomar esa costumbre de las reuniones matinales. Hizo que se sintiera bien, pero ni por un instante se olvidó de su solemne promesa, que sería puesta a prueba en ese patio.

—Nosotros también participamos en la búsqueda —dijeron orgullosos algunos de ellos.

—Sí, ya lo sé.

Unn y su desaparición habían producido intensas emociones y sobresaltos los últimos días, convirtiéndola en el centro de todo, como una sombra oscura. Ahora les resultaba más fácil pensar en ello, porque ya no participaban en la búsqueda y, además, Siss había vuelto y al parecer era la misma de

siempre. Se alegraron. Siss advirtió que algunos que antes la trataban con indiferencia se mostraban contentos de verla. Como debía mantenerse apartada de ellos por la promesa que había hecho, se acordó de las situaciones divertidas que habían vivido juntos y se le hizo un nudo en la garganta.

La situación era tensa. No para la solidaria pandilla, pero para Siss todo resultó angustiante de repente.

Alguien no pudo contenerse y formuló la pregunta que todos tenían in mente:

—¿Qué pasó?

Siss retrocedió como si alguien hubiera sacado una navaja ante ella, pero era demasiado tarde, porque la voz prosiguió:

—Dicen que Unn te contó algo que tú no quieres…

Se oyó un severo:

—¡Cállate!

Sin embargo, era demasiado tarde. La pregunta ya había sido formulada. En ese instante, Siss no pudo más. Sin darse cuenta, se abalanzó sobre ellos. Era muy ágil y solía dar unos saltos que los dejaba atónitos, como en ese momento.

—¡No lo soporto! —gritó fuera de sí, y se arrojó sobre el montón de nieve que había delante de ellos, llorando a lágrima viva.

Sus compañeros quedaron perplejos. No habían contado con una actitud tan poco propia de la Siss que conocían. Siss, tumbada, seguía llorando. Por fin uno de los chicos se acercó a ella y la tocó con su bota manchada de nieve. Los otros se miraron y luego miraron el vacío. ¡El aire era otra vez denso y ciego, como si quisiera asustarlos!

Pero el chico no pretendía asustar.

—Siss —dijo, bondadoso, mientras le daba golpecitos con la

punta de la bota.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

¿Ese chico…?

Era uno que siempre se había mantenido un poco al margen; nadie le hacía mucho caso, sencillamente estaba.

Siss se levantó y nadie dijo nada. Le quitaron la nieve de la espalda con movimientos rápidos. Entonces, por fortuna, llegó el maestro y dio comienzo la jornada escolar.

Cuando todos se encontraban en su sitio, Siss recibió del maestro un gesto afectuoso. Estaba convencida de que él no le haría una sola pregunta

—¿Ya estás recuperada, Siss?

—Sí.

—Me alegro.

Fue suficiente. En ese instante, todo se hizo más llevadero. Siss pensó también en el chico que tan amablemente la había tocado con la bota. Estaba sentado delante de ella y podía verle la nuca. Se sentía agradecida, la mañana había resultado mucho más fácil de lo que había esperado tras un comienzo tan triste. Todo era muy frágil.

Echó un rápido vistazo y comprobó que el sitio de Unn seguía vacío. Nadie lo había ocupado, aunque hubiera sido fácil hacerlo, teniendo en cuenta la ubicación de los pupitres.

A Siss la dejaron en paz el resto del día. En el patio permanecía apartada, junto a la pared, y por el momento los demás aceptaron su actitud. Debían de sentirse un poco avergonzados después de lo de la mañana. Tampoco se mencionó a Unn ni la búsqueda. Siss supuso que se había hablado tanto de ello que ya estarían hartos y que el renovado fervor que había producido su llegada era pasajero. Por otra parte, Unn nunca había estado plenamente integrada en el grupo, se había

mantenido al margen, despertando respeto, pero nada más.

Siss reparó en que se quedaba junto a la pared exactamente como había hecho Unn, mientras los demás hacían ruido a cierta distancia. Había entre ellos una chica que al parecer había conseguido el puesto de líder en poco tiempo.

Me quedaré aquí. Lo he prometido.

Todo seguía su curso, nada más que eso.

No es que Siss pensara que todo seguía su curso y nada más, pero resultaba tan curioso como nuevo quedarse junto a la pared. En un día como ese suponía un descanso.

Los días siguientes se enderezaron y adquirieron velocidad.

Llegó la Navidad, como siempre. Bueno, para Siss no fue como siempre, porque se quedó en casa y no invitó a nadie. Le permitían hacer lo que quería, poco a poco todos acabaron por darse cuenta de la tensión que soportaba. Fuera, la nieve iba en aumento.

La nieve iba en aumento y Unn no aparecía.

La búsqueda seguía su curso, pero con tanta nieve ya no se veía nada. Lo más probable era que la gente hubiese dejado de pensar en ella a diario. La nieve caía a montones cubriéndolo todo, fuera y dentro de las personas.

La solitaria tía no visitó a nadie durante las Navidades, pero algunos fueron a verla a su casa. Siss no se atrevió.

Siss temía oír que la tía hubiese vendido la casa y se hubiera marchado del pueblo. Cuando lo haga, será que ha perdido toda esperanza, pensó.

La tía seguía allí.

Siss tenía ganas de preguntarle a su madre si también ella

había dejado de pensar en Unn.

Era como si la gente ya se hubiera olvidado de Unn. Nunca oía que la mencionaran. No se lo preguntó a su madre, pero se sentía sola con una carga que le resultaba demasiado pesada. Recordaba a menudo la noche junto al palacio de hielo, a los hombres que, de un extraño modo, lo habían convertido en «el lugar». Iría allí en primavera, cuando las condiciones para esquiar fuesen buenas.

Y, sin embargo, se quejó a su madre, pero lo soltó como quien no lo dirige a nadie en especial:

—Ya no piensan en Unn.

—¿Quiénes?

—¡Nadie! —exclamó Siss, aunque hubiera preferido no decirlo. Pero estaba oscureciendo, y lo dijo.

—Eso no puedes saberlo, hija —repuso su madre, muy tranquila.

Siss calló.

—Lo que pasa también es que nadie conocía a Unn —continuó su madre—. Quizá suene mezquino, pero la gente tiene muchas cosas en qué pensar. —Miró a Siss y añadió—: Eres tú la que puede permitirse el lujo de pensar solo en Unn.

Como si Siss hubiera recibido un gran regalo.

9. EL REGALO

Ya es de noche, ¿y qué es esto?

Un regalo.

No lo entiendo.

Es de noche y acabo de recibir un gran regalo.

He recibido algo desconocido. No entiendo nada. El regalo me mira, esté donde esté.

El regalo está esperándome.

Ya no nieva, el cielo está despejado. Los montones de nieve son enormes, han borrado las huellas que pudieran haber quedado, han tapado todos los escondites. Grandes estrellas vigilan la nieve y mi regalo está en medio, me espera o entra y se sienta a mi lado.

Noto que lo he recibido, pero…

Tampoco hay viento. Si llegaran las tormentas, la nieve suelta empezaría a hervir. Rugiría y gritaría por las colinas, pero mi regalo está en casa, es para mí y me espera.

La casa está en silencio. Silencio hasta arriba, en el desván, con su oscuro tragaluz. Creo que en este momento mi regalo está justamente ahí, mirando el paisaje a través del tragaluz, esperando a que yo lo comprenda.

El regalo está allí donde yo esté, y noto que se trata de un gran regalo. ¿Qué puedo hacer?

Todo aquello que solía darme miedo son tonterías: no hay nadie a los lados del camino. Creo que Unn volverá cuando haya soplado el siroco.

¡Vendrá aunque el siroco tenga que soplar mil veces! Lo sé y no quiero pensar más que en eso: he recibido un gran regalo.

10. EL PÁJARO

El pájaro salvaje con sus garras de acero dibujó un trazo oblicuo entre dos cumbres en muy poco tiempo. No se posó, sino que volvió a levantar el vuelo y continuó abriéndose camino. Sin descanso, sin meta definida para ese vuelo constante.

Debajo de él se extendía el paisaje invernal. Por donde se movía, todo estaba desierto. Lo despedazaba bajo sus ojos. Y sus ojos parecían emitir fragmentos invisibles de luz y rayos a través del aire helado, y todo lo veían.

Allí arriba él era el amo, y por ello en esos parajes no había más vida que la suya. Sus garras de acero estaban abiertas y heladas, y el viento gélido aullaba entre ellas durante el vuelo.

El pájaro cortaba las desiertas planicies en tiras y espirales; era la muerte. Y si, a pesar de todo, algo seguía vivo abajo, entre los arbustos o los árboles, un rayo salía de sus ojos y descendía oblicuamente. Después, había aún menos vida.

No veía a nadie que se le pareciera.

Volaba sobre las grandes planicies. Estaba todo el tiempo volando y jamás se cansaba. Jamás sucumbía.

Una tormenta feroz acababa de arrasar las planicies. En los lugares más expuestos, el viento había dejado el suelo desnudo de nieve. Como no había habido ni un día de templanza, la nieve era ligera y el viento la reunía en montones enormes llenos de aristas. Luego llegó el tiempo soleado. Los cortantes ojos del pájaro observaban desde muy arriba la transformación.

Vuela sobre el palacio de hielo. La nieve que lo tapaba había sido barrida y ahora emergía tal y como era en realidad. El pájaro advirtió el cambio y envió hacia él un atisbo de rayo:

primero bajó con sus ojos rompedores, saliéndose de repente de su trazado, giró para frenar y volvió rozando la pared de hielo. Después ascendió de nuevo hasta alturas de vértigo, convertido en un pequeño punto negro en el cielo.

Al instante, volvió a bajar. Lanzó otro rayo hacia el palacio de hielo en el mismo punto de antes. Era un pájaro libre y nada le impedía hacer lo que le viniese en gana. Nada lo amenazaba, solo se dejaba seducir cuando él quería.

Era incapaz de alejarse de ese lugar, tampoco podía quedarse ni establecerse, sino solo volver a rozar la pared de hielo en el mismo punto. Ya no era un pájaro del todo libre, con garras de acero y viento en las alas, estaba atado a ese lugar.

Atrapado por su propia libertad, lo que vio lo dejó confuso.

Acabaría por cortarse a sí mismo, hasta morir, en pedazos invisibles duros como el vidrio, que harían reventar el aire. También él reventaría.

11. UN LUGAR VACÍO

Las clases y el invierno proseguían como de costumbre. En los recreos, Siss se quedaba junto a la pared. Sus compañeros ya se habían habituado a ello. Transcurrían las semanas, una muy parecida a otra. La gran búsqueda de Unn se había suspendido.

Siss estaba junto a la pared, fiel a su promesa. Había surgido una nueva líder en el grupo.

Una de esas mañanas invernales, una chica nueva entró en la clase. Tenía la misma edad que los demás y ese era su primer día en la escuela. Sus padres se habían mudado al pueblo unos días antes.

La tensión se respiró de inmediato en el ambiente. Siss descubrió con un sobresalto que sus compañeros no habían olvidado. De repente, el pupitre vacío de Unn se convirtió en el centro de atención. La chica nueva, ignorante de lo que había sucedido, se quedó mirando la clase. Los otros se sentaron, cada uno en su sitio.

La chica observó que había un pupitre vacío en medio del aula y dio unos pasos hacia él. Volvió a detenerse y preguntó:

—¿Está libre?

Todos miraron a Siss, que se había convertido en otra, a esa Siss a la que deseaban recuperar. De pronto se les presentaba la ocasión de demostrarle lo mucho que les importaba. Siss sintió una conmoción que transmitió a los demás, mientras sus mejillas cobraban color. No se había imaginado esa breve felicidad.

—No —contestó.

La chica pareció algo sorprendida.

—Nunca está libre —añadió Siss, y la clase entera se enderezó

en sus pupitres presa de un sentimiento colectivo desconocido hasta entonces: el deseo de defender el asiento de Unn. Miraron con animosidad a la inocente recién llegada, como si se hubiera puesto en ridículo.

No había más pupitres libres, y la chica se quedó de pie hasta que entró el maestro. La tensión iba en aumento.

—Bien, puedes sentarte en ese pupitre. Ahora está libre.

La chica miró a Siss.

Siss se levantó.

—No está libre —balbuceó.

El maestro la miró a los ojos y dijo tranquilamente:

—Siss, creo que ya es hora de que se ocupe ese sitio. Será lo mejor.

—¡No!

El maestro se encontraba en un aprieto. Miró a los otros alumnos y vio en la expresión de sus caras que estaban de acuerdo con Siss.

—En el pasillo hay pupitres que no se usan —dijo Siss, que seguía de pie.

—Ya lo sé —dijo el maestro, y volviéndose a la recién llegada, le explicó—: Es el sitio de una chica que desapareció el último otoño. Puede que hayas leído sobre ella en los periódicos.

—Muchas veces.

—¡Y si otra ocupa su sitio ella jamás volverá! —exclamó Siss, y en ese momento semejante afirmación no sonaba del todo descabellada. La clase se estremeció.

—Creo que te estás pasando, Siss —dijo el maestro—. Nadie puede hablar así.

—Pero el pupitre puede quedarse como está, ¿no?

—Me gusta cómo eres, Siss, pero tampoco debes exagerar. ¿No sería mejor dejar que alguien se siente ahí por ahora? Sería más natural, ¿no? No creo que nada cambie por eso.

—Pues sí —replicó Siss, que en ese momento de excitación no reparaba mucho en lo que decía. Miró sorprendida al maestro, que era incapaz de entender lo que todos los demás entendían.

La chica nueva seguía sin poder sentarse. Parecía querer huir de todo aquello. Había contra ella una animosidad de la que no tenía culpa alguna. El grupo permanecía sentado, bien protegido detrás de Siss, como en una situación cómoda pero complicada a la vez.

—Iré por un pupitre —dijo por fin el maestro.

Siss lo miró agradecida.

—Más vale que este no se estropee —añadió el hombre, y salió al pasillo.

Todos miraron con otros ojos a la chica nueva de inmediato. Ya no era una enemiga, era bienvenida.

Por alguna razón preguntaron a Siss, que se había encogido de nuevo en su asiento:

—Ahora volverás a juntarte con nosotros, ¿no, Siss?

Ella negó con la cabeza.

No podía hablarles de la promesa ni del regalo. En ese momento solo esperaba ver a aquel hombre que entraba arrastrando el pupitre.

12. Sueño sobre Puentes nevados

La nieve cae ahora con mayor intensidad.

La manga blanca de tu abrigo se vuelve blanca.

La manga de mi abrigo se vuelve blanca.

Están entre nosotras como

puentes nevados.

Pero los puentes nevados están helados.

Aquí dentro hay vida y calor.

Debajo de la nieve tu brazo cálido

es un dulce peso sobre el mío.

Nieva sin cesar

sobre puentes silenciosos.

Puentes que nadie conoce.

13. Animales negros sobre la nieve

El primer aviso es un movimiento en las copas de los árboles. No es el viento, sino una corriente que atraviesa las verdes copas de las coníferas en la tarde. Hasta por la noche no soplará el aire fuerte, el viento nocturno.

También hoy ha caído la nieve. Todo resplandece, flamante y blanco, pero el cielo está pesado, y las nubes, bajas y lisas.

Es ahora cuando empieza. Los que están fuera lo notan y cambian el ritmo de la marcha, como diciéndose que, aunque no vayan tan deprisa, llegarán a casa de todos modos.

Qué tiempo más templado, se dicen. Por lo demás, no tienen ganas de hablar. Es ahora cuando empieza.

El viento es más intenso, sobre todo arriba, entre las ramas de las coníferas, cuyas agujas extienden la lengua y entonan un desconocido canto nocturno. Cada lengua es tan minúscula que no se percibe, pero juntas suenan con tanta fuerza que podrían allanar las colinas si quisieran. Sin embargo, el aire es templado, la nieve se posa pegajosa y en silencio, sin formar montones.

Ah, qué tiempo más templado, dicen los que andan. Salen del bosque al campo abierto, donde topan con la suave corriente. Se emocionan, la reciben como a un amable enviado. El frío ya ha durado mucho, y quién sabe si no tardará en volver. Pero con ese viento se transforman por un instante en lo que les gustaría ser. El húmedo viento en la oscuridad invernal puede hacer que las personas se iluminen.

No se ha desprendido nada, pero algo está a punto de llegar,

obligado por ese aviso que se produce arriba, en las nubes. En ese estado arriban por fin a casa, que ahora está dormida. Mañana nadie sabrá que por un breve espacio de tiempo esa noche han sido fosforescentes y diferentes.

Por la mañana, el tiempo templado continúa. Murmullos y vibraciones. Al amanecer, la nieve mojada aparece sembrada de minúsculos animales negros en todas las direcciones. Están vivos, se mueven como si quisieran desplazarse..., hace poco eran una nube, arrastrados por el viento, por la noche, un atisbo de lo que sucede en el universo, para luego convertirse en una raya en el ventisquero tras la siguiente nevada.

14. La visión de marzo

Marzo emergió con el cielo despejado después de tanto invierno. Las mañanas llegaban pronto, brillantes y nítidas. La nieve se había endurecido y esquiar resultaba más fácil. Ya era tiempo de esquiar, ya era tiempo de hacer la excursión al palacio de hielo. Estaban a finales de marzo.

Un sábado, a punto de irse a casa, la clase acordó hacer la excursión al día siguiente, el domingo por la mañana. Sería algo fuera de lo normal, porque Siss iría con ellos.

Estaban seguros de poder convencerla. Tres de sus compañeras se acercaron a ella y le dijeron:

—Ven a la excursión con nosotros esta vez, Siss.

Eran las tres que mejor le caían.

—No —contestó.

Justo esas tres. El grupo sabía bien a quién debía enviar.

Ninguna de ellas tenía intención de darse fácilmente por vencida.

—Ven, Siss. No puedes seguir así, como si no existiéramos. No te hemos hecho nada.

Siss tenía una fuerte corriente en contra. Ella también iría al palacio de hielo, pero...

La que más fuerte se sentía dio un paso adelante y dijo en voz baja:

—Siss, queremos que vengas con nosotros... Siss —repitió bajando aún más la voz, convirtiéndola en una peligrosa arma

de seducción. Las otras dos permanecían inmóviles, intensificando así el efecto de las palabras de su compañera.

La convencieron. La promesa quedó un poco al margen. Siss contestó en el mismo tono peligrosamente seductor que había empleado su compañera.

—Está bien, iré con vosotros. Pero solo si vamos al palacio de hielo.

A las tres se les iluminó el rostro.

—¡Qué bien!

A Siss le remordió la conciencia en cuanto se quedó sola, y también le dolió un poco el que sus padres se pusieran tan contentos al oírlo.

Al día siguiente, el grupo se reunió y se puso en marcha entre gritos y risas. La mañana era fresca y despejada. Había un poco de nieve recién caída sobre la nieve vieja, como debe ser. A todos les gustó la idea de pasar por la cascada, y les alegraba la presencia de Siss. Ella notó su cálido afecto, le hacía sentirse ligera, como cuando esquiaba sobre nieve dura cubierta de nieve nueva.

Todo estaba como debía, y, sin embargo, no lo estaba.

Tomaron la dirección que los llevaría al río justo por debajo de la cascada. Por allí había grandes hoyas heladas sobre las que se podía andar. La cascada rugía en el silencio; se acercaron a ella.

Todos se habían acercado alguna vez a ese lugar durante el invierno para ver el palacio de hielo, de modo que no quedaron boquiabiertos ante la visión, aunque tan reluciente y sin nieve tenía un aspecto imponente y extraño. El sol de marzo se había abierto camino hasta él y se reflejaba en el hielo.

Fueron muy prudentes y no dijeron ni una palabra a Siss de cosas que entrañaran peligro. Ella se dio cuenta y le resultó consolador e incómodo a la vez. Sintió una conmoción interior al volver a ver ese lugar. Gracias a los hombres y a aquella noche los lazos que la unían al palacio eran indisolubles. Ahora Siss tendría que quedarse allí y despedirse de los demás.

Se hartaron de mirar el palacio y de escuchar el murmullo de la cascada, que pronto sonaría mucho más fuerte, y de repente decidieron proseguir la marcha.

Siss se detuvo en seco. Había ocurrido lo que se temían, que aún no se la habían ganado del todo. Esperaban que ella misma lo admitiese.

—¿Sabéis? —dijo Siss—. Creo que no quiero seguir. En realidad, he llegado adonde quería.

—¿Por qué? —preguntó alguien.

Pero una de las tres tentadoras se apresuró a intervenir:

—Eso tendrá que decidirlo Siss. Si no quiere seguir, no es cosa nuestra.

—De acuerdo, yo doy la vuelta aquí —dijo Siss, con ese aire que solía adoptar cuando quería evitar cualquier protesta.

—Entonces nosotros también damos la vuelta —dijeron todos al unísono.

—No, por favor —dijo Siss, molesta—. ¿Por qué no continuáis como teníais planeado? Yo quisiera estar aquí un rato sola.

Sus rostros se apagaron. ¿Por qué no dejas que nos quedemos contigo?, parecían decir. Esas solemnes palabras que Siss había empleado para quedarse sola les recordó lo que le había pasado durante el invierno. Guardaron silencio, decepcionados.

Siss comprendió por sus caras que les había estropeado el día, pero no podía hacer nada para remediarlo. Ya era demasiado

tarde: la promesa se había enderezado dentro de ella igual que una valla.

—¿Entonces no quieres pasar el resto del día con nosotros?

—No, prefiero no hacerlo. Vosotros no sabéis de qué se trata, pero… ¡es algo que he prometido! —dijo Siss.

Todos se estremecieron, conscientes, de un modo vago, de que se trataba de una promesa a esa Unn que nadie sabía ya si estaba viva o muerta. Se trataba de algo tan poderoso como peligroso. Eso ponía fin a cualquier palabra.

—Sabéis muy bien que a la vuelta no voy a perderme. Nuestras huellas están ahí.

Como hablaba de un modo tan natural, los otros no solo recobraron el habla, sino que incluso pudieron argumentar.

—No es eso —dijeron.

—Llevas todo el invierno sola junto a la pared del patio —se aventuró a decir uno de ellos.

—Y ahora creíamos que todo volvería a ser como en otros tiempos.

—Llegaré a casa antes que vosotros —dijo Siss, decidida a no hablar de ello.

—Ya, pero es que pensábamos que todo volvería a ser como antes.

—Marchaos de una vez, y no me digáis eso —suplicó Siss.

Hicieron un gesto de asentimiento y uno por uno se fueron alejando en dirección a un pequeño claro. Allí se reunieron y parecieron deliberar durante un rato, al cabo del cual se marcharon muy juntos.

Siss se sentía avergonzada e infeliz mientras se deslizaba sobre sus esquís hacia la cascada y los muros de hielo. El rugido

tiraba de ella como una voz que la llamaba.

El recuerdo de los hombres... Se mostraban muy extraños aquella noche, como si fuera a ocurrir algo inesperado. Pensaban que podía haber sucedido allí, y allí había que ir cuando no se sabía qué hacer.

Es lo que pensó: No sé qué hacer. Eso mismo solía decir la gente muchas veces al día sin que significase nada.

Avergonzada e infeliz, se alejó de sus amigos para dirigirse directamente al rugido, al palacio de hielo.

Resultaba igual de aterrador, de alto y extraño, visto desde cualquier ángulo. Limpio de nieve, centelleante y envuelto como en un halo de humo frío, en ese aire de marzo que ya era algo más templado.

Por debajo del hielo fluía el río, profundo y oscuro, tomando impulso hacia abajo y llevándose consigo cuanto podía moverse.

Siss permaneció allí un largo rato. Le habría gustado estar como habían estado los hombres antes de marcharse, a punto de entonar un oscuro canto. Ellos habían permanecido a la enloquecida luz de las linternas, como si esperasen que la desaparecida apareciese justo delante de sus ojos, diciéndoles que no había nada que encontrar. Siss no lo creía, no podía creerlo.

Un gran pájaro pasó tan cerca de ella que le provocó un sobresalto. Al instante, había desaparecido.

Allí no había nada que buscar. Nada que encontrar. Y, sin embargo..., en honor a esos hombres adultos...

Quería quedarse en ese lugar. Se quitó los esquís y subió por la pared de hielo, pisando la nieve firme. El palacio era en sí fascinante, construido de humedades que salpicaban y fluían. Ahora todo era compacto y fuerte. Siss quería subir hasta el

punto más alto, trepar, estar ahí, sencillamente.

Al llegar arriba, contempló un caos de formas heladas, limpias ya de nieve. Con cuidado, se dejó deslizar por las cuestas cubiertas de surcos profundos, temiendo que el hielo no fuera tan firme como parecía a simple vista y pensando: ¿y si fue así, exactamente así, como ocurrió todo?

Hacía un rato había dejado, avergonzada, a sus amigos, y se avergonzaba de haber traicionado su promesa al acompañarlos, de haberse olvidado de ella a causa de las miradas de expectación de sus amigos, y de un paseo en esquís. No, por eso no, pero era importante estar con ellos, resultaba cada vez más difícil resistirse. Se había resistido hasta quedar extenuada.

Siss se sintió profundamente alterada en esa alta y confusa cúpula de hielo. Se dejó deslizar por grietas y hendiduras, salió a una repisa algo más abajo, en el borde, hacia el sol y el precipicio, perturbada por encontrarse en ese lugar. Y se vio a sí misma sobre un charco helado. Hielo compacto y transparente. El sol brillaba sobre él formando cientos de dibujos distintos.

En ese instante lanzó un grito: ¡Allí estaba Unn! ¡Justo delante de ella, mirando a través de la pared de hielo!

¡Por un instante le pareció verla!

Como si se encontrara en lo más profundo del hielo.

El intenso sol de marzo le llegaba tan directamente que quedaba enmarcada por la luz y el resplandor. Por trazos oblicuos, rosetas extrañas y adornos de hielo. Ataviada como para una gran fiesta.

Siss permaneció inmóvil contemplando todo aquello, incapaz de nada que no fuera lanzar ese primer grito. Era consciente de que se encontraba ante una visión. A menudo le habían hablado de personas que habían tenido visiones, y ahora era a ella a quien le ocurría. Estaba teniendo una visión, estaba

viendo a Unn.

Durante el breve instante que soportó mirar.

La visión no desaparecía, continuaba fija en el hielo..., pero resultaba demasiado abrumadora para Siss, que la sintió como una agresión.

En esa visión, detrás de las redondeadas paredes de hielo, Unn era enorme, mucho más grande de lo que debería ser. En realidad, solo se le veía la cara, lo demás estaba borroso.

Intensos rayos de sol que salían de grietas y ángulos desconocidos arañaron la imagen. Unn estaba rodeada de un resplandor inconcebible. Siss, que no soportaba verlo, recuperó la movilidad y buscó otras grietas, sin otro pensamiento que el de encontrar un escondite. Ya había mirado demasiado, estaba temblando hasta lo más profundo de su ser.

Casi sin percatarse, se alejó del lugar de la visión. Pensó que esta había desaparecido. Las visiones desaparecen rápidamente.

Eso debía de significar que Unn estaba muerta.

Sí. Unn está muerta.

Al darse cuenta, Siss se desplomó. Eso en lo que no quería pensar, y mucho menos mencionar, pero que siempre había estado ahí como una amenaza, eso que la gente había dicho tan a menudo y sin tapujos, ahora ya no podía ignorarse, había que creerlo.

Tumbada en el hielo oyó un susurro justo a sus espaldas, notó un cortante soplo de viento y vio un rayo en el aire, todo a la vez. Muy cerca.

Tiritaba. El hielo era un lecho muy frío. Se puso a gatear por las resbaladizas cavidades. Resultó más difícil la vuelta que la ida. Debajo de ella, en el hielo, veía constantemente un extraño espejo de grietas y efectos de luz. A veces sentía

miedo, pues se deslizaba hacia donde no debía. Pero conseguía levantarse de nuevo.

Cuando llegó abajo, todo era triste y difícil. Miró alrededor y empezó a dudar de que verdaderamente hubiese visto algo.

Claro que lo había visto.

También pensó: Un día, cuando llegue la primavera, toda esta montaña de hielo se hará pedazos. Se derrumbará y se la llevarán las inundaciones, aplastándola, haciéndola añicos contra los pedruscos, vaciándola en el lago de abajo, y ya no habrá nada.

Siss se imaginó estando allí el día en que eso pasara.

Por un instante también se imaginó en el palacio de hielo en ese momento..., pero rechazó enseguida ese pensamiento.

No.

Siss volvió a encontrar sus esquís. En lugar de ponérselos, se sentó al pie del amable árbol de la amable cuesta soleada. Aún no había conseguido centrarse. Estaba aturdida por la visión de Unn, adornada en el hielo.

Una cosa tenía muy clara: eso nunca podría contárselo a nadie. ¡A nadie en todo el mundo!

¿Por qué había tenido que verlo?

¿Tanto se había olvidado de Unn?

No diría una palabra de aquello a sus padres, ni a la tía de Unn, ni a nadie.

¿Lo había visto realmente? ¿Acaso se había dormido por un momento, arriba, al sol? Sentada sobre los esquís mirando el sol resulta fácil creer que es verdad lo que uno imagina.

Ah, no, no era tan fácil. Temblaba de los pies a la cabeza, y eso no pasa después de un breve sueño.

Consiguió ponerse los esquís con dedos temblorosos. Levantó la vista y contempló el palacio de hielo, mientras pensaba que lo estaba viendo por última vez. Ya no me atreveré a volver aquí.

Y los esquís la alejaron de ese lugar.

Siss llegó a casa agotada y sudorosa, después de una verdadera carrera. Los que la esperaban advirtieron con desánimo que no todo iba bien.

—¿Ya estás aquí? ¿Te has puesto mala?

—No, no pasa nada.

—Pero sabemos que los demás no estarán de regreso en sus casas hasta mucho más tarde; hemos llamado para preguntar.

—Yo di media vuelta cuando llegamos a la cascada.

—Ya, pero…

—No pasa nada —intentó tranquilizarlos—. Pensé que no aguantaría toda la excursión, y bajé al río.

—¿Que tú no ibas a aguantar esa excursión?

—Ahora ya me encuentro bien, pero durante un rato me pareció que no iba a soportarlo.

Sus palabras no sonaban para nada creíbles. Ella no solía darse por vencida tan pronto.

—Qué pena —dijo el padre.

—Nos alegramos mucho al pensar que por fin lo habías superado —terció su madre—. Pensamos que todo volvería a

ser como antes.

Superado, dijeron.

Hablaron sin rodeos y fueron directos al grano: había que superarlo. Era fácil de decir, pero ¿cómo iba a superarlo Siss cuando en ese mismo instante la visión aún bailaba ante sus ojos?

Comprendió que había mentido en vano, porque ellos no se dejaban engañar. De modo que callaría. Le hubiese gustado darles alguna alegría, pero no en forma de mentira. ¿Qué podía hacer? Miró a su madre y no abrió la boca.

—Date un baño. Has sudado mucho —le aconsejó su madre—. Ya hablaremos luego.

—¿De qué vamos a hablar luego?

—Bueno, bueno, ahora vete. Hay agua caliente.

Su madre siempre le aconsejaba lo mismo cuando había hecho un esfuerzo: A la bañera. Date un baño.

Se sumergió en el agua caliente, pero continuaba viendo ante los ojos aquel rostro entre resplandecientes rosetas de hielo. Seguía en su campo de visión. El cansancio y el bienestar después de una excursión como la de ese día se hacían esperar, arrinconados. Lo que Siss veía eran paredes de hielo y, detrás de estas, rostros cuatro veces más grandes de lo normal.

Algo poderoso…, algo con lo que debería cargar sola. Que tendría que permanecer entre las cosas más íntimas, entre esas de las que nunca se atrevería a hablar.

Alguien dijo: Siss…

No, no, nadie dijo nada.

Pero la cara estaba allí, detrás del cálido vapor del agua.

¿Siss?, se oyó de nuevo. El pánico estaba al acecho a pesar del baño, como lo había estado durante la vuelta a casa, y de pronto la agarró. Siss veía paredes de hielo, ojos…

La madre acudió al instante. Como si hubiera estado esperando. Siss se volvió pequeña. Pero no se olvidó de no decir nada sobre lo ocurrido.

15. Una prueba

¿La promesa? ¿Qué es eso?

¿Qué es eso que te rodea? Un viento que te agita. Que tira amablemente de tu pelo. Un viento lento..., como si le faltara práctica.

Unn nunca volverá para encontrarse con ella, como se decía en la promesa. ¿Qué pasa entonces si Unn ha muerto?

Al día siguiente, en la escuela, Siss se mantuvo de nuevo apartada de todos, y regresó sola a casa, donde se encerró. La visión en el palacio de hielo había sido tan intensa que tendría que estar, siempre y en cualquier lugar, alerta para no hablar de ello. Si se lo contara a la gente, Siss pronto sería presa del pánico.

Tendría que quedarse leyendo en su habitación o andar por ahí a solas. Los ojos de sus padres, posados en ella, resultaban demasiado peligrosos: podía producirse una grieta, y entonces todo saldría a chorros.

Los padres estaban esperando que sucediera algo, ella lo sabía muy bien. Pero no podía contárselo.

—Siss, te vemos muy poco —decían, tranquilos.

—Sí —contestaba Siss.

No decían nada más, aunque la tenían atrapada, y eso le hacía sentirse insegura.

¿Por qué vi a Unn?

¿Para que no me olvide de ella?

Seguramente.

Todo el mundo parecía haber olvidado a Unn. Nadie hablaba de ella, nadie mencionaba su nombre. Ni en casa ni en la escuela. Como si nunca hubiese existido, pensó Siss, indignada.

Solo yo la recuerdo. Y su tía, seguro que también. Aún no ha vendido la casa para marcharse de aquí.

¿Quién más piensa en Unn?

La pregunta era imperiosa, tan importante que Siss decidió llevar a cabo un experimento.

Siss lo intentó una mañana en el aula justo antes de que comenzara la clase. Estaban todos, excepto el maestro. Siss no quería que este interviniera en el asunto. Tuvo que hacer acopio de fuerzas para empezar.

Se colocó frente a sus compañeros, se armó de valor y dijo, en voz lo bastante alta para que todos pudieran oírla, aunque en realidad sonó como una comunicación oficial:

—Unn.

Solo el nombre, nada más. No sabía hacerlo de otra manera. Ellos lo entenderían.

No sucedió nada de inmediato, si eso era lo que se había imaginado. Las caras estaban dirigidas hacia ella, naturalmente, y dejaron de charlar, pero luego solo hubo silencio.

Seguramente esperaban que dijera algo más. Como no fue así, empezaron a intercambiarse miradas. Seguían en silencio. Siss tuvo la sensación de que los había asustado. Los miró a todos, con semblante grave.

¿Había un muro de animosidad entre ellos y Siss? No, no había ningún muro. Estaban perplejos.

Siss también estaba perpleja. No debería haberlo hecho.

Por fin, alguien habló. No fue una de las chicas, ni de sus amigas íntimas, sino el chico que la había tocado con la punta de la bota. Siss se había dado cuenta de que últimamente ese chico había cobrado protagonismo. Fue él quien dijo, con voz muy clara:

—¡No la hemos olvidado!

Como un corte.

Una chica lo secundó:

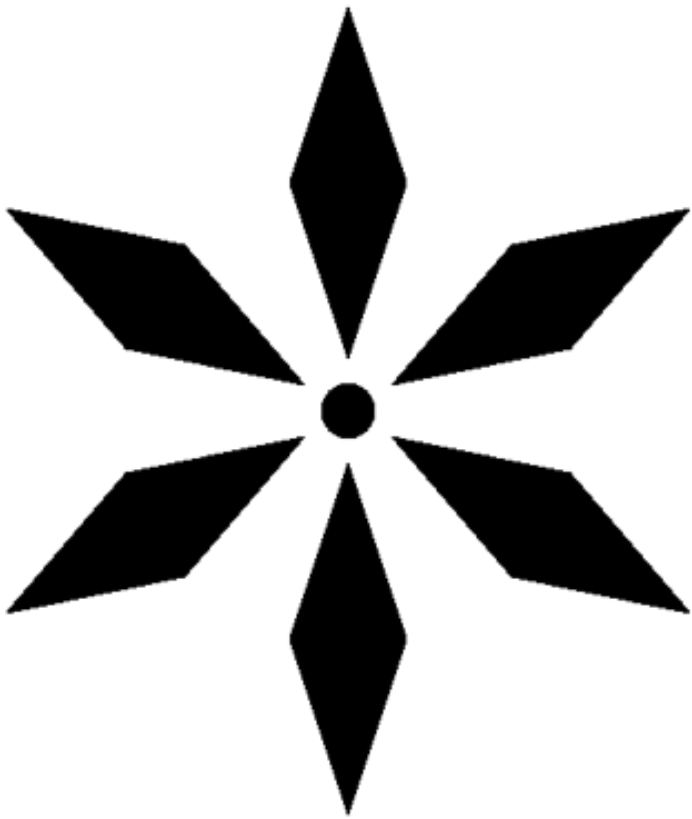
—En absoluto, si es eso lo que piensas.

Siss se ruborizó, avergonzada. Comprendió que su aislamiento era un error.

—No, solo quería… —balbuceó.

Agachó la cabeza, desconcertada por cuanto podría haberles contado y todo el daño que podría haberles hecho.

OBJ



III. Músicos del viento

1. La tía

No eres la única que recuerda, pero es algo de lo que la gente no habla. ¿Por qué? Porque no le gusta hacerlo.

Siss se estremecía de vez en cuando pensando: Ya han vendido la casa, la tía la ha vendido. Ahora querrá marcharse.

Al día siguiente se daba una vuelta por allí. Veía que la casa continuaba habitada y que fuera había cosas de la tía.

Mientras no venda la casa, es que aún mantiene la esperanza.

Uno de los días en que merodeaba por allí, la pillaron. Se acercó demasiado y la vieron. La tía apareció en la puerta, haciéndole señas.

—¡Siss, ven aquí!

Cuando se acercó, de mala gana y tensa, la tía dijo:

—Te prometí que si vendía la casa y me marchaba te avisaría, ¿verdad?

—Sí. ¿La has vendido ya?

La tía asintió con la cabeza.

La casa estaba vendida. ¿De qué se había enterado? ¿Justo mientras yo estaba en el palacio de hielo? Tonterías. Por favor, dime algo más, pensó Siss, y la tía así lo hizo. Dijo sin rodeos:

—Ahora estoy convencida de que no queda ninguna esperanza.

—¿Lo sabes?

—Saber, saber, no lo sé, pero… de alguna manera sí lo sé. De

modo que ya la he vendido. Me iré muy lejos.

Curiosamente, Siss se sintió a salvo. La tía no le diría que «ahora que me voy, podrás contarme todo lo que no has querido contarme antes». La tía no se lo diría.

—¿Te vas mañana?

—¿Por qué? ¿Por qué mañana? —La tía la miró entornando los ojos—. ¿Lo sabías?

—No, pero lo he pensado todos los días: Se irá mañana...

—Entonces por fin has acertado, porque sí, me voy mañana. Por eso te he llamado; afortunadamente te vi pasar. Si no hubieras pasado por aquí, habría ido a verte esta noche.

Siss no dijo nada. Resultaba extraño oír a la tía anunciar que se marchaba. Era muy triste. También la tía calló por unos instantes, pero de repente se acordó de algo.

—Además, te he llamado porque esta noche quiero dar un paseo. Es mi última noche aquí. Quería saber si vendrías conmigo.

Un pinchazo de felicidad.

—¡Sí! ¿Adónde quieres ir?

—A ninguna parte. Sencillamente a dar una vuelta.

—Pero he de pasar primero por casa, vengo de la escuela.

—Claro, tienes tiempo de sobra. No quiero salir hasta que sea de noche. Y ya no anochece tan pronto...

—Me voy corriendo.

—Volveremos un poco tarde —dijo la tía—. Avísa a tus padres, pero que no se preocupen por nosotras.

Siss se sentía solemne mientras regresaba a casa. La tía y ella

irían a dar un paseo. No sería un paseo normal y corriente.

—Volveremos tarde —informó Siss en casa, cuando estaba a punto de marcharse—. Me dijo que os lo dijera.

—Bueno, no pasa nada —contestaron los padres de buen grado.

Siss sabía muy bien por qué se comportaban de esa manera. Últimamente, cualquier cosa, por insignificante que fuese, que ella decidiera hacer era bien recibida. Aunque no fuese más que un paseo nocturno en compañía de otra persona. La propia Siss había dado lugar a esa situación.

Esos era sus pensamientos mientras se dirigía a casa de la tía.

La mujer aún no estaba lista.

—No hay prisa —dijo—. No saldremos hasta que haya oscurecido. Así estaremos solas, la gente no tiene nada que ver con esto.

Siss se sentía feliz y emocionada en medio de la tristeza que representaba la marcha de la tía.

La tía estaba haciendo paquetes y ordenando, y Siss ayudó en lo que pudo, aunque la mayor parte del trabajo ya estaba hecho. La casa había quedado desnuda y vacía, ya no resultaba acogedora, y parecía mucho más grande que antes.

Por suerte, la puerta de la habitación no estaba abierta de par en par.

—¿Quieres echar un vistazo?

—No.

—De acuerdo. No queda nada.

—Perdona. Sí quiero.

Siss echó un vistazo. No quedaba absolutamente nada. Esas

cosas resultan extrañas y hacen que una se sienta insegura.

Ya podrían salir. Estaba anocheciendo.

Se veía claramente que la primavera se acercaba. Se notaba al salir de las casas. El aire era suave y la nieve empezaba a tener un aroma primaveral. Todavía lo cubría todo, pero… En el cielo oscuro había nubes bajas y la temperatura era agradable. Con un tiempo como ese se podía andar todo lo despacio que se quisiera. Así debía ser, y así anduvieron durante un buen rato, sin pronunciar palabra.

El paisaje que las rodeaba era borroso. Las casas por las que pasaban eran borrosas. De ellas salía luz. Siss no abría la boca. La tía estaba dando su paseo de despedida. Al día siguiente ya no se encontraría allí.

Al cabo de un momento diría algo.

La primaveral noche de invierno convertía el paisaje en un dibujo difuso e intranquilo que se deslizaba lentamente ante sus ojos, como una pared a paso lento junto a ellas. El resplandor de la nieve facilitaba la marcha. En la imperfecta pantalla de los ojos aparecían árboles altos, y en cierto modo admonitorios, que extendían sus brazos. Se veían también pequeños montículos que semejaban puños contra la frente.

La tía estaba despidiéndose. No se acercaba a la gente del lugar, pues no había tenido mucho contacto con ella mientras había vivido allí. Había sido una amable forastera que no molestaba a nadie y prefería ocuparse de sus cosas en soledad. Pero cuando le golpeó la tragedia con la desaparición de la niña, todo el pueblo se puso a su disposición. De pronto, Siss comprendió que la tía estaba despidiéndose a su manera.

Por eso caminaron sin hablar durante un buen rato. Pero era algo más que una despedida. Siss esperaba… y el momento llegó: la tía se detuvo y dijo en un tono más bien turbado:

—Siss, no te he pedido que vinieras conmigo solo para ir bien acompañada.

—No lo pensaba —repuso Siss en voz baja.

¿Qué va a pasar ahora?, pensó. Ojalá ya hubiese acabado. No, eso tampoco, pero…

La tía echó a andar de nuevo por el camino tranquilo y blanco de nieve en el aire tenso. Así era también su voz cuando dijo:

—Aunque vivo sola, alguna que otra cosa llega a mis oídos. Y me encuentro con gente por ahí —añadió—. Sé que este invierno lo has pasado mal. —Se detuvo como para dar tiempo a Siss.

No…, pensó Siss, que comenzaba a ofrecer resistencia.

—He oído decir que te has aislado de tus compañeros en la escuela, e incluso, en parte, de tus padres.

—Hice una promesa —dijo Siss rápidamente.

—Sí, imaginé que se trataría de algo así, y supongo que he de estarte agradecida por ello, al tratarse de alguien de mi familia. No quiero que me cuentes nada más, pero debes prometerme que no vas a destruirte, sobre todo ahora que ya no tiene sentido.

Siss permaneció en silencio e intentó comprender qué pretendía de ella la tía.

—Has estado enferma —dijo la mujer.

—¡Se pusieron tan pesados conmigo que acabé por hartarme! Era algo a lo que no podía contestar. Una y otra vez…

—Sí, sí, ya lo sé; pero recuerda que aquello fue en los primeros días, los más difíciles, cuando había que investigar todo a fin de encontrar alguna pista. Yo también estaba tan desesperada que intenté sonsacarte, ¿recuerdas? Nadie cayó en la cuenta de lo duro que tenía que ser para ti.

—Han dejado de hacerlo.

—Lo sé. Pusieron fin a aquello cuando estaba a punto de acabar muy mal.

Siss miró boquiabierta a la borrosa tía.

—¿Fin? ¿Pusieron fin?

—Sí, acabas de decir que han dejado de hacerlo. Hace tiempo que no oyes a nadie mencionar eso tan doloroso. El que puso fin a todo el asunto fue el médico que te atendía. También lo explicó en la escuela.

La súbita revelación dejó azorada a Siss, que apenas logró susurrar:

—¿Qué?

Menos mal que Siss y la tía no podían verse la cara la una a la otra con claridad, pensó. De lo contrario no habrían podido hablar de ello. La tía había elegido la mejor hora para contárselo.

—Se lo tomaron muy en serio, como ves. Estabas muy deprimida. Es mejor que sea yo quien te lo cuente, ahora que ya me marcho. Creo que debes saberlo.

Siss permanecía callada. Acababa de obtener la explicación a muchas cosas que le habían extrañado hasta entonces.

—Te lo digo ahora que todo ha terminado —prosiguió la tía—. Cuando ya no nos queda ninguna esperanza.

—¿Que ha terminado? ¿Qué es lo que ha terminado? —exclamó Siss.

—He pensado que también vamos a hablar de ello.

Siss tenía fuertes palpitaciones, pero la tía volvió sobre el mismo tema.

—No creas que la gente se ha olvidado por completo de aquella niña a la que estuvieron buscando. No lo han hecho, lo sé. Me han ayudado mucho, y ahora que voy a marcharme soy incapaz de ir a agradecérselo uno por uno. No puedo, no me siento con fuerzas.

—No.

—Por eso ando en medio de la oscuridad. Estoy mal. Me gustaría hacer acto de presencia, pero no me sale.

La noche de abril estaba a punto de nublarse, y ella se sentía desconcertada.

—Caminemos un poco más, Siss. Me he propuesto dar una vuelta entera antes de acostarme.

El camino las conducía de nuevo entre casas y gente. Todavía se veía alguna ventana iluminada. Siss notó lo bien que se sentía paseando con la tía. Se preguntó por qué no paseaba así con su madre. No conocía la respuesta. Aunque la quería hasta el infinito, se sentía molesta con ella. No podía señalar nada que preferiría que fuese de otra manera, pero se sentía molesta. También se sentía molesta en compañía de su padre, y eso que eran muy buenos amigos. Pero ¿qué tenía esa mujer, algo pusilánime, que inspiraba a Siss deseos de pasear con ella toda la noche si hacía falta?

Pues sí, a ella podía preguntárselo.

—Ahora tienes que decirme qué es lo que ha terminado.

—Ha terminado para ti, por tu parte.

—Ah, no…

—Yo creo que sí. Ya no nos queda nada que esperar. Ella se ha ido, ha dejado de vivir.

Menos mal que todo estaba oscuro.

—¿Te has enterado de algo? —susurró Siss.

—No en el sentido que tú le das a la palabra enterarse, pero… lo sé, a pesar de todo.

Siss sabía que ese era un momento importante. La tía carraspeó y se concentró para decir algo decisivo.

—Escúchame, Siss. Esto es lo que quiero pedirte antes de marcharme de aquí: que intentes recuperar lo que tenías. Has dicho que hiciste una promesa, pero esa promesa ha dejado de ser válida, pues la otra parte ya no existe. No puedes atarte a su recuerdo y cerrarte a lo que es natural para ti. Lo único que consigues con eso es torturarte, y torturar a los demás. Nadie va a agradecértelo; al contrario. Y, además, tus padres están sufriendo mucho. ¿Estás escuchando lo que te digo?

—¡Sí, sí!

—Verás, Siss: ella no volverá, y tú has sido exonerada de tu promesa.

Otro pinchazo.

—¿He sido exonerada de mi promesa?

—Sí.

—¿Me exoneras tú?

—Sí, me parece que puedo hacerlo. —La tía sonaba autoritaria de repente. Siss estaba desconcertada. Se sintió aliviada y desconcertada a la vez.

La tía la agarró del brazo.

—¿Estamos de acuerdo? ¿Es un trato?

—¿Cómo puedo saber si es verdad?

—¿Si es verdad? —preguntó la tía, ofendida.

—Quiero decir, si tú puedes exonerarme. Porque soy yo…

—¿Tan adentro te llega esto, Siss? Estoy segura de que también tú has pensado en ello más de una vez durante esta primavera, ¿no?

—Sí, es verdad, pero…

—Bueno, entonces las aguas volverán a su cauce. Y yo podré marcharme de aquí un poco más contenta.

—Eres muy buena —dijo Siss, agradecida.

Había ciertas cosas que no se atrevía a mencionar. ¿Exonerada? ¿Realmente estaba exonerada de la promesa? ¿Lo sentía como algo valioso o como algo triste? Solo fue capaz de decir: Eres muy buena.

—Aquí damos la vuelta —dijo la tía—. No debemos regresar a casa demasiado tarde.

—No, pero yo me quedo contigo hasta que quieras.

A los lados del camino se deslizaba un dibujo cada vez más complejo de árboles, casas y montes. También había trechos completamente negros. Cuando la oscuridad se acercaba, le llegaba directamente al corazón —¿qué es eso?— en ese momento inconcebible. Pero no eran más que imaginaciones suyas, y su corazón volvía a latir, bombeando sangre. Somos nosotras las que andamos, el dibujo no se mueve.

—Te repito que debes sentirte exonerada. No está bien que sigas como hasta ahora. No te conviene.

No contestó. Era una frase a la que no había que contestar. Era como cuando las estrellas resplandecen en un pozo. No tiene explicación.

Ya habían dado el paseo. Era noche cerrada. La tía había emprendido la vuelta. Primero llegaron a casa de Siss. Solo una lámpara seguía encendida, esperándola, no se oía sonido alguno.

—Bueno, ya estamos aquí, y me gustaría… —dijo la tía.

—No —se apresuró a interrumpirla Siss—. Yo quiero acompañarte a ti a casa.

—Ah, no, déjalo.

—No tengo miedo a la oscuridad.

—No lo digo por eso, pero…

—¿Me dejas?

—Claro que te dejo…

Echaron a andar de nuevo. La casa dormida con la lámpara que esperaba quedó atrás. El camino estaba desierto. Y ellas, un poco cansadas.

—No hace frío.

—No, nada de frío —coincidió la tía.

—¿Qué vas a hacer allí adonde vas? —se atrevió a preguntar Siss.

No sabía dónde estaba el lugar al que se iba, no se había mencionado. La tía estaba acostumbrada a hacer las cosas por su cuenta.

—Bueno, algo encontraré, eso no me preocupa —repuso—. Acabo de vender la casa, ¿sabes? No te preocupes ni por un instante por mí, Siss.

—No.

—Yo ya soy vieja —dijo la tía al cabo de un instante. Se estaban acercando a su casa y a su despedida—. Una pobre vieja —añadió—. Desde que ocurrió la desgracia, la gente de aquí se ha portado muy bien conmigo, y ahora me marcho así, en lugar de despedirme de todo el mundo, como debería. ¿A ti qué te parece, Siss? —preguntó al ver que la muchacha no

respondía.

—No puedo decir nada.

—Espero que la gente sepa que salí con la intención de darles las gracias. Espero que tú se lo cuentes, te lo agradecería, aunque no soy más que una pobre vieja.

Estaban a punto de despedirse.

Se fundían con la oscuridad, no eran fosforescentes. Sus pasos no se oían. Su respiración sí. Tal vez sus corazones. Se mezclaban con otros sonidos casi inaudibles de la naturaleza, como las leves vibraciones en los largos alambres.

¿Miedo a la oscuridad? ¡Qué va! Habían emergido luminosos músicos del viento andando a los lados del camino.

2. Como la gota y la rama

¿Quién ha sido exonerada?

Nadie, pero…

No se trata de un salto vertiginoso hacia atrás, hacia lo otro: ¡Aquí estoy! Nadie está exonerado. Pero es como si hubiesen llegado los músicos del viento.

Como la gota y la rama durante el día. La rama desnuda y mojada, la nieve aguada que cae en forma de gota clara en la nieve. Dentro de los ventisqueros que se convierten en ríos hay una raya negra, una raya de bichos negros que ondean en la capa de nieve, que pasan por montes y valles, y desaparecen. Un extraño recuerdo: un chaparrón de bichos negros en la oscuridad a lo largo de grandes extensiones en una noche templada entre los accesos de frío. Ahora todo desaparece en agua amarilla o queda estancado en hoyas del mismo color.

¡Hola, Siss!

Un grito lejano. Un sonido que procede de aquello.

Se siente como la gota y la rama. No sabe. No está muerta en absoluto.

Ha sido exonerada de la promesa, pero no por ello ha quedado libre. Sigue soportando un peso silencioso. Aún ignora muchas cosas.

Todo sucede tan de repente como el fuego.

La madre, aliviada:

—Siss, ¿podrías hacerme un recado después de la escuela?

—Sí, claro.

¿Por qué es diferente ahora? ¿Qué es lo que han visto? Tal vez sean imaginaciones mías.

Se fue por la carretera a hacer el recado. Todo estaba desnudo alrededor. Llovizna, viento y vibraciones. ¿Cómo te ha ido hoy en la escuela? No lo sé, no ha ocurrido nada especial. No puedo correr hacia ellos. La promesa fue una obligación estricta, dura, pero servía para aferrarse a algo. Una vez que ha desaparecido no sabes cuál es tu lugar. En medio de este extraño olor en el crepúsculo primaveral lo sabes menos que nunca.

Alguien llegaba.

En el viento y la lluvia bajaba por una cuesta en dirección a la carretera. Un adolescente de la vecindad, Siss lo conocía. Iba vestido para la lluvia, abrigado y sudaba a mares. A ella se le desató el nudo que se le había hecho en el estómago al oír de pronto pasos a sus espaldas.

—¿Eres tú, Siss? —preguntó él, y a ella le pareció que al chico se le iluminó la cara—. Menos mal que por fin he vuelto a la carretera. He ido por la cuesta, por allí la nieve te llega todavía hasta la rodilla. Es como andar sobre arena mojada.

Siss sonrió.

—¿Tan lejos has ido?

—¡Sí, muy lejos! Pero, por lo demás, todo está despejado de nieve. He ido hasta el río —añadió.

—¿Has ido hasta el río…?

—Sí, ya se está deshelando.

Entonces Siss lo supo con certeza: todavía había alguien que continuaba buscando. En ese instante le tomó cariño.

—¿Sigue allí el gran hielo? —preguntó.

—Sí —contestó el chico escuetamente. Fue como si se parara

en medio de algo y no quisiese continuar.

Siss sí quería.

—¿Estaba igual?

—Sí, lo estaba.

—No durará mucho tiempo, ¿verdad?

—No, el río es muy grande, y crecerá aún más.

Siss se sentía rebosante de buenos sentimientos hacia él por ese paseo tan fatigoso que acababa de dar. Se le notaba. Notaba como un extraño cosquilleo.

—Muy a lo lejos se oye el murmullo —explicó el chico, aunque no habría hecho falta que lo hiciera, abandonando ese tono cortante con que respondía las preguntas de Siss—. Puedes ver el hielo incluso cuando estás muy lejos.

—¿De verdad?

—Sí, desde una colina, aquí cerca... Si quieres verlo...

—No quiero.

Se hizo el silencio. Los dos sabían muy bien que estaban hablando de la desaparecida.

—Oye, Siss —dijo el chico de repente, en tono amable.

¿Qué pasa ahora?, pensó ella.

—Quería decirte algo cuando te viera —añadió el chico, pero se lio cuando quiso continuar. Después añadió, vacilante—: Ya no hay nada que hacer.

Por fin logró expresarlo. Estaba más claro que el agua. Siss no contestó.

—Deberías pensar en ello —prosiguió el chico.

Pues sí, lo que acababa de decir estaba más claro que el agua. Y le tocó la fibra más frágil y sensible. Pero en esta ocasión el efecto fue diferente; Siss no intentó rebelarse ni se mostró obstinada. Al contrario, oírlo resultó reconfortante.

—Tú tampoco lo sabes —susurró.

—Perdóname —dijo él. Y añadió—: Tienes hoyuelos.

Ella tenía la cara levantada, mojada por la llovizna. Las gotas le caían por las mejillas y se le metían en los hoyuelos. Miró de repente hacia otro lado.

Más valía no mostrar su sonrojo, su regocijo.

—Adiós —se despidió el chico—. Voy a casa a cambiarme.

—Adiós —dijo Siss.

Él vivía en la dirección opuesta, así que ella no se veía obligada a seguirlo. Él tenía su propio círculo de relaciones lejos de ella. Era mayor, casi un hombre.

¿Solo porque había dicho eso de los hoyuelos? ¿Cómo podía significar tanto?

Pues sí. Ella sabía que era así.

De modo que aún había alguien que peinaba las orillas del río y volvía agotado a casa. Que andaba solo. Y eso que la tía se había ido. Era una búsqueda más allá de todo sentido, por así decirlo.

Tiempo de nieve y tiempo de muerte y habitaciones cerradas, así había sido… y de repente —demasiado de repente— estás al otro lado, se te nublan los ojos porque un chico te dice: tienes hoyuelos.

A los lados de la carretera caminan los músicos del viento. Andas lo más deprisa que puedes, a la vez que deseas que el

camino jamás acabe.

El camino acabó y ella llegó a casa demasiado pronto, pues aún se le notaba que algo había sucedido.

—¿Hace buen tiempo? —preguntó su madre.

—¿Buen tiempo? Llueve y hay viento.

—Puede hacer buen tiempo de todos modos, ¿no?

Siss miró de reojo a su madre. Que no pregunte más.

Y no lo hizo.

3. Se cierra el palacio

Por las grietas del palacio salen rayos helados en dirección al paisaje desierto, al espacio. El curso del día cambia sus formas y sus direcciones, pero sigue emitiendo rayos desde dentro hacia el sol. El pájaro que allí tiene el límite de su vuelo araña el hielo de acero, sin llegar más cerca que antes.

El palacio no busca nada, solo emite luz desde sus salas a punto de estallar. Hay en todo ello un juego que ningún ser humano percibe. Los seres humanos no frecuentan ese lugar.

El palacio emite rayos y el pájaro aún no se ha matado a pesar de todos sus cortes.

Un juego que nadie percibe.

Ya no durará mucho más. El palacio se derrumbará. Qué le ocurrirá al pájaro, nadie lo sabe. Cuando el palacio estalle y caiga fulminado subirá al cielo como un punto, despavorido.

El sol asciende rápidamente, caliente. El nivel del río está aumentando. El agua negruzca se desliza mezclándose con marañas amarillas y blancas, y lame, ya más valiente, los encajes de hielo que adornan las orillas… Cuando por fin se precipita al abismo, lo hace en medio de vapores y sonidos graves. En el palacio se inician los temblores del fin.

El sol cobra mayor fuerza cada día. La cuesta se limpia de nieve. Las paredes de hielo permanecen expuestas al sol, ya no pertenecen a ese lugar: abandonadas por la nieve, se quedan como forasteras inválidas.

El palacio va cambiando lentamente de color. El hielo, de un

verde resplandeciente, se torna blanco al calor del sol. Las transparentes salas y cúpulas se oscurecen como si estuvieran llenas de vapor, ocultando cuanto poseen. Se tapan y se esconden. Todo se cubre de blanco, descomponiéndose por fuera. Por dentro sigue igual de duro. El hielo ya no arroja chispas sobre los campos, pero permanece en silencio, más blanco que antes. El enorme palacio es una masa blanca en un paisaje primaveral marrón y amarillo. Cubierto, se encierra ante la caída.

4. Hielo que se derrite

Siss se encontraba como encima de hielo que se derrite, rodeada de extensiones de hielo gris en retirada. Una noche se abrió un gran canal en el lago; por la mañana, el agua respiraba profundamente a través de un paso negro y enseguida acudió al lugar un pajarito que metió su pico y bebió. Pronto se abrieron más grietas, y se puso en movimiento un gran témpano, que no lograba avanzar porque junto a la desembocadura el hielo aún no se había derretido.

Siss pensaba en el palacio de la cascada. Lo que había vivido allí la última vez presentaba otro aspecto tras la conversación con la tía. Debía de haber visto un espejismo. Estaba tan aturdida en ese momento que habría podido imaginar cualquier cosa.

También el palacio cambió tras la tímida conversación con el chico. La verdad es que había despertado en ella un nuevo deseo de volver a aquel lugar. Esa conversación se le quedó grabada con letra indeleble. Seguramente no llegaría a conocerlo más de lo que ya lo conocía, pero aun así…

El chico había convertido el palacio en algo distinto, como la noche en que los hombres se habían quedado allí. Una vez más aparecían los hombres de aquella noche.

El río había crecido, de acuerdo con el chico. El palacio está blanco. Pronto se hundirá.

El palacio de hielo temblaba bajo el peso del agua que lo empujaba y acabaría aplastándolo. Tiraba de Siss. Había que ir a verlo.

Mientras tanto, veía abrirse canales en el grueso hielo del lago, que aparecía en medio de una tierra desnuda y pálida. Aún no brotaba nada. En la montaña seguían viéndose grandes masas de nieve que provocarían inundaciones todavía mayores.

Entonces el palacio se derrumbaría. Había en ello algo triste y atractivo a la vez: un nuevo día, un nuevo olor, una fina bruma…, y la tierra temblaría.

En la escuela no hubo ningún acercamiento; pero, de alguna manera, la sensación de que pronto lo habría flotaba en el aire. Tendría que proceder de Siss, pero ella seguía distante.

Ya que Siss no se atrevía, un día alguien dejó una nota sobre su pupitre.

¿Pronto todo será como antes, Siss?

No quiso mirar alrededor para averiguar quién la había escrito, sino que optó por encogerse aún más en su pupitre.

¿Habían conseguido algo?

Siss se encontraba bajo una vigilancia oculta, pero también hubo intentos directos: una mañana, el chico que la había tocado con la punta de la bota se colocó frente a ella. Tal vez lo hubieran enviado, tal vez lo hiciese por iniciativa propia.

—Siss…

Ella lo miró.

—¿Pasa algo? —preguntó, no sin cierta amabilidad.

—Sí, todavía no es como antes —respondió él, mirándola a los ojos.

A Siss le entraron ganas de tocarlo, o, más aún, de que él la tocase. Ninguno de los dos lo hizo.

—No, no es como antes —dijo Siss, ahora en un tono menos amable que su gesto—. Y sabes muy bien por qué.

—Puede ser como antes —dijo él, terco.

—¿Cómo puedes saberlo?

—No lo sé, pero podrá ser como antes.

A ella le gustó que el chico lo dijera… Sonrió, recapacitó y volvió a ser como de costumbre.

—¿Te ha enviado alguien? —preguntó, tontamente y sin pensar. Debería haber preguntado: ¿Vienes a decirme esto de parte de los demás?

—¡No! —contestó él, ofendido.

—No, claro.

—Soy capaz de hacer algo así por mí mismo.

—Sí, lo sé.

Pero él se había enfadado en serio y no quiso decir nada más; le dio la espalda y se marchó.

Ese pequeño episodio le sirvió de estímulo. Tenía que hacer algo cuanto antes. Tenía que dar el paso, superar el sentimiento de vergüenza que le producían sus compañeros, aunque fuera extraño que lo sintiese. Lo cierto era que se había cerrado ante ellos. Menos mal que las palabras de la tía la respaldaban.

El palacio de la cascada le daría la oportunidad de mostrarles cómo se sentía. Ella misma mencionaría el tema prohibido. El hielo estaba a punto de derrumbarse, había dicho el chico, y ella quería verlo antes de que el río lo arrastrara.

El sábado, Siss se acercó a ellos en el patio del recreo de un modo diferente, y dijo al expectante grupo:

—Chicos, tengo una idea. ¿Por qué no hacemos una excursión al palacio de hielo mañana? Dicen que pronto se derrumbará.

—¿Quieres? —preguntó alguien en voz baja, asombrado, pero le hicieron callar.

Todos estaban asombrados. Se miraron. ¡Y encima al palacio de hielo, que estaba en medio de todo lo peligroso que les habían prohibido mencionar! Se podía ver por sus caras que se preguntaban: ¿Qué le ha pasado a Siss?

—¿Qué vamos a hacer allí? —preguntó alguien.

Siss contestó tranquila y decidida, pues ya se había lanzado:

—Será divertido verlo de nuevo antes de que caiga.

—Puede derrumbarse cualquier día —señaló alguien que lo había visto—. Creo que ahora es aún más curioso que al principio.

En el grupo había un par de cabecillas que en ocasiones como ésa solían llevar la voz cantante. Siss descubrió asombrada que uno de los dos era el chico que la había tocado con la bota, aquel que una vez había surgido como de la nada y se había comportado tan amablemente con ella. Se había convertido en una especie de líder. La otra era la chica que había tomado las riendas después de Siss. Fue ella quien habló:

—¿Nos estás tomando el pelo, Siss? —preguntó, asombrada por el cambio de actitud de la otra.

—Claro que no.

—No esperábamos que salieras con algo así, ¿sabes? —señaló el chico, para dejar claro el puesto que ocupaba.

—Ya lo sé.

—No podemos estar seguros de que de pronto hayas vuelto a unirte a nosotros —terció otra vez la chica—. Pero si tú lo dices…

Camino de casa, Siss iba en medio del grupo. Nadie hacía ruido. Procuraban mantenerla en el centro. Siss advirtió que

no le desagradaba. El mundo era muy curioso, y ese paseo tan silencioso la emocionaba.

En casa le preguntaron en tono casual qué le ocurría. Ella les contó todo, la emoción por lo que acababa de vivir le hizo sincerarse.

Aquella noche se dio cuenta de que tenía a sus padres de su parte. Su padre empezó a decir:

—Hemos estado esperando el día que volvieras contenta a casa.

—Sabíamos que ese día iba a llegar —intervino la madre—. Si no, habría sido difícil soportar este invierno.

Siss los esquivó, y ellos no hicieron más comentarios.

Vemos que lo has superado, podrían haber dicho, convirtiendo la situación en embarazosa.

Claro que les había causado pena y preocupación ese invierno. Pero Siss lo sabía muy bien, no necesitaba que se lo recordaran, y aunque la casa estaba más alegre, la compañía de ellos resultaba tan difícil como antes.

5. Una ventana abierta

No se libera una así como así. Era el sábado por la noche, tarde, y aquello que tanto la había animado mientras andaba en medio del grupo había ido apagándose.

En la cama, Siss intentaba prepararse para el día siguiente, pero estaba tan nerviosa que no conseguía ni prepararse ni dormir. Se alternaban la emoción, la expectación y el desasosiego. Había dejado la luz encendida y tenía los ojos abiertos como platos.

Estaba tumbada de cara a la ventana, sobre la que había corrido un fino visillo blanco. De repente se dio cuenta de que el marco se abría hacia fuera. ¿Qué era eso? No era nada. Un ligero movimiento del visillo por la corriente, como cuando uno mete la tripa. Por lo demás, todo estaba en calma. Nada de viento. ¡Pero tenía que haber viento! El gancho no estaría puesto…, aunque le parecía recordar haberlo visto. Su habitación se encontraba en la planta superior de la casa.

Una ventana que se abre sola hacia la noche… Siss piensa que una cosa así no ocurre sin motivo.

Por ello en ese momento sintió como si algo le agarrara el corazón, y a punto estuvo de llamar a sus padres a través de la pared, pero recapacitó. Que sigan tranquilos, después de lo contentos que han estado hoy conmigo. Esto es algo que ellos no pueden solucionar.

Por la ventana entraban chorros de aire nocturno, como una cascada fría. Miró fijamente el aire negro al otro lado del visillo. ¿Quién llegaría? Nadie. No es así. Nadie entra por esas aberturas, sencillamente se abren.

Se hizo la dura y dijo: esto es una tontería, lo sé muy bien. Una ventana no se abre de esa manera, me lo estoy imaginando. Seguro que no estaba puesto el gancho, habrá sido una

corriente que no he notado.

Sin embargo, resultaba desagradable ver ventanas abrirse sin razón alguna. Al final no sabes qué es realidad y qué imaginación.

Estaba tumbada en la cama, tensa y tranquila a la vez. No tenía miedo, sino que se sentía preparada para recibir lo que llegara, permitiendo que aquello la asolase tras una oscura recaída.

Y así seguía. Mañana será mi último día, se le ocurrió pensar. Por eso la ventana se ha abierto sola. Algo ocurrirá mañana junto al palacio de hielo. El miedo puede ser como crujidos en un dique helado. Sentía como si las piernas y los brazos no le pertenecieran.

Yo les propuse la excursión, no me costó ningún esfuerzo convencerlos. Pero mañana algo irá mal en el palacio de hielo.

Hoy es el último día. El gran hielo blanco está temblando. El río se lanza sobre él para aplastarlo.

Se lo imagina. El grupo está allí, todos saltan exaltados, y eso que no tienen las secretas visiones de ella. Treparán por todas partes, querrán subir al tejado, a las cúpulas de hielo. ¡Ella les grita para que la oigan en medio del ruido, les grita que es peligroso! Pero allí los gritos no se oyen, todos trepan hasta el tejado y ella la primera. Se hacen señas para advertir del peligro, y aun así se adentran todavía más, ¡y entonces llega el momento, el que ella esperaba! Es eso lo que el palacio y el río estaban esperando, ella lo ha sabido todo el tiempo, y ahora estalla. Están en el tejado de hielo, ese sitio tan horroroso al que ella los ha llevado. El palacio se está agrietando bajo sus pies, se tambalea y desploma hacia delante bajo la presión del agua, todos se precipitan dentro del espumeante río, y ahí acaba todo. Ella lo ha sabido siempre, desde que los hombres estuvieron allí con su oscuro canto fúnebre.

Mientras fijaba la mirada en la ventana abierta, todo esto iba

tomando forma dentro de Siss. No le costó ningún esfuerzo inventarlo, estaba ahí, era capaz de ver lo que ocurriría al día siguiente. No le provocó pánico, más bien se sentía como una extraña observando, aunque era ella misma la observada.

¿Voy a hacer esto mañana?

¿Tengo que hacerlo?

¡No, no!

Algo respiraba en la ventana abierta. No se acercó a cerrarla. Ya no temía a la oscuridad, pero a pesar de ello no logró cerrar la ventana así, de repente.

No tengo miedo a la oscuridad, había dicho a la tía al despedirse, y en ese momento, en efecto, ya no tenía miedo.

Pero ahora creo que sí tengo miedo, pues no me acerco a cerrar la ventana.

Había un par de abrigos colgados en el armario, los sacó y los puso sobre la cama para no pasar frío por culpa de la ventana abierta de par en par. Era incapaz de darle la espalda o apagar la luz. En medio de la oscuridad, se quedó tumbada mirando fijamente la ventana abierta, sin pensar en otra cosa, hasta que ya no pudo recordar nada.

6. Músicos del viento

La mañana del domingo estuvo fresca hasta que el sol cogió fuerzas. Cuando Siss salió de su casa se oían crujir los charcos helados. Habían quedado muy temprano para emprender la excursión que los conduciría a la cascada y el palacio de hielo.

Siss no volvió la vista atrás: la noche de insomnio no le había causado tanta impresión. ¿Mi último día? Tonterías. Brillaba el sol y pensaba de otra manera.

Pero para ella era una mañana llena de emociones.

El agua que se había endurecido no representaba sino una muestra de ese adorno plateado que se agarra al suelo en las frescas noches de abril, pero no se había detenido, pues dejaba su marca en todo. Llenaba la existencia, manaba de todos los arroyos. Ese murmullo nunca era tan nítido como en las mañanas de domingo, por la razón que fuese. El gran lago estaba rebosante, cubierto de témpanos grandes y pequeños, y rodeado de negras playas. Y más allá bramaba el río, grande y poderoso.

Conocían ese bramido, y se acercarían a él con el corazón en vilo.

No hicieron ninguna parada. Fue un ascenso excitante, como excitante era el olor a tierra. El corazón vibraba al andar. Habían llegado los enardecidos músicos del viento con sus voces bajas, envolviendo a Siss con su encantamiento triste y alegre a la vez.

Somos músicos del viento, atraídos por cosas a las que no podemos resistirnos.

En torno a nosotros todo está desnudo y es nuevo. Una roca se

yergue en medio del agua como un hacha que se blande, hendiendo el tiempo para que lleguemos a la hora. Nos esperan. Un pájaro pequeño y enloquecido se precipita contra la roca y cae en el brezo, pero resucita y no se deja ver más.

Nos esperan.

Antes de darnos cuenta, nos encontramos entre blancos troncos de abedul. Era aquí, es aquí. Nos esperan. Aquí discurrirá nuestro breve tiempo.

En lo alto vuela un pájaro. Una lengua de tierra cubierta de abedules se adentra en el lago. Nuestro breve tiempo.

Siss se dijo a sí misma:

Hoy volveré con los demás.

¿Es por eso?

¿Qué es por eso?: la pregunta sonaba como si lo hiciese junto a la pared.

El asunto no estaba muy claro.

Siss salió de casa tan temprano que pensaba que llegaría la primera al lugar del encuentro. Así todo le resultaría más sencillo. Volvería a reunirse con los demás después de haberse alejado de ellos, y por eso quería verlos uno a uno, conforme iban llegando. Encontrarse con todo el grupo a la vez requería más valor que el que ella tenía.

Sin embargo, resultó que también había otra que pretendía ser la primera y lo consiguió. Cuando Siss llegó, ya estaba allí aquella cabecilla parca en palabras. Sin hablar y sin que nadie supiera por qué, había tomado el mando en cuanto Siss empezó a distanciarse de los demás. Era ágil y decidida, y la aceptaron de inmediato. Siss la había observado durante el invierno, y había empezado a añorar su compañía, pero nunca se había acercado. Ahora fue hacia ella, le dio los buenos días y dijo:

—¿Ya estás aquí?

—Lo mismo digo yo.

—Pensé que sería mejor estar aquí cuando llegaran los demás —dijo Siss con franqueza.

—Sí, mejor para ti. Me lo imaginé. Por eso vine pronto, quería hablar contigo antes de que los demás llegaran.

—¿Por qué?

—Por lo que tú ya sabes.

Se estudiaron con la mirada. No eran enemigas, eso lo comprendieron de inmediato. Siss reprimió el vago deseo de compañía que sentía; en todo caso se trataba de algo que tendría que venir más adelante. Advirtió que no llevaba ventaja. Pero la otra parecía tensa, algo inaudito, pues solía mostrarse equilibrada y tranquila.

—Nos gustó mucho poder acompañarte ayer, Siss. Lo noté en todos.

Siss calló.

—También en ti.

—Sí —repuso Siss en voz baja.

—Pero, de todos modos, no podrás evitarlo —añadió la chica, intentando parecer más dura.

—¿Evitar el qué?

—Creo que sabes a qué me refiero. Tenemos que hablar de ello antes de que lleguen los demás. —El tono se hizo más inflexible—. Este invierno no ha sido muy agradable, Siss —añadió.

Siss se sonrojó.

—¿Por qué lo hiciste? —insistió la otra.

—No tenía nada en contra de nadie. No era eso —dijo Siss, vacilante.

Iba a explicar que había hecho una promesa, pero recapacitó. La otra seguro que lo sabía. Todos habrían oído hablar de esa promesa. Hacerlo no servía de nada. La chica le atraía.

—Nos parecía que tenías algo en contra de nosotros. Podrías haberte acercado.

Su mirada se había endurecido. Siss se encogió de hombros y contestó:

—A mí me parecía que no podía. Por eso no lo hice.

—Te mantenías alejada, exactamente como hizo la otra.

Siss se estremeció.

—¡A ella no la menciones! ¡Si dices algo de ella, te...!

Ahora le tocó a la otra sonrojarse y sentirse mal.

—¡No! No quería... —balbuceó.

Se corrigió rápidamente. Sabía que el grupo que lideraba no tenía nada de qué avergonzarse en ese asunto. Siss también lo había comprendido y había aprendido de ello. La otra se enderezó y miró tranquilamente a Siss.

Siss notó la radiación de la chica, sintió su fuerza. Había estado escondida, pero ese invierno había emergido, igual que el chico que la había tocado con la punta de la bota.

—No te enfades porque haya dicho eso —dijo la chica.

—No.

—¿Seguro?

Siss asintió con un gesto de la cabeza.

Tenemos que acercarnos la una a la otra, pensó.

—¿Qué es lo que quieres enseñarnos allí? —preguntó la chica suavemente.

—¿Te refieres a donde está el hielo?

—Sí, seguro que es algo.

—Sí que lo es, pero no puedo decirlo —contestó Siss, desesperada—. Tenéis que verlo vosotros mismos.

—Suena muy raro oírte decir eso.

—¡Vosotros no lo visteis! ¡No estuvisteis allí aquella noche!

—No —admitió la chica, tímidamente.

Callaron. Estaban juntas. Iban a permanecer allí mucho tiempo.

—Pronto llegarán —dijo la chica.

—Sí.

—¿Pasa algo?

Siss estaba nerviosa y distinta. Miró a la otra como si fuese una desconocida. Eran de la misma edad. ¡Queremos mirarnos juntas en un espejo!, pensó. ¿Pasa algo?, había preguntado. Una pregunta en el momento adecuado, justo cuando una está fuera de sí y hechizada por la otra sólo porque va a ocurrir lo mismo una vez más.

—Pues…

La otra esperaba.

Siss empezó de nuevo:

—¿Sabes? Hay tantas cosas imposibles…

—Sí, Siss.

Como si nada: Un «sí, Siss»; y, sin embargo, como una flecha directa al corazón. Tenemos que acercarnos la una a la otra.

En ese instante, una oscuridad oscilante se interpuso entre ellas. Siss se sobresaltó y dijo sin pensar:

—¡Pero no vengas a mi casa!

—¿Cómo?

—¡Yo tampoco iré a la tuya!

—¿Cómo?

—Si no, pasará lo de la última vez —dijo Siss fuera de sí.

La chica la agarró y exclamó:

—¡No desaparezcas de nuevo! Estamos contigo. No desaparezcas.

Siss solo notaba la mano reconfortante.

—¿Me estás escuchando?

—Sí —respondió Siss.

La chica la soltó. Aquello no debía prolongarse. Siss le dio la espalda, cogió una rama de mimbrera y la despojó de sus capullos. Se oyeron voces en el bosque, lo que Siss vivió, a pesar de todo, como una liberación.

La chica se apresuró a decir, severa:

—Ahí llegan por fin algunos. Me alegro de…

—Yo también.

Se concentraron en los tres o cuatro que llegaban con caras alegres.

—Buenos días, Siss.

—Buenos días.

El plan de Siss de recibirlos uno a uno había fracasado. La chica, la cabecilla, lo había impedido.

Llegaron los demás, y emprendieron la marcha.

La chica parca en palabras no dijo nada más, se limitó a unirse al grupo. Un chico iba delante. Siss lo vio. Sin darse cuenta, anduvo un rato a su lado. Un día la había tocado suavemente con la punta de la bota. Y desde entonces se había convertido en cabecilla. También se había acercado en otras ocasiones, pero no como ese día de la bota.

—¿Eres tú el que conoce el camino más directo? —preguntó Siss, por decir algo.

—Sí —se limitó a responder el chico.

—¿Has hecho este camino a menudo?

—No —contestó él, incómodo y huraño.

Siss aminoró el paso y se quedó atrás.

¿Cómo me estoy comportando hoy?

Andaban por el bosque como haces, dispersándose y juntándose.

Avergonzada, Siss vio que los demás la convertían en el centro del grupo. Pero no dolía. La chica severa había desaparecido, ya no empleaba nada de su autoridad. Los otros caminaban muy cerca de Siss, casi sin hablar, porque se trataba de una excursión solemne y querían mostrarle que la acompañaban.

Nadie hacía ruidos o chistes. Si alguien lo intentaba, se le hacía callar de inmediato con un silencio huraño que enseguida era

entendido. Todos sabían que aquella era una marcha conmemorativa.

También sabían que el palacio de hielo significaba algo especial para Siss. Ella se estaba dirigiendo hacia allí y quería que la acompañaran. No era por nada. Ellos aceptaron, y por eso no se trataba de una excursión, sino de algo solemne.

Llegaron al primer valle.

Luego atravesarían otros. El sol había cogido fuerza y calentaba el brezo y la hierba del año anterior. Olía como en una maravillosa mañana de la infancia, que iba formando poso en su interior. Todo lo que aún no sabían... En ese olor había algo de aquello. Caminaban con actitud solemne, pero el tono suave de los músicos del viento los dejaba con los oídos aturdidos.

Siss seguía en el centro del grupo. Si intentaba irse hacia un lado, se las ingeniaban para devolverla a su puesto. Miró a la silenciosa y hermética cabecilla y pensó: No estáis obligados.

Desde el primer valle se apresuraron a subir la ladera hasta la colina, porque sabían que desde lo alto se vería la cascada a lo lejos.

Y allí estaba. En la lejanía blanqueaba el gran palacio de hielo, rodeado de oscuros campos pantanosos.

Siss notó que los demás la miraban.

—¿Descansamos un poco aquí? —propuso.

Ni ella ni los otros lo necesitaban, pero se sentaron y contemplaron el palacio y la cascada.

¿Acaso no iba todo como debía? El chico que abría la marcha se acercó a ella y preguntó en voz baja:

—¿Quieres que demos la vuelta?

Ella se sobresaltó.

—¿Dar la vuelta? No.

¿Lo había visto él? Y ella, ¿deseaba en el fondo regresar, esquivarlo todo? ¿De qué tenía miedo? No estaba segura.

—¿Por qué lo preguntas? No queremos dar la vuelta, ¿no?

—No —contestó él—. Sigamos, pues.

—Claro que sí.

El grupo continuó andando como antes, tenso, cohibido, por lo inusual de la situación. Y así bajaron al siguiente valle. La ladera tenía una pendiente muy pronunciada, y la vista desapareció al instante.

Pero lo hacen por Siss.

Caminaban en silencio. Alguien que los viera a diario en el patio del recreo no creería que se trataba de las mismas personas.

Pronto llegaremos…

¿Qué es pronto?

Abajo, en el segundo valle, Siss se puso nerviosa porque sabía adónde los conduciría aquello, ya no había vuelta atrás, y se dio cuenta de que deseaba estar donde se estaba metiendo.

Por dentro se decía a sí misma lo que estaba a punto de ocurrir:

Estoy volviendo a unirme a los demás.

En ese valle, el arroyo podía saltarse. Lo cruzaron de un salto. No podían detenerse, tenían prisa por subir la siguiente ladera; desde allí verían la meta de nuevo, y más de cerca.

Debían conservar la solemnidad, pero tenían tanta prisa que el

último trecho casi lo hicieron corriendo, como si tuvieran que llegar a tiempo, antes de que el palacio de hielo se derrumbara. Era una carrera nerviosa.

El ruido de la cascada se oía, no muy fuerte, debajo de la loma; era como un susurro que se elevaba por encima de la colina que los esperaba.

El blanquecino palacio apareció delante de ellos, todavía a cierta distancia, pero enorme. No pertenecía a este mundo, y aun así seguía allí por un insoportable tiempo, irguiéndose ante Siss.

La vigilaban. Lo que estaban viendo afectó a todos. La chica que dirigía el grupo se acercó a Siss y preguntó en voz baja:

—¿Quieres que demos la vuelta?

Debían de estar convencidos de que Siss empezaba a tener miedo. Ya era la segunda vez que le hacían esa pregunta.

—No, ¿por qué?

—No sé... Estás un poco rara.

—No, son imaginaciones tuyas. Supongo que todos quieren continuar.

—Esta excursión es tu excursión, lo sabes bien.

—Sí —admitió Siss por fin.

—Por eso no nos importa dar la vuelta aquí. De verdad que tienes aspecto de querer regresar.

—No, qué va... —Siss miró perpleja a esa chica tan resuelta que no sabía nada de sus recuerdos del palacio de hielo.

—¿Entonces quieres seguir? —La chica se volvió hacia los otros y dijo que irían a la cascada y allí harían un descanso para tomar el bocadillo.

Bajaron al tercer valle. Nadie se adelantó. A pesar de todo, la solemnidad no se había quebrantado.

El terreno del tercer valle era sinuoso, cubierto de árboles y matorrales. Cada pocos pasos se separaban buscando el camino. El arroyo de la primavera ya estaba allí, con sus pozas y sus crestas de espuma.

Siss se encontraba sola detrás de un bosquecillo, y oyó que alguien se acercaba. Era el chico de antes. Ya no iba en cabeza. Lo miró a los ojos y descubrió en ellos una luz especial. Se apresuró a preguntarle:

—¿Qué quieres?

—No lo sé —contestó él, y, mirándola fijamente, añadió—: Aquí no nos ve nadie.

—No, nadie en todo el mundo —repuso Siss.

—Podríamos saltar el arroyo —propuso él.

La cogió de la mano y juntos saltaron el arroyo. Resultó raro, y acabó enseguida. Después del salto dieron unos pasos, durante los cuales él siguió apretándole el meñique. Eso también resultaba raro. Siss se dio cuenta de que su dedo hurgaba ligeramente en la mano de él como por su cuenta.

Se soltaron y volvieron a toda prisa con los demás.

Ya estaban al pie del palacio, y todo era enorme: las masas de hielo de color blanco sucio y la cascada torrencial, de la que procedía un viento húmedo. El grupo se había acercado todo lo posible. Su ropa se volvió rápidamente gris a causa del vapor que subía del centro del palacio y volvía a bajar convertido en lluvia. El aire temblaba.

Abrieron la boca para decirse algo, pero no había forma de

oírse. Solo veían bocas que se abrían impacientes. Todo se mojaba, todo los superaba. Retrocedieron lo bastante para poder hablarse.

Se formó un círculo alrededor de Siss. La habían conducido hasta la meta y lo habían hecho bien, se notaba en la expresión de sus caras. Estaban emocionados por la inmensidad del lugar, y por todo lo demás.

Siss no dejaba de pensar en los hombres que habían estado allí y en el canto fúnebre que había emergido del ruido de la cascada. Con el tiempo, todo había crecido y cambiado en su memoria: en ese instante recordó con toda claridad que habían cantado.

Luego desapareció. ¿Significaba que todo estaba perdido? No, no estaba perdido, los que fueron allí aquella noche nunca lo olvidarían.

Sin embargo, el palacio de hielo está a punto de perecer, y entonces todo volverá a ser como antes, solo quedará la cascada salvaje que no molesta a nadie, que llena el aire, hace temblar la tierra y nunca se detiene.

Aquí todo está como antes, Siss.

Concentrada en cosas de las que era incapaz de escapar, alguien le tiró del brazo.

—Siss, ¿no quieres comer?

—Ahora voy.

Recapacitó y descubrió un círculo de rostros amables. Todos sabían que querían tenerla con ellos, y dejaron a un lado la solemnidad.

Al instante, empezaron a trepar por el hielo. Subieron la empinada cuesta envueltos en vapor. Desde allí observaron que el palacio se aferraba a las piedras de la orilla con enormes garras de hielo, adentrándose en hondonadas y abrazando árboles. La cascada aún tendría fuerza suficiente para

arrancarlos. Ese forcejeo ya se había iniciado y, aunque fuera invisible, se encontraba cerca de su auge. Una lucha inimaginable se había puesto en marcha.

En la superficie, el hielo estaba como siempre. Blanco y corroído por el sol, sin un solo punto transparente.

—¿Podemos meternos? —gritó alguien en medio del ruido.

Siss se sobresaltó y recordó lo que había imaginado la noche anterior en la cama.

—No, es peligroso —dijo, pero debido al fragor de la cascada nadie la oyó.

—¡Sí, podemos! —gritó el cabecilla, y se lanzó al hielo ante la mirada de Siss.

Todos lo siguieron. Siss también, antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía. En el instante de poner el pie en lo desconocido, notó el temblor del enorme monte.

—¿No lo notáis? —preguntó lo más alto que pudo.

Nadie la oyó. Todos gritaban. El ruido era ensordecedor.

—¡Hola! —gritó alguien. Sonó tan tranquilo como si el palacio de hielo se hubiera desprendido y navegaran en él en medio del hervor y el espumaje—. ¡Hola!

Los ojos les brillaban de un modo extraño. Se movían por la cúpula, las grietas y los canales. Un poco de cuidado sí que tenían, pues no estaban totalmente ciegos ante el hecho de que el lugar era peligroso, y sabían que si los hubiese acompañado un adulto jamás les habría permitido hacer aquello. Siss ya no advertía a nadie, sino que participaba con todos. También a ella le brillaban los ojos, y en ese instante se produjo la fractura.

El estallido sonó debajo de ellos, dentro de la tierra. El estallido, el golpe o lo que fuera. Parecía un mazazo dado contra una campana. Pero era una fractura. Una fractura que

sonaba a fin del mundo. A causa de la tensión que sufría, el palacio de hielo se había resquebrajado en alguna parte. Aquel era el primer avisto de muerte.

En lo alto, por encima del bramido de la cascada.

Todos los que se encontraban sobre el hielo se pusieron lívidos y volvieron de inmediato a tierra firme. No tenían ninguna gana de permanecer sobre aquel enorme bloque de hielo e irse con él en su camino a la perdición. Querían vivir.

¡No, no!, pensó Siss, también a salvo en la orilla. Todo había sido muy parecido a lo que había imaginado la noche anterior.

Seguros de que ya no corrían peligro, se detuvieron para contemplar el momento del fin. No llegó. No ocurrió nada más. El hielo aguantó. Solo fue ese único estallido, y después el silencio dentro del hielo. El río bajaba en torrentes con nuevas masas de agua, pero el palacio soportaba la presión.

Algo asustados, y también orgullosos, pues todo había salido bien, bajaron la cuesta junto a la cascada. Tendrían algo que contar. Aún les quedaba algo por hacer en ese lugar. Seguían atados al palacio de hielo. Todavía les brillaban los ojos.

También brillaban cuando miraban a Siss, pero ella era incapaz de corresponderles. El frenesí que había vivido arriba, en la cumbre, se había desvanecido. ¿No se daban cuenta de que ya no se podía estar en ese lugar? No, no se daban cuenta, no tenían ningún motivo para darse cuenta. Para ellos todo era un cuento de hadas.

¿La miraron decepcionados? Deberían haber sentido que estar allí era imposible. El eterno ruido de la cascada llenaba el cielo y la tierra, y sin embargo no llenaba ni un solo hueco. Ellos no lo sabían, ellos solo veían el cuento de hadas, y les brillaban los ojos.

Al cabo de un rato, Siss se levantó y dijo:

—No puedo seguir aquí.

Nadie le preguntó por qué.

La cabecilla se acercó a ella y preguntó:

—¿Te vas?

—No. Solo quiero alejarme unos pasos de este sitio.

—Bueno, entonces iremos todos dentro de un momento.

Siss echó a andar lentamente entre los matorrales, donde estaba el camino por el que todos tendrían que volver.

No, no me alejo de ellos.

Me he acercado a ellos.

Se adentró en el bosquecillo y se sentó en una piedra. Los árboles tenían las ramas desnudas, los troncos brillaban. Siss estaba sentada debajo de un saliente, donde el ruido de la cascada no era tan ensordecedor. Sin embargo, el aire parecía vibrar de tanta fuerza. Salvaje y tenaz. Siempre nuevo, siempre hacia delante.

Pensó en el modo en que los demás le habían mostrado su respeto. Cuando lleguen, tendré que intentar ser diferente. ¿Cómo?

Estaba sentada en la piedra pensando, esperando oír el gran estallido. No llegó, solo el ruido constante…

De todos modos, en este lugar ya ha acabado todo.

Todo acaba aquí, así tiene que ser.

Hoy abandono en serio lo que prometí.

Es mérito de la tía que sea capaz de hacerlo.

Aún no sé si debo.

Pero quiero.

Doy las gracias a la tía.

Averiguaré dónde vive ahora y le escribiré.

No estuvo mucho rato sola. El grupo no llegaba, pero se oyó el crujido de una rama que se rompía contra el suave suelo del bosque y se presentaron la chica y el chico.

Se sintió elevada. Se levantó. Un poco sonrojada. Ahí llegaban los dos.

7. El palacio se desploma

Nadie puede ser testigo del hundimiento del palacio de hielo. Ocurre de noche, cuando todos los niños duermen.

Nadie está tan profundamente involucrado como para participar. Puede que una onda de caos silencioso sacuda el aire hasta los dormitorios más remotos, pero nadie despierta para preguntar: ¿Qué ha sido eso?

Nadie lo sabe.

En ese momento, el palacio se zambulle en la cascada con todos sus secretos, violentamente, y después no hay nada más.

Un gran fragor en la noche primaveral, desierta, medio clara, medio fría. Un estruendo en la nada desde las garras más profundas, que se quiebran de pronto. Obligado a desprenderse, a irse de allí, el agonizante palacio de hielo adquiere en sus últimos minutos una voz chillona. Hay temblores y lucha, es como si dijera: Aquí todo está oscuro

Todo revienta bajo la presión del agua y se desploma en la espuma blanca de la cascada. Los grandes bloques golpean unos contra otros y se hacen pedazos, facilitando aún más la conquista que ha emprendido el agua. El agua se estanca y vuelve a soltarse, precipitándose por la montaña desnuda al ancho cauce del río a gran velocidad, y pronto desaparece en una curva. El palacio entero ha desaparecido de la faz de la tierra.

Las orillas están cubiertas de arañazos, golpes, rocas desplazadas, árboles arrancados y ágiles ramas de las que solo se ha desprendido la corteza.

Las masas se desploman y caen al lago a gran velocidad. Allí se

dispersarán, antes de que nadie haya despertado o haya visto nada. Allí flotará el hielo destrozado, sus pequeños bordes se dejarán ver en la superficie del agua, navegará, se derretirá y dejará de existir.

NOTA DEL EDITOR

Siempre he considerado que lo que marcó el fin de mi infancia fue el momento en que me contaron que mi abuela había fallecido. Al principio le di la espalda a esta noticia, quise oír (y, con la facilidad con la que un niño deforma la realidad a su gusto, oí) que estaba enferma. Solo cuando, finalmente, la vi con mis propios ojos en el tanatorio, me sentí obligado a afrontar que nunca más volvería a ver a mi abuela, que todo lo que implicaba su dulce presencia ya era pasado, ya era recuerdo. Sabía de la existencia de la muerte, pero como un elemento trágico en las películas de dibujos animados o como un concepto vago e indefinido. Ahora era mi abuela, la misma que me había abrazado y besado tantas veces, la misma con la que había bailado, la misma a la que había regalado un ramo de lavanda la última vez que la había visto. Ella, y no un personaje de ficción ni un nombre extraño, era la víctima de la muerte esta vez. De la noche a la mañana mi abuela ya no estaba. Tardé en aprender a gestionarlo. Una de las primeras cosas que hice al volver a casa después de las ceremonias pertinentes fue prometerme no olvidarla nunca, me prometí no olvidar la cadencia de su voz, la sensación de su abrazo fuerte, su olor, sus consejos y los recuerdos que de ella conservaba. Improvisé un altar en la estantería de mi habitación con el recordatorio funerario, sus fotografías, algunas velas y la ferviente promesa grabada en la pared con letras de pegatina. Aún hoy tengo su fotografía en el primer cajón de mi mesilla de noche y pienso muchas veces en ella, pero es innegable que he incumplido la promesa. No me acuerdo de cuándo ni cómo el altar desapareció para dejar sitio a mis libros. A veces me sorprendo esforzándome en recordar las facciones de su rostro cuando le regalé el ramo de lavanda, su voz llamándome al llegar, su aroma mientras me abrazaba, la sensación de su compañía…, y me siento culpable por haber incumplido la promesa.

«Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así». La primera frase de El camino, de Miguel Delibes, me vino a la cabeza cuando terminé de leer El palacio de hielo. El siguiente pensamiento fue para mi abuela y lo que sentí cuando la perdí. El tercer pensamiento fue que, si algún día montaba mi propia editorial, sería para rescatar libros como este. En unas pocas páginas, Vesaas consigue describir con una sencillez y una poesía extraordinarias el proceso de duelo de una niña que no entiende la muerte porque hasta ahora solo ha conocido la vida. Los pensamientos que todos hemos tenido al perder a un ser querido, que yo mismo sentí al salir del tanatorio («¿Cómo puede seguir girando el mundo sin ella? ¿Cómo puede seguir todo inalterable si ella ya no va a volver nunca más ni nunca más nadie va a volver a oír su voz?») resuenan en Siss con toda el impulso y la vitalidad de la infancia.

Al ser huérfana, la solitaria Unn podría haber ayudado a Siss a entender la finitud de la vida, pero nos abandona, se pierde en las insondables estancias del palacio de hielo antes de responder a este y a tantos interrogantes. Sabemos poco, muy poco de Unn, y, sin embargo, como lectores, no necesitamos saber más que esa conexión tan especial que tiene con Siss, conexión que solo nos parecerá inverosímil si hemos olvidado definitivamente la hermosa espontaneidad de la infancia, cuando aún no hemos desarrollado la mezquina razón que filtra las primeras impresiones fruto de la intuición más pura y libre.

Más allá de Siss y Unn, el verdadero protagonista de esta novela parece ser el mismo palacio de hielo que está asentado en unos cimientos milenarios que rebosan magia y leyenda. Las raíces del palacio de hielo implican a todo el paisaje invernal de este pueblecito noruego: los cielos blancos, los bosques nevados, el aire frío, el lago helado, todo parece acompañar y fundirse en esta historia. Uno de los grandes aciertos de Vesaas es hacer todos estos elementos naturales tan

reales como simbólicos.

Para mí, El palacio de hielo, más que la historia de una amistad, es la historia de un duelo. La infancia es lo más opuesto y lejano a la muerte que existe, y, sin embargo, a veces la fatalidad hace que ambos extremos se unan. La muerte de un ser querido inevitablemente pone punto final a esa inocencia que es la esencia de la infancia. En El camino Delibes retrata a la perfección este duro final (o principio): «algo se marchitó de repente muy dentro de su ser: quizá la fe en la perennidad de la infancia». Para gestionar la pena y la impotencia ante una pérdida uno debe asumir algunas realidades incompatibles con esta fe que se desprende como los dientes de leche. Cuando asume la existencia de la muerte irrevocable y definitiva, Siss pone, como mínimo, un pie en la vida adulta. Siss aprende que ese dolor que parece tan macizo e inexpugnable como el palacio de hielo desaparece de la misma forma que el palacio de hielo se derrumba con los suaves y cálidos vientos primaverales del tiempo. Los mismos que en un día sin nombre se debían llevar el altar dedicado a mi abuela de la estantería de mi habitación.

Jan Arimany

Andorra, septiembre de 2020

«Le dolía que los hechos pasasen con esta facilidad a ser recuerdos; notar la sensación de que nada, nada de lo pasado, podría reproducirse.»

El camino, Miguel Delibes

EL AUTOR

LAS TRADUCTORAS

SISS Y UNN

1. SISS

2. UNN

3. UNA SOLA TARDE

4. LOS LADOS DEL CAMINO

5. EL PALACIO DE HIELO

II. PUENTES NEVADOS

1. UNN HA DESAPARECIDO

2. NOCHE DE VIGILIA

3. ANTES DE QUE LOS HOMBRES SE MARCHEN DE ALLÍ

4. FIEBRE

5. EN LA NOCHE MÁS PROFUNDA

6. LA PROMESA

7. UNN NO PUEDE SER BORRADA

8. LA ESCUELA

9. EL REGALO

10. EL PÁJARO

11. UN LUGAR VACÍO

12. Sueño sobre Puentes nevados

13. Animales negros sobre la nieve

14. La visión de marzo

15. Una prueba

III. Músicos del viento

1. La tía

2. Como la gota y la rama

3. Se cierra el palacio

4. Hielo que se derrite

5. Una ventana abierta

6. Músicos del viento

7. El palacio se desploma

NOTA DEL EDITOR